ENRIQUE AMORIM

EL CABALLO Y SU SOMBRA



EDITORIAL LOSADA. S. A.
BUENOS AIRES

ENRIQUE AMORIM

EL CABALLO Y SU SOMBRA

SEGUNDA EDICIÓN



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Edición expresamente autorizada para la
BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Marca y características gráficas registradas en la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación

Primera edición: 12- I -1944
Segunda edición: 20-III-1957

Impreso en Argentina — Printed in Argentina

Se acabó de imprimir este libro el 20 de abril de 1957, en los TALLERES GRÁFICOS AMÉRICALEE, *Tucumán 353 - Buenos Aires*

"Porque aún no ha comenzado el diálogo entre el hombre y la llanura."

(De "El Paisano Aguilar".)

DEDICO
esta novela a la memoria de
DON ROBERTO CUNNIGAN GRAHAME
porque se alegró mucho cuando le conté, en Londres, la breve historia de mi petiso bayo, perdido y orejano, en la revolución de 1904

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Quedaron en el horizonte algunas nubes pardas, espiando la llanura impávida y empapada. Expectantes en el cielo matinal, por si resultara escasa la recia garúa que azotó la noche. Únicos testigos del campo, de un campo más oprimido que de ordinario, apenas alterado por el viento del norte, húmedo e indeciso. Y hombres y animales que la densa atmósfera apabullaba.

Por el camino corre el automóvil hecho un pelotón de barro, patinando a trechos, acelerado inútilmente en las trabajadas huellas. Al lado del chofer, don Ramiro, de encanecida barba cuadrada; el poncho a rayas, con salpicaduras de barro y tachas verdes del mate, y un sombrero aplastado por los chaparrones. Atrás, bufanda de seda y humo de tabaco rubio que hiere la pituitaria del viejo, Marcelo Azara, hecho un ovillo en el asiento.

Recorrida una legua desde la estación "Las Calandrias", apareció a la vista el arroyo "Viboritas", salido de madre.

—Debe de haber cubierto la barranca, ¿no? —preguntó don Ramiro, con la cabeza en alto y las narices dilatadas.

El chofer respondió afirmativamente. A Marcelo —muy poco entendía éste de vados y caminos— le fué fácil darse cuenta del trance. Era visible que el agua cubría las malezas de la ribera alta. ¿A qué preguntar, entonces?

—Viene haciendo buches, ¿no? Habrá que pasar por el puentecito —dijo don Ramiro.

—Así es —afirmó el chofer, sin darle importancia.

Marcelo no contaba. Era un forastero de la ciudad que permanece pasivo frente al accidente y que, si se comide y abre la boca, vende su condición de maturrango. Todo le era extraño. El barro y el cielo, am-

bos del mismo tono. El agua y el viento, disputándose la hegemonía de los ruidos campesinos. El humo aromático de sus cigarrillos, encendidos al hilo, lo colocaba en un aislamiento delicado. Era "el pueblero", al que conducían a la estancia, por orden del patrón. De vez en cuando, el chofer le lanzaba una mirada de soslayo para calar su físico. Pero don Ramiro, inmovilizado en su sitio, opinaba interrogando, enigmáticamente curioso y seguro. Al cruzar el puentecito, los veinte tramos de madera se quejaron al recibir el peso del coche. Fáciles de contar por el ruido que produjeron. Don Ramiro volvió a tomar la palabra.

—Me parece que uno de los primeros tramos está suelto... ¡Chicotió al pasar!

Al chofer no se le ocurrió ningún comentario. Miró hacia atrás, descuidando el volante. Pasaban por las puntas de una chacra rastrojada, amarillenta. El reducido sembrado de lino apenas despuntaba sus florcitas moradas. Don Ramiro aspiró el aire con un gesto fiero, como si buscase un olor determinado. Y preguntó una vez más, a su manera:

—Viene floreciendo el lino, ¿no? Ya voy entendiendo de estas gringadas...

El chofer observó a uno y otro lado, con mirada investigadora. Sí, florecía a trechos, ligeramente insinuado después de la lluvia.

—Medio desparejo...

Don Ramiro, entrecerrando los párpados, alzaba la cabeza para husmear como los toros en celo.

A Marcelo le entró una repentina antipatía por aquel hombre que no se había dignado tornar la cabeza en todo el trayecto. Lo encontró en el pescante al bajar del tren, y durante el recorrido no hacía sino preguntar cosas infantiles, que saltaban a la vista. Enumeró los caprichos de su hermano Nico, protector de tipos extraños, amigo de tener a su servicio sujetos de rara catadura. El tal don Ramiro debía de ser algún gaucho medio reliquia, entretenimiento de su hermano.

Marcelo ansiaba llegar a la estancia. El repiqueteo de las cadenas pantaneras, la marcha irregular del automóvil, su reducida participación en la charla, lo pusieron de mal humor. Y los barquinazos y los baches y los virajes.

—Va a seguir lloviendo —aseguró don Ramiro.

—Buena falta hacía.

—Cargau pal norte, ¿no? —preguntó el viejo.

—¡Por todos laus!...

Pero el diálogo pasó inadvertido para Marcelo. El motor rugía en un trecho pantanoso. Como el coche coleaba, el pasajero tuvo que agarrarse a la carrocería con ambas manos, para no ser sacudido.

Siguieron unos veinte minutos en silencio. En la cuchilla se divisaba una estancia —"Santa Rita"—, con vastas plantaciones de eucaliptos, molino pintado de rojo y la gran antena de radio.

Marcelo encontró cambiada la ruta. La estancia de Saturnino Chaná había extendido su arbolado. Pintada de rosa subido, parecía un cuartel. Galpones amplios y pesebres de animales de raza. Iba a preguntar al chofer alguna referencia, pero en el preciso instante don Ramiro rompió a hablar. Lo miró llenando sus cachetes de un viento de blasfemias. Venía bien predispuesto a "El Palenque", mas el viejo paisano insistía en provocar su mal humor. "¡Que lo parta un rayo!", maldijo Marcelo. Y, de inmediato, su encono se corrió hacia su hermano Nico. Censuró su costumbre de albergar y proteger a esa gente hosca y misteriosa. Peones astrosos, a los que pagaba una miseria. Y el insistente propósito de hacer de la estancia un lugar fuera de lo común, detenido en el tiempo. Despreciando estos hábitos, Marcelo Azara llevaba diez años sin visitar aquellos pagos, sin saber del campo más que el precio de los arrendamientos. En cambio, tenía de sus moradores atrayentes referencias. Sabía que su cuñada Adelita manteníase hermosa, de una belleza transparente, contrastando con la rudeza y la vetustez exagerada de la estancia. No se explicaba cómo una mujer tan excepcional se había casado con Nico. Ella era, más bien, para un hombre como él, capaz de alhajarla y lucirla en el pueblo y en las playas de la capital. Dijeron que Adelita se casó porque necesitaba de la honrada salud de Nico. Su cuñada, de frágil naturaleza hereditaria, cuidadosamente vigilada por los padres, quería tener hijos sanos. Aquel orgulloso ejemplar físico —tronco de roble del que Nico alardeaba— podía darle buena simiente. Un hombre de casi dos metros de estatura. Dos metros de erguida salud vegetal.

Marcelo pasó revista a la gente que iba a encontrar en la estancia. Y tropezó, una vez más, con la exagerada viudez de su madre, luto de soledades y de ayes. Lo recibiría suspirando, con el nombre de su padre, "un santo varón", siempre en los labios.

El cuadro familiar se adornaba con viejas sirvientas, moviéndose entre colecciones de rarezas camperas, pasión y lujo de su hermano. Y, por los galpones, los parejeros atados bajo los paraísos, contemplados codiciosamente por la peonada.

Marcelo avivó la imaginación al calcular el comentario que se levantaría en torno a su visita, y más aún cuando llegase el padrillo de pura sangre que había comprado en Palermo, por cuenta de su hermano Nicolás, para una posible sociedad.

"Nico se va a volver loco de contento —pensaba—. Adelita aprobará la tentativa de refinar la raza de la estancia. Mamá, desentendida, indiferente, no dará ninguna importancia a la adquisición. Los peones ya habrán preparado el "box" y se disputarán su cuidado". Se regodeaba imaginando escenas. La estancia entera estaría alerta para recibir al padrillo, porque en "El Palenque" los acontecimientos sacuden por igual a los patrones y al paisanaje. Y —pensaba Marcelo— nada menos que un caballo de carrera con su "pedigree" como un título nobiliario. Marcelo trae esa genealogía arrollada en un rincón de la valija. Era un paso adelante en el refinamiento caballar, aparejado a la modernización de la estancia. No podía ser de otra manera. Primero, toros; luego, carneros; ahora se trataba de un padrillo importado de Buenos Aires, un verdadero lujo para "El Palenque". No sólo los Chaná de "Santa Rita", sus vecinos, avanzarían en el mestizaje de la caballada. La sangre de los reproductores de "El Palenque" no mereció mucho celo en otros tiempos y se comentaba la deficiencia de sus planteles.

Quebró el hilo de sus pensamientos la presencia de un carro detenido en el camino. Lo divisaron de lejos. Un carro con ruedas de reducido diámetro, de mesa larga, sin elásticos. Rústico vehículo rebosante de carga, chato y enlodado.

—Un carro de rusos... —dijo el chofer—. Van para la colonia. Seguramente harán noche por aquí.

El automóvil avanzaba por terreno firme. El original transporte se hallaba detenido a un lado del camino, sobre las barrancas con cardales de una zanja. El alambrado corría firme hasta ese punto. Luego, un desvío dirigía la huella hacia la derecha.

Cuando estuvieron a pocos metros de la cuneta, la marcha se hizo lenta por los pozos y las piedras. Un chico bajó del carro y corrió hasta el auto. El chofer

frenó para esperarlo. El chico usaba un bonete de piel de inconfundible origen. Altos zapatones, ropa de pana. Sus lindos ojos negros se destacaban en la cara enrojecida por el aire frío, por el viento castigador de aquellas regiones. Se acercó tímidamente. Cuadrado ante el coche, luchaba, nervioso, por romper a hablar. Tieso, mudo, bajó la vista avergonzado. No alcanzaba la palabra necesaria.

—¿Qué querés? —le preguntó el chofer—. ¿Qué necesitás? —continuó con voz paternal.

Los extranjeros del carro lanzaron una carcajada estruendosa. Comprendían que el chico debía de haber enmudecido. Pero las risas y la insistencia del chofer, las preguntas hechas con cariñosa entonación, le dieron ánimo.

—¡Un gósforo!... ¡Todo mojado, todo mojado en carro!... —estiraba su bracito para atrás, señalando el vehículo.

Bien poco pedía. Bien poco reclamaban aquellos hombres rudos de botas embarradas. Aquellas tres mujeres, tres abundantes madres rubias, sentadas sobre colchones con la mirada fija en la distancia, desentendidas de la pequeña incidencia.

El chofer le dió una caja. El chico manipuló en ella, para sacar lo que necesitaba. Y sacó humildemente un solo fósforo, un minúsculo fosforito, con diminuta delicadeza.

—¿Uno solo? ¡No!... Llevàte la caja. —¡Ahí va una caja! —gritó a los colonos. Éstos bajaron la cabeza, agradeciendo con una exagerada reverencia.

El ruido del motor, acelerado en el cambio, tapó las voces de los extranjeros.

—¿Qué? —preguntó don Ramiro—. ¿Judíos?

—¡Qué sé yo! —respondióle el chofer. Y un golpe brusco en el elástico delantero borró por completo el minuto de atraso. De nuevo la huella, el barro, las piedras.

Marcelo podía responder. Aquel niño con gorra de piel, de flamante traje de pana, no le era desconocido. Ni sus padres, el hombre de la fresca risotada y la mujer de mirar nostálgico. En esos rostros había descubierto las terribles dudas, el terror de la inseguridad y los recelos del extranjero. Caras asustadas que Azara había enfrentado no hacía mucho. En combinación con un alto funcionario de Relaciones Exteriores, gestionó y obtuvo que se permitiera entrar al país a esa familia

polaca que marchaba en su carro por el campo. Bien sabía él cuánto pagaron por su libertad americana.

El niñito ensayó con Azara las primeras palabras en español. Y enmudeció amedrentado cuando los padres lo empujaron para que saludase y diera las gracias —costosas gracias —al feliz mediador providencial.

En aquel recordado momento, los extranjeros acababan de comprar un poco de oxígeno a un criollo que, del patrimonio, ya no tenía más tierras para vender.

Marcelo Azara viajaba con la cara semidescubierta por la bufanda de seda. Se sintió enmascarado, triste y solo. Perseguíanle los infantiles ojos negros, brillando en el rostro curtido, de mejillas ásperas y rojas. Los ojos más inocentes de aquella familia tambaleando en aquel carro rebosante de trastos y de vida animosa. Hasta que volvió a hablar don Ramiro:

—Por aquí debe de haber pasado algún parejero de don Saturnino...

—¡Y, puede ser, no más! A estas horas los llevan a variar al bajo —agregó el chofer; y tras una pausa: —Y, ¿por qué lo decís, Ramiro?

—Pues... porque su paso... ¡jiede!... ¡No hay por esta zona animales alimentados a máiz y alfalfa!

—¡Y sabe que así debe ser!... Acabamos de atravesar un rastro... ¡Qué olfato!

Don Ramiro lo interrumpió:

—Estas ruedas del auto levantan tanto barro y estiércol que por el olor sabés mejor que por la vista...

El chofer hizo un corto comentario. Marcelo quiso entender el diálogo, pero renunció de inmediato. Andaba por otros mundos.

Continuaron callados, adormecidos por las explosiones del motor, cuando el chófer divisó, en el desorden de un cardal, una figura humana. Acababa de erguirse. "Debe de ser un linyera", pensó. No quiso entrar en comunicación con Marcelo y se ahorró el comentario. Para don Ramiro, por descartado, pasaría inadvertido aquel encuentro.

—¿Y ése?... —preguntó Marcelo—. ¿De a pie? ¿Es un linyera?

—¿Un linyera? —repitió distraído el chofer—. El auto avanzaba. La silueta del hombre se hacía más visible.

—No parece —observó Azara.

—Dicen que anda mucha gente de a pie —comentó don Ramiro—. Gente de la Colonia...

Ya estaban encima del personaje cuando Marcelo,

como arrepentido de su poca intervención en el viaje, sintió la necesidad de ponerse a tono. Le sugirió al chofer que lo ayudasen a adelantar camino, ofreciéndole un lugar en el coche.

—¡Pase cerca!... ¡Pare!...

Y no bien lo tuvieron a tiro, Azara sacó la cabeza por la ventanilla y le dijo:

—¿Quiere adelantar un poco?... Aquí hay un lugar... ¡Venga!...

El caminante se acercó, parsimonioso, sereno. Era un hombre de unos cuarenta años. Vestía con sobriedad. Llevaba las botas embarradas y el sombrero con tachas de lodo. Rostro grave y recio. Un ligero prognatismo le ponía voluntariosas las quijadas. Los ojos grises, vivos. El bigote rubio, amansado en lentos manoseos. Respondió con calma, en un español dificultoso:

—Les doy las gracias... Allá veo que viene un carro. Irá a la Colonia. Ustedes van a "El Palenque", ¿no?

—Bueno, si tiene conducción... seguiremos —comentó Marcelo. Y secamente ordenó proseguir la marcha. Las "gracias" del extranjero quedaron flotando en la soledad del camino.

—Lo había visto al ir a la estación —aclaró el chofer—. Al principio lo desconocí... Es un pocero de la Colonia. Vuelve del pueblo...

Marcelo se repantigó en su sitio. Se le había ocurrido uno de esos actos que en el campo llaman "gauchadas". "No era un personaje para levantar en el camino. Era algo más que un linyera", pensó casi decepcionado.

—Anda mucha gente de a pie —comentó el chófer—. Y éste sabe que vamos a entrar por esa tranquera... Es viejo conocedor del pago...

A Marcelo no le interesaba la aclaración. Meditaba su pequeño fracaso y quería olvidarlo.

El caminante —¡bien que lo sabía el chofer!— era el austríaco Guillermo Hoffmann, hombre hosco, mecánico experto en perforaciones. Trabajaba con el dueño de una máquina perforadora que ya había hecho varios pozos en las estancias vecinas. El austríaco Hoffmann a pie por los caminos, midiendo con sus ojos las extendidas llanuras y contemplando los caballos de las manadas, bien comidos, arrimados al alambrado.

Cuando lo sorprendieron entre los cardos, habíase detenido a reponer fuerzas y a tocar su armónica. No descansaba cuando podía mirar algo y oír, al mismo tiempo, la pequeña, la insignificante música de su instrumento.

Su fatiga debía coincidir con un paisaje, sobre todo con bellos animales a la vista. Y, en esa oportunidad, resolvió descansar frente a una caballada alazana —pingos de crines sueltas y largas colas—. Los observó mientras descansaba o, más bien, descansó, porque los observaba.

Sabía muy bien que los caballos son singularmente sensibles a la música.

Se complacía en hacer sonar la armónica hasta que sus orejas comenzaban a moverse para mejor captar la música. Recurría al lánguido vals de su tierra o a la tonada criolla, que ya se le había "ganao" en los oídos. Seguía adelante, soñando con ser dueño de una tropilla para ver las cosas del campo desde la altura de los ojos de un caballo.

—Me gustaría un tordillo —decíase mientras andaba—. Un tordillo de gran alzada, de esos que mueven la cabeza a cada paso, como si con ella arrastraran el resto del cuerpo.

Y seguía conversando con "el otro", el hombre que se cansaba en él, que necesitaba oír cuentos para marchar, como los niños historias para encontrar el sueño. Recitaba al hablar:

—Un caballo blanco... al tranco, por el camino largo... con rebenque largo.. seguir adelante... contando las leguas, dejando los ranchos, a todo lo largo... del campo... un caballo manso... un caballo blanco...

Una vieja canción alemana volvía a su memoria con frecuencia. Le gustaba recordar estrofas aisladas, flecos de días perdidos y felices. La música, en cambio, permanecía intacta en su recuerdo. Tarareaba la canción con la armónica entre las manos, que en esos momentos parecía más bien una espiga de maíz:

Cuando te veas reflejado
en las pupilas de un caballo...
....
Corren las crines en el viento,
duermen relinchos en los huecos...
....
Dormir cien leguas de cansancio
con el cansancio del caballo...
....

Y repitió muchas veces lo mismo, hasta que sintió el ruido de los bujes del carro de los sabatistas, los rusos que iban para la Colonia. A ellos no necesitaba

pedirles el favor, la "gauchada". Maquinalmente, casi sin parar el carro, dió un salto y se trepó.

Estaba tan cansado que se echó hacia atrás, apoyando la espalda en uno de los chacareros, que iba dormido. El ruso lo miró y volvió a cerrar los ojos.

Los campos, el ámbito campesino, el silencio, la cinta de la lejanía, los juntaba en un haz humano, tan mudo como el de las espigas.

Guillermo Hoffmann alcanzó a ver el auto de los Azara que se perdía en la cuchilla.

A Marcelo le faltaban pocas cuadras. La estancia se agrandó en el horizonte, contra el ardiente fondo de nubes. Los árboles, de un verde compacto, denso. El caserío, como un inmenso montón de huesos, enorme osamenta desarticulada.

Reconoció la avenida de las acacias, tan vieja en la realidad y en su recuerdo. Terminaba en la galería de la estancia. Pero otros árboles lo traicionaban, desbaratando su recuerdo.

El chofer detuvo el auto y se bajó para abrir la tranquera. Don Ramiro, sin moverse de su sitio, le pidió un cigarrillo a Marcelo:

—¡Uno de esos suyos, que huelen tan lindo!...

Su tono campechano, agachado, lo desarmó. Pedía con humildad. Y en su voz había una sombra en la que parecían mecerse las palabras.

El viejo no tornaba la cara al hablar; a lo sumo se levantaba el poncho para facilitar el juego de sus manos.

Marcelo extrajo de sus ropas la cigarrera de plata, la abrió generosamente y estiró el brazo. La mano del viejo buscaba a tientas en ella. En eso se acercó el chofer. Sonriendo levemente, sacó un cigarrillo de la petaca y lo puso entre los ávidos dedos de don Ramiro. Marcelo observó la operación con visible sorpresa.

—¿Entonces?... —se preguntó Marcelo.

Cuando pasaron el portón, el chofer, solícito, dió fuego al cigarrillo de don Ramiro. Ayudarlo representaba un acto bondadoso.

Atravesaron el primer monte de la estancia. Iban por la avenida de las acacias. A uno y otro lado, el múltiple y tupido rosedal y las abundantes madreselvas. Rosales de todos los tipos, en promiscuidad, amontonados. Enjambre de pimpollos que resistieron al chaparrón y pétalos marchitos por el suelo coloreando la tierra. Una

que otra rosa intacta al borde del camino y muchísimas que salían al paso, con la herida visible de un desgarramiento. Pero en el matorral espeso, los pimpollos asomaban sus vástagos, alertos en la punta de las ramas espinosas. Cien metros de rosas, un capricho de Nico que a su hermano no conmovía en lo más mínimo.

Porque no le emocionaba la naturaleza. Ni el olor ferruginoso de los pétalos de madreselva, azotados en el barro por la lluvia, ni el vaho de la tierra aromada por la santonina, ni el verde manso y musgoso de los canteros, ni el soplo vetusto que lento recorría la estancia y, en andanadas, caía sobre los moradores, cuando se abrazaron saludándose... A Marcelo no le importaban sino las cosas vivas, las hirientes.

Don Ramiro sí que dilataba sus narices. Parecía apoyarse en el aire, con las manos abiertas como para evitar la brusquedad de una caída.

Los familiares se abrazaban y decían frases sueltas y cruzábanse preguntas y respuestas a destiempo. El encuentro tardó en ordenarse, confundidos en palabras tontas, por momentos carentes de sentido.

Don Ramiro de pie, tanteando el aire con el peso de su gran poncho en las muñecas.

Una muchacha de unos veinte años se acercó a oficiar de lazarillo. Como Marcelo la siguiera con vehementes ojos, Adelita —que conocía aquellas miradas de su cuñado— le dijo en voz baja:

—Es Belarmina... Bica... la hija de Malvina. ¿Te acuerdas?

Marcelo —hombre de "apuestas" y de diversos azares— entrecerró el ojo izquierdo como si aguzase la puntería. Dijo: "Bica... Bica..." Su cuñada había pronunciado dos nombres casi desconocidos para él. Vaga reminiscencia. "Bica... Malvina..." Hizo un esfuerzo de memoria. Nada. Sacó el labio inferior para afuera y alzó los hombros sin dejar de mirar a la muchacha que acompañaba al ciego.

—Tú tienes que acordarte, Marcelo... Las muchachas del puesto que papá protegía... Una de ellas, Malvina, fué su madre...

Marcelo oyó la insistencia de su cuñada, pero más que buscar en su memoria frágil, se dejó llevar por la inusitada música del vocabulario poco corriente de Adelita. Ella no hablaba como el resto de la familia. El *tú* sonaba en sus labios con una clara armonía. Jamás la oyó decir *vos* o *che*. Su conversación florecía en

inusitadas palabras, de familia de antiguo cuño. Marcelo se burló cariñosamente de la manera de hablar de su cuñada, pero dejando entrever un ligero orgullo de hablar en "El Palenque" una jerga dulzona, sin afectación, de pura cepa hispana. Sólo cuando le dió a entender la gracia que le causaba su modo de expresarse, volvió sobre Bica, Malvina y don Ramiro. No recordaba a Malvina. Apenas si sabía que Bica era una paisanita nacida en el puesto número 9.

—Pero, ¿no te acuerdas? ¡Belarmina!... La llamábamos Bica. Se crió con nosotras. Siempre se rebeló a toda educación, pero fué de tiernos sentimientos... Por su manía de cultivar plantas olorosas, se distinguió entre todas las chinitas de por aquí...

—No te entiendo... —dijo Marcelo al tiempo que la muchachita se alejaba. Ellos caminaban a la zaga.

—Te digo estas cosas para que hagas memoria... Porque veo que has olvidado por completo la estancia.

—No; algo recuerdo, pero no sé a qué te referís al hablar de esas plantas olorosas...

—Si abundan en la estancia, es gracias a ella. Las ha plantado en ausencia nuestra. Nunca la verás sin su ramita de espliego, de eucalipto o su hoja de malvón, triturada entre los dedos. Goza con su fragancia. Es una rara manía...

Caminaron hacia el alero de la casa. Hablaban de las cosas exteriores con cierto desgano, como tratando de distraer un tema que los dos tenían firme en la memoria y procuraban evitar.

—¡Mira qué jardín más nutrido!... —dijo Adelita, deteniéndose—. Me gusta este desorden de plantas nacidas a la "sans façon"... ¡Naturaleza casi salvaje!

—Recuerdo poco estos caminos de casuarinas... —dijo Marcelo—, pero... —Movía de un lado a otro la cabeza. Se le habían borrado el tiempo, las imágenes.

Micaela, la madre, los miraba sombría, imponiendo autoridad. Más que mirarlos, al ponérseles al lado, parecía que reclamaba alguna noticia de los labios de su hijo. Hacía apenas quince días que se habían visto. La madre iba a Montevideo con frecuencia y pasaba allí los veranos. Claro que no conseguía traer a la estancia a su hijo pueblero. Su arribo producía desazón en el ánimo de la madre. Aguardaba la noticia para darle la espalda y meterse de mal humor en la casa. Y ese anuncio se produjo. Nico, no bien despachó el auto y

dispuso las maletas de su hermano, le formuló la pregunta importante.

Marcelo, agarrando del brazo a su hermano, lo alejó gravemente, como para tratar asuntos personales.

—"Don Juan" viene en el tren del sábado. Giré a Buenos Aires. Te traigo el certificado, el pedigree y los papeles de importación... ¡Un lío entre inspecciones sanitarias y derechos!

Doña Micaela comprendió, recogiendo las últimas palabras, que Nico había comprado el padrillo y pagado, seguramente, una suma abultada. Giró sobre sus talones y se llevó su negra viudez para adentro, mascullando algunas palabras de reprobación que nadie oyó.

CAPÍTULO II

Nico y Marcelo caminaban a pasos lentos por la galería que daba al poniente. El aire balsámico y fresco ponía a Nico de buen humor. Desde niño era al atardecer cuando entendía más claramente los conceptos atropellados, y no siempre muy explícitos, de su hermano. Hablaban dos idiomas, porque pensaban en distinta forma. Pero la separación de tantos años había apaciguado los ánimos. Ambos evitaban las discusiones.

Al oírlos desde el comedor, la madre pensó que la ausencia habría suavizado muchas asperezas. Comparó el carácter de Nico, violento, sano, con el de Marcelo, despreocupado y tornadizo.

Llamaron a la mesa. La sopera, con su penacho de vapor, presidía la comida cuando se presentó un peón harapiento, tímidamente asomado en el extremo de la galería. Éste aguardó que fueran hacia allí, pues debía hacerle una pregunta al patrón. Nico hablaba con brío, con una exaltación que el peón conocía de sobra.

"Estará por enojarse", pensó el paisano.

Cuando se dieron vuelta, Nico avanzó hasta el peón precediendo en unos pasos a su hermano.

—¿Qué te pasa?

—Quería saber si aramos no más, al costau del callejón...

—¡Y claro que sí!... ¡Mañana mismo! Hay que terminar con esos cachafaces...

Mientras tanto Marcelo se había acercado, con visible

curiosidad, pues no podía entender la orden de su hermano, que acababa de tratar de "cachafaz" a alguien. Nico, no bien se alejó el peón, quiso explicar a su hermano.

—Mando arar a uno y otro lado del callejón, en el paso pantanoso, para que si me cortan el alambrado no puedan pasar por adentro del campo, ¿sabés? ¡A mí no me van a embromar!

Marcelo no entendía bien la operación. Al fin, cuando comprendió que su hermano mandaba arar la tierra para hacerla intransitable, a uno y otro lado del pantano del camino, se quedó pasmado, mirándolo. Estuvo a punto de rebatirle tan peregrina idea, pero se contuvo. Era imprudente discutir a la media hora de estar en la estancia. Nico prosiguió, sin dar importancia a su gesto de reprobación y protesta:

—¡Imagináte que al no poder pasar por el pantano que hay en el camino, me cortan el alambrado y cruzan por adentro en la invernada, nada menos!...

Avanzaban hacia el comedor. Nico seguía explicando.

—¡Se meten en el campo y cruzan tranquilamente!... He mandado arar y no podrán pasar por los surcos... ¡Qué se habrán creído!

Marcelo no pudo contener la pregunta:

—Y, ¿por dónde van a pasar, entonces? ¿Querés decirme?

—No me vas a salir defendiéndolos. ¡Que se embromen! ¡Les voy a enseñar a cortar el alambrado!

—¿Y si el pantano no les da paso? —insistió Marcelo.

—¡Y a mí qué me cuentan!... ¡Que se las arreglen! ¡Que protesten al gobierno!

—Suponéte que viniesen con un enfermo —argumentó pausadamente Marcelo—, con un enfermo grave... por ejemplo... ¿Qué pueden hacer?

Nico miró a su madre como recogiendo valor para insistir.

—¡Ah, yo no sé, che!... Pero a mí no me van a estar cortando el alambrado para pasar por dentro del campo. Con la arada, asunto concluído.

Una siniestra sonrisa se dibujó en sus labios. Micaela levantó los ojos hasta Adelita. Temía descubrir en ella un gesto de reprobación para las palabras de su marido. Pero Adelita tenía la vista puesta en el plato y alzaba una cucharada de sopa, pulcramente, con el mejor de sus modales. También trataba de *tú* a los utensilios de la mesa...

Nico parecía muy conforme con la resolución. Le importaba poco el destino del vecindario, su suerte negra. Era gente de una colonia sin nombre, supuesto pueblo, con la que no quería tener la menor relación.

La comida transcurrió alegremente. Marcelo hizo esfuerzos visibles para no discutir. El tema del pantano en el camino público le acosaba a cada momento. Consiguió eludirlo siguiendo con los ojos a Bica, que servia la mesa. Para Adelita no pasó inadvertido el mutis y meneó la cabeza con inteligencia. Marcelo era incorregible. Se le ocurrió pensar que había comprado el padrillo nada más que por su nombre. El aire de Marcelo, su aspecto refinado, le producían una agradable sensación, como un deleite capaz de hacerla ruborizar.

De sobremesa se trató el asunto de "Don Juan". Bica, cuando el recién llegado con lujo de palabras describió la figura del caballo, se detuvo junto al aparador, fingiendo darse mucho tiempo y pocas mañas para disponer los pocillos del café.

—Es un espléndido alazán dorado, cabos blancos, con una estrella en la frente que parece una luz. Más bien alto, ¿sabés? —Marcelo se dirigía a Nico, pero hablaba para todos, sin perder el efecto que producía en la cara de la muchacha—. Las *clines* —decía clines para utilizar un poco el defectuoso lenguaje de Bica y recalcaba algunos giros camperos, mirándola de soslayo—, ya las *clines* están *medias largotas*, como preparado para salir a campo abierto... De cabeza chicuela. ¡Unos ojos muy negros y las orejas más alpiste que he visto!... No sé si pinto bien al pingo... ¡Qué flete te has echado, Nico!

Su hermano era muy sensible al elogio. Las alabanzas lo ruborizaban levemente como a una mujer. Entonces él exageraba su estado de espíritu para aprovechar mejor sus afectadas maneras de hombre de recatada timidez, de sumisa modalidad. Explotaba a la perfección el suave tono condescendiente cuyo revés conocían muy bien tanto Adelita como Marcelo.

—Tiene las orejas más vivas que he visto en animal de raza —prosiguió Marcelo—. Ése es un signo de larga vida como reproductor —y miró intencionalmente a Nico—. Mucho "carácter", ¿sabés? Vas a ver qué cría tendremos en "El Palenque". ¡Y qué pingo para ensillar, manso como una oveja! Lo vas a montar con entera confianza...

Nico no enteraba a nadie de la marcha de la estancia. La señora Micaela apreciaba como un acto de gran

delicadeza por parte de sus hijos tenerla al margen de los negocios y operaciones. De manera que el plural de Marcelo, al decir que obtendrían buenas crías con el semental, le dió cierta tranquilidad. La madre se mostraba celosa de las finanzas del hijo casado, desinteresándose del presente económico de Marcelo. Éste, independizado, medrando en la política, había hecho "campamento aparte". Ya se había burlado, en inolvidables oportunidades, de la rudimentaria y fácil explotación de una estancia, comparándola con sus sesudos negocios en la capital. Obscuros negocios de los que Nico ya había oído hablar.

—Pero ya sabés, ¿eh? Yo me encargo tan sólo de criarte los potrillos, de echar a "Don Juan" a la yeguada. El asunto carreras es cosa tuya —aclaró vanamente Nico, estudiando de reojo la impresión que producía a su madre la seguridad de prescindir del juego.

Marcelo ya había bebido un par, de copas de un pesado vino tinto, digno del duro paladar de Nico. Se sintió beligerante y respondió, con gesto de acidez en la boca:

—¡No te aflijás, hermano! Te dejo lo más simple: *criar*. La colocación de los potrillos, ya en los remates o en las pistas, es un arte, no cabe duda... —Hizo una pausa que nadie osó interrumpir para recalcar con cierta petulancia pueblera:

—¡Un arte, che! ¡Y eso es otro cantar!...

Nico lo miró con rabia. "*Un arte* —se dijo—, como si yo fuese un negado." Dobló la servilleta, la calzó en el aro con energía y, recobrando un aire de bromista intrascendente, cerró el diálogo:

—¡Sí! ¡Un arte! ¡Como meter judíos en el país!

Lanzó una fuerte carcajada. Aparecía de pronto el chico grande que cultivaba hábilmente. Y como si acabase de dar en un blanco difícil, como si hubiese acertado con el más oportuno de los epítetos, se puso a reír y a guiñar un ojo a Adelita.

La risa de Nico aplacó los nervios de Marcelo. Iba a saltar sobre él con una frase hiriente, pero recordó que las discusiones y reyertas solían provocarlas campo afuera, lejos de las casas... Cuando eran "gurises", jamás pelearon en los contornos de la estancia. Salían al bajo, a trenzarse a rebencazos, a insultarse a sus anchas. Se endurecieron curtiendo el cuerpo sobre la tierra libre. Allí, el desafío, allí, la paliza del padre; allí, la "penca" con los petisos. Medían sus fuerzas y

la velocidad de sus caballitos. Más de una vez se les vió volver maltrechos, con magulladuras, como si regresaran de una ruda campaña. Así le ahorraban a la madre el espectáculo de la reyerta. No levantaban la voz bajo techo...

Lo detuvo, además, la carcajada inocentona de Nico, semejante a las cortinas de humo que lanzan los buques de guerra para cubrir la retirada. Cuando menos pensaba en la táctica campesina de su hermano, éste se le acercó por atrás y golpeándole en las espaldas, le dijo en tono cordial:

—A ver, a ver el "pedigree" del animalito... ¡Vamos, andá a traer los papeles!

Marcelo salió del comedor y los buscó entre sus ropas. Mientras revolvía la valija, pensó si Nico tendría algún dato sobre el contrabando de judíos. ¿Sabrían que sus vacaciones en la estancia eran un poco forzadas? Quizás había estado prudente, dejando la acusación en el aire, no dando importancia a la necedad de Nico. Por otra parte, tenía la seguridad de que su hermano no quebraría la tradición familiar. Las discusiones se ventilaban sin testigos.

Ya habían quitado el mantel como para que sobre la mesa extendiesen el "árbol genealógico" de "Don Juan". Bica, que entendía apenas de cuanto hablaban sobre el caballo, no quería perderse la sobremesa. Iba de un lado a otro, con cachaza criolla. Sus modales toscos, su parsimonia campesina se agrandaban ante la expectativa.

Marcelo encendió una pipa, cosa que chocaba a Nico, que no ahorraba el chiste burdo sobre sus gustos de fumador. Y desplegó el "pedigree" de "Don Juan". Parecía un plano del recorrido turístico efectuado en un país distante, con sus trazados en líneas rojas y otros detalles significativos.

—Bueno, fijate bien qué nombres aparecen como antecedentes de "Don Juan". Si de alguno te has olvidado, me lo decís y te busco en este librito los premios y performances de sus antepasados.

Ya los ojos de Nico se habían volcado sobre el papel. Con su grueso índice señalaba los nombres. Marcelo vió las uñas desaseadas de su hermano. El dedo mocho, chato, rematado en una uña sucia. Los ojos de Adelita se posaban también sobre el dedo. La señora Micaela caló unas gafas con los cristales rotos y las patillas atadas con un hilo de coser. Bica adelantó su cuerpo, al

ver que la atención se detenía en el papel. Marcelo aspiró su fragancia a menta y, con disimulo, pudo apreciar sus fuertes senos, de una campesina abundancia. Ella se inclinó entre Adelita y Micaela. Un instante, tan sólo el tiempo necesario para desilusionarse. Allí, en el papel, en aquello que llamaban "pedigree", solamente se veían unos nombres y algunas líneas rectas sin sentido aparente. Bica ansiaba ver una fotografía del alazán. Cuando se entregaron a analizar los orígenes del "pastor", la muchacha oyó que se hablaba de padres, de abuelos, medio-hermanos y hermanos de vientre. Clasificaciones extrañas en la vida de un animal, ininteligibles para ella. Estaban todos pendientes del abolengo del equino. La señora Micaela, sacudiendo su encanecida cabeza, con signos de incredulidad y encubierta protesta. Nico, doctoral, como si se tratase de un plan estratégico de capital importancia. Adelita no quitaba la vista del "pedigree", fingiendo interés. Su buen tacto, su educación en ningún caso disminuída, la impulsaban a seguir la "pasión" de los hermanos, sin dejar entrever su indiferencia.

Los dedos mochos de Nico seguían el curso intrincado de aquella sangre equina, como una ruta que conduce a soluciones inesperadas. Arribó a una pregunta:

—¿De manera que puede ser nieto de Falucho o de Marco Aurelio?

—¡Claro! —respondió Marcelo—. De uno o de otro. Y sea de Falucho o de Marco Aurelio, "Don Juan" tiene que ser animal de tiro largo... ¡No importa que eso no esté claro! El caso es que los dos abuelos atribuídos son animales de "fondo". ¿Me entendés?... Por la estrella que tiene en la frente, me inclino a suponer que es nieto de Falucho.

Un silencio propio de minucioso estudio siguió a estas palabras. Nico leía en el "Stud Book" las performances del citado semental.

Adelita aventuró preguntas sobre los abuelos de "Don Juan", y siguiendo la natural curiosidad, llegó a los bisabuelos. La señora Micaela, quitándose los anteojos —ademán con el que significaba haber satisfecho su interés— y metiéndolos en su estuche con cuidadoso modo, dijo:

—¡Tanta historia para un animal! ¡Hasta los bisabuelos! ¡Me parece una reverenda tontería!

Bica se sorprendió de tener que estar de parte de la señora.

Marcelo y Nico levantaron a un tiempo la cabeza y, de común acuerdo, volvieron sobre las páginas del "pedigree".

—Todos los antepasados importan —dijo Adelita— para saber las corrientes de sangre y las cualidades del padrillo... ¿no es así?

—¡Por supuesto! —terminó Marcelo—. ¡Depende de la clase, de sus orígenes! — Y al dar una bocanada de humo, de un humo picante que tenía a Bica medio asfixiada, se oyó en el comedor el más violento estrépito de que se tenía memoria en la vida de la estancia. La muchacha, desde que oyera hablar de padres y abuelos, con una bandeja en las manos aguardaba que tomase la palabra Marcelo para dejarla caer cargada de pocillos, vasos y una jarra de cristal. Todo se hizo añicos en el piso de piedra.

—¡Bestia! —gritó la señora Micaela. Y levantó la mano con el estuche de sus espejuelos, como si estuviese resuelta a arrojárselos a la imprudente.

Nico y Adelita se miraron dispuestos a intervenir, pero Marcelo, con un vago aire de culpable, siguió pasando las hojas del libraco, en busca de las performances de los antepasados de "Don Juan".

—¡Levantá eso, borrica! —sentenció la señora Micaela. No le daban las piernas para avanzar, pero sí la cabeza, a fin de hacer un cálculo aproximado del valor del daño. Habíanse roto cristales y lozas por un importe superior a ocho pesos. Más o menos el sueldo prometido a Bica desde su mayoría de edad.

—¡Vas a pagar ese destrozo con tu trabajo, con tu primer sueldo, grandísima descuidada! ¡Manos de manteca!... ¡Lo único que sabés es oler y oler!...

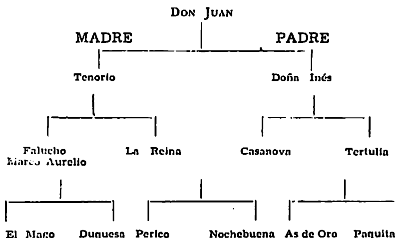
Hacía tiempo que se hablaba de ese "primer sueldo". Casi más de un par de años. Pero a Bica no le preocupaba mayormente la mensualidad prometida. "A los aparentes vejámenes —pensó Marcelo— ella antepone su salud de vaquillona, su alegría animal. Para sentirse bien le bastará ver el brillo de sus ojos, duplicados en los espejos de la casa; la amplitud de su sonrisa, que empieza en la blanca dentadura y no parece extenderse más allá de sus carnosos labios."

Marcelo se complacía en descubrir los rasgos de la muchacha, de "la gaucha", como la llamaban en los galpones. Pero Bica, en aquel trance difícil, recostada a la pared, miraba hacia el suelo sin que en su rostro se dibujase su burlona sonrisa, ni el más imperceptible

signo de rebeldía. Sólo el corpiño era insuficiente para contener el oleaje blanco que provocaba su respiración...

A la mañana siguiente la muchacha halló en la mesa el "pedigree" de "Don Juan" salpicado de cascarudos patas arriba que aún hacían zumbar sus impulsos por levantar el vuelo. Inclinó su cabeza sobre la lámpara, deletreando los extraños nombres. Intentaba retenerlos en la memoria. Había soñado con el caballo y quería descifrar su sueño.

Separó uno por uno los insectos muertos, las mariposillas secas que habían caído sobre el papel, víctimas de la lámpara, huellas de la luz. Luego, con un paño, repasó la mesa y fué realizando sus tareas matinales sin dejar de mirar, de cuando en cuando, la amplia hoja desplegada con "el linaje" de "Don Juan".



Empleó un buen rato en deletrear los nombres. Padres, Madres, Abuelos, Bisabuelos... Levantó la vista hacia la avenida de las acacias, que estaba resplandeciente, con su follaje dorado por la luz matinal. Dejó correr sus ojos mientras se llevaba a las narices una ramita de tomillo. Y, acodada en la mesa, comprendió que ella era una "orejana", algo así como una de esas reses que se encuentran en los caminos y a las que no se les descubre la señal ni la marca. Una "orejana".

Encogióse de hombros, llenó el pecho de aire y se sintió más "gaucha" que nunca. Feliz con el fuerte aroma en las narices, con la mañana pegada a sus carnes firmes.

CAPÍTULO III

Al despuntar el alba, despertó a Marcelo una eufórica pareja de horneros. Aprovechando el barro que abundaba en los senderos del jardín, no bien la claridad barrió las estrellas del cielo los pájaros se pusieron a trabajar en el alféizar de la ventana.

El forastero dió un salto en la cama ante aquel martillar de yunque. Abrió los postigos y maldijo al sol, a la mañana, a la estancia y a los pájaros. Le entró en el cuerpo un agudo mal humor, de pies a cabeza, como si lo tomase todo entero, sin dejarle una coyuntura en reposo. El traqueteo del viaje lo había molido. Cada explosión de los horneros —pequeña gloria matinal— le entraba en el cuerpo como una pulsación de enfermo. El malestar no se disipó ni con la presencia de Bica, que se movía en el comedor, aderezándole el desayuno.

Lo había recibido con un saludo seco, cortante.

—¿El señor ya se levantó? —preguntó Marcelo.

—Desde la madrugada anda por el campo —respondió Bica, colocando un enorme pote de manteca. Si Marcelo hubiese dormido hasta las diez le habría dedicado una salutación optimista. La copiosa manteca era como la síntesis de la mañana. Blanca, fresca, redonda, suave... Pero los horneros golpeaban en sus yunques. "Ignoran que no hay que cantar tan sólo al barro, que también lo merece la manteca", pensó Marcelo.

Se desperezó, quejoso, todas las veces que quiso. Estiró las piernas por debajo de la mesa, pisando la cola a un viejo perro que estaba a sus pies. Balaba la majada encerrada en el corral, y los teros, alertos y comedidos, salpicaban el aire con sus estridencias. Miró por la ventana y descubrió un hombre a pie que se acercaba por el camino principal. Como quería entablar conversación con Bica, aprovechó la oportunidad:

—¿Quién es ése que viene llegando?

A Marcelo le importaba un rábano el desconocido.

Bica miró, detenida de pronto, con una rara impavidez. En la mano, el acerado cuchillo de cortar el pan. Lo sostenía de punta hacia donde miraba. En ese instante se disponía a cortar rebanadas del opulento pan casero que coronaba la mesa.

La actitud de Bica, al observar al que avanzaba por el sendero, despertó interés en Marcelo. Bica esgrimía el cuchillo, dándole así un carácter masculino y agresivo a su estampa. Sus brazos fuertes pero armoniosos, la frente buída, el pecho prominente. Marcelo estaba habituado a ver muchachas débiles, de tipo netamente femenino. Bica le impresionó con su erguida figura, recortada en la luz de la mañana. Una hermosa mujer, ejemplar bien plantado de la muchacha criada en el campo. Sin embargo, la forma de su cabeza, las nacientes del cabello, tenían inconfundibles rasgos de una familia que él conocía. Ella miraba a la distancia, como impulsada por una aguzada curiosidad. Las características de sumisión campesina, de humildad, no predominaban en su aspecto. Estaban desterradas, precisamente, por un empaque de otro tipo de gente que Marcelo creía conocer y no recordaba.

Aquellas revelaciones lo distrajeron. Dejó de interesarse por el hombre que avanzaba a pie y quedóse contemplando las formas de Bica. Ella no parecía sentirse observada. Continuaba mirando con naturalidad hacia el sendero. El cuchillo lucía su lámina expectante como si lo sostuviese una figura escultural.

—¡Ah, ya sé quién es!... —estalló Bica de pronto—. Es Juancito, el hijo de don Regules... de la Colonia... Le habrá sucedido algo o viene a pedir "pasada"...

Marcelo se desentendía del asunto, absorto por la contemplación. Apenas escuchó las últimas palabras de Bica. "Pasada", pensó, ¿"cruce"?... Sin duda se trataba de algún colono al que se le habría empantanado el carro y venía en demanda de auxilio o permiso para cruzar el campo.

Bica tenía los ojos prontos para mirar a la distancia. Dominaba la lejanía y no se equivocaba jamás. Era Juancito Regules, el hermano de Olga, "la alemanita". Venía a pedir permiso para cortar el alambrado, para salir del atolladero. Mientras dirigía la palabra a Bica miraba de reojo a Marcelo, que permanecía callado, demostrando ser tan extraño a la estancia como el recién llegado.

El muchacho explicó torpemente. Habían pasado toda

la noche en el pantano. Eran vecinos, chacareros. Llevaba al pueblo a un compañero enfermo. Como no podía atravesar el campo sin autorización, la noche se les hizo penosa. El muchacho semblanteaba en Marcelo el efecto de sus palabras. Bica le respondió que se sirviese esperar la vuelta del patrón. Don Nico andaba por los corrales. El muchacho no se resignó a la espera interrogando por fin a Marcelo. Éste, después de una mirada de inteligencia con Bica, autorizó el cruce. "¿Qué otra cosa puedo hacer?" —pensó—. "Es lo natural. Que corte el alambrado y sigan con el enfermo."

La conversación atrajo a su madre. La señora Micaela, que había escuchado con interés el diálogo entre Bica y el extraño, aguardaba alguna licencia o libertad que se tomara Bica para saltarle encima. Quería saber hasta qué punto la muchacha se atrevía a tomarse atribuciones. Su oculto deseo era de que Bica se permitiese tomar alguna iniciativa. ¿Se atrevería a ofrecerle asiento? Deseaba "pescarla" en un trance de esa naturaleza, para desquitarse del zafarrancho nocturno.

La señora Micaela se hizo presente no bien Marcelo despachó al extraño. Simuló ignorar la entrevista. El tema del camino le desagradaba. Prefería evitarlo.

En ese momento entró Adelita en el comedor. Dió los "buenos días" con una voz clara y alegre. Se acercó a la mesa del desayuno. Vestía de blanco, con el cabello levantado y una flor colorada en la sien derecha. Avanzó frotándose las manos, mirándose las uñas y sonriendo.

—¡Qué buena moza, cuñadita! —dijo Marcelo con ojos sensuales—. ¡Se le quita a uno el mal humor viéndote aparecer!

—Por tu culpa he madrugado... que te conste, y va el reproche... Te sentí dar golpes en la pieza... ¡Qué nervios tiene esta gente de la ciudad! ¿Verdad, señora?

La suegra sonrió sin ganas. Tenía otras preocupaciones en la cabeza. Ella había pasado una mala noche calculando los mil inconvenientes que se presentarían con la llegada del caballo. En el desvelo, habíase entretenido en sumar los gastos, y llegó a la conclusión de que era un lujo peligroso mantener un semental. Todas las cosas que la rodeaban, en la mesa, fueron objeto de fastidio. Marcelo cargó de azúcar, en forma descomedida, su tazón de café con leche. En el fondo del recipiente, amarilleaba un espeso almíbar. Mientras supuso una distracción de Adelita, doña Micaela se sirvió en la taza de Marcelo. No pudo desperdiciar aquellos restos. Levantó la cabeza, para convencerse de que nadie

observaba su maniobra; pero no quedó satisfecha. Adelita, disimuladamente, anotaba los movimientos de su suegra. El verificarlo colmó su fastidio. Revolviendo en la taza su mezcla de café y leche —mayor cantidad de leche, pues el café requiere elaboración y es más caro— le reprochó a Marcelo los golpes que despertaron a Adelita.

—¡Qué muchacho nervioso! ¡No sé cuándo te vas a curar! ¡Yo también oí los portazos!

Marcelo lanzó una carcajada.

—El silencio del campo es tan grande, que mis pasos en el cuarto les resultaron golpes de puertas. ¡No he abierto ni cerrado una sola! ¡Por esta cruz! —y se besó ambos índices cruzados.

La madre lo fulminó con la mirada. ¡Cuántas veces le había dicho que no podía soportar los juramentos sobre la cruz de los dedos!

—No es para tanto —dijo Adelita—. Tú no has dado portazos... Lo que ha pasado es que el viento sacudía las celosías de tu ventana y ni te dabas cuenta de ello...

Siempre madre e hijo discutían tonterías semejantes, y, por el camino de las trivialidades y los accidentes sin importancia, llegaban a un estado de hiperestesia familiar, a veces sin visible desembocadura.

(Adelita los conocía muy bien. La llegada de Nico en aquella ocasión, así como un llamado telefónico, en otras; la imprudencia de una criada o la aparición de uno de los perros en el comedor, bastaba para hacerlos cambiar por completo.)

Nico hizo una entrada espectacular.

—¡Me muero de hambre, Lita! —así nombraba a su mujer cuando se sentía feliz. De paso, quería demostrarle a Marcelo su estado de ánimo, la alegría de trabajar en aquel medio. Venía sucio. Una ráfaga de creolina que apestaba, entró con él en el comedor. Besó a su madre, golpeó la nuca de Adelita, su bella nuca que, al decir de Marcelo, la dejaba en descubierto "para que la mañana se refrescase".

Marcelo comprendió que era un tanto ficticia la euforia matinal del estanciero. Un poco teatral... Y le dió fastidio que se "gastase" en aquella forma, tan sólo para darle envidia a él, malhumorado sujeto de la ciudad.

—¡Hay que ver, amigo —dijo Nico—, lo que es madrugar y dirigir el trabajo con la fresca! ¡Dan ganas de vivir! ¡A ver, pronto! ¡Ese café y esas tostadas! ¡Tengo un hambre perruna!

Adelita ya había estirado sobre las rebanadas de pan la blanca manteca, orgullo de la estancia. Sus frágiles manos, observó Marcelo, entraban y salían de aquel círculo de movimientos, donde dominaba Nico, es decir, casi un metro de circunferencia. Pequeño campo, en aquella campesina inmensidad, pero exagerado terreno de acción para cualquier hombre educado. Allí entraban y salían las pulidas manos de Adelita. Ya con una tostada, o con un cuchillo, o con la orgullosa abeja de *Maple* que guardaba la miel de "El Palenque".

—Devora como un egoísta —pensó Marcelo—. Se hace servir como un déspota... intenta impresionarme...

Sintió un súbito odio por su hermano.

—Me tenés que arreglar esas cerraduras de la despensa —dijo la señora Micaela a Nico—. No cierran bien... y necesito tener las cosas en orden.

—Bueno —respondió Nico con la boca llena—. Bueno; esta tarde se las compongo.

Demostraba idéntico dominio sobre lo grande y lo pequeño, sobre el corazón y las manos de Adelita, sobre las cerraduras de la despensa, sobre el destino de las majadas.

—¡Ah, che, Nico!... —dijo de pronto Marcelo como si no quisiese postergar por más tiempo el recado—. Acaba de irse un tipo que venía a matarte...

Lo dijo con un timbre de voz tan grave que Nico no pudo evitar una mirada torva de interrogación.

Adelita sonrió. La señora Micaela observó la reacción del rostro de su hijo predilecto.

—¡Sí, así como lo oís, a matarte!... Un sujeto que, según él, ha pasado toda la noche en el callejón con su mujer enferma, sin poder avanzar por culpa de la arada.

Al llegar a este dato, Nico recuperó su tranquilidad. Aún no había empezado la tarea de cavar pantanos en el desvío, para evitar los cortes en el alambrado. Era una broma de su hermano.

—Sí, así como lo oís... Venía a matarte, porque has colocado a su mujer a las puertas de la muerte. Iba a dar a luz. Un parto difícil... la llevaban urgentemente a la ciudad... ¡Venía furioso!... Yo lo contuve y le di orden de voltear el alambrado... ¿Hice mal?

Ya perdía efecto la arremetida de Marcelo. Si alguien llegó a pedir permiso para hacer un cruce, pensó Nico, no es porque halló la tierra arada. Aquel pensamiento le tranquilizó.

Pero "su pequeño julepe se ha ligado", se dijo para sí Marcelo, al verificar el aplomo y la tranquilidad de Nico.

—Vino de a pie... Legua y media para pedir *pasada*... Te tienen miedo, parece... ¡Pobre gente!

Nico sonreía "sobrador", con el estómago templado por la taza de desayuno. Detrás de una cortina de humo, respondió:

—Hay que hacerse respetar... ¡Qué querés! ¡Para eso estamos aquí!

Había fracasado la tentativa de molestar a Nico. El mal humor de su hermano tenía que buscar otro desahogo. Salió al corredor que conducía al rosedal, rematado por una casi centenaria madreselva, capaz de trastornar a cualquiera con su aroma agresivo.

Bica en pocas palabras enteró a su patrón de la visita. La señora Micaela, con un cuchillo, fué recogiendo el azúcar que Nico dejara caer al servirse. Tomó por un borde el mantel e hizo correr la lámina, recuperando no más de una cucharadilla que dejó caer en la azucarera de metal. Había que hacer economías.

Bica, cuando quedó sola en el comedor, se dirigió a un espejo que abarcaba todo lo ancho del viejo trinchante y se miró en él. Masticaba unas hojas de menta. Un minuto de coquetería sin testigos. Aprovechó para subirse el cabello en la forma graciosa que lo tenía esa mañana su patrona. Se alzó la abundante mata de pelo y se quedó abstraída ante la figura reflejada. Al imitar a Adelita, se veía transfigurada, de una imprevista femineidad. Marcelo la espiaba por una ventana. La contempló de atrás, desde un ángulo casual. Y quedó, como ella, confundido. La nuca de la muchacha... la nuca y la raíz del cabello, brotando en un raudal hacia arriba, era tan semejante a la de Adelita que entrecerró los párpados buscando confundir en el recuerdo ambas imágenes familiares. Aquella muchacha criada por los Aguilar... También Bica había sido arrebatada por una expresión desconocida en su propio rostro. El hecho le produjo rápida confusión. Y, dejando caer el espeso montón de cabello, áspero por el agua salobre, se alejó del trinchante. Con aquel movimiento, se cerraba para Marcelo toda una teoría de encontrados pensamientos.

Bica no comprendió qué era lo que copiaba el espejo. Otra mujer aparecía atrás suyo o dentro de su imagen. Dominado por la misma idea, Marcelo caminó hacia los galpones. Acababa de llegar el correo.

—Tú no te imaginas —le contó Adelita a su cuñado— el cambio que se ha operado aquí, con esa colonia de agricultores. Ya ves, el correo, antes pasaba una vez por semana. Ahora, día por medio... Yo veo en esto un gran progreso, en muy pocos años... ¿no lo crees así?

Marcelo no había reparado en tales cambios. A él le parecía que el campo era el mismo, tendido, aburrido, bobalicón al sol... Con indiferencia contestó:

—Para decirte la verdad... me parece que todo está como era entonces... "la calle, la casa, el río".

—No seas tonto... no te hagas el desentendido y escúchame... Todo está cambiado... Y, desgraciadamente, esto es un motivo de desasosiego para Nico... Esa gente de la colonia, lo irrita... Su vecindad es un serio problema, según él...

—¡Yo, ni los he visto!

—¿Acaso no fuiste tú el que autorizó a ese hombre a que cortase el alambrado? Antes no pasaban estas cosas... ¡ya ves!

—Sí, antes no pedían permiso para hacer una cruzada... ¡Cortaban y santas pascuas!

—Y eso, ¿no te parece un cambio? ¿No has visto la cantidad de tierra labrada? ¿No te han dicho nada los sembrados que cruzaste al venir de la estación?

—No significan gran cosa... Son gentes que prueban las tierras... No vale la pena sembrar mientras no se arreglan las líneas férreas o los caminos... Es un mal negocio.

—Parece que el puerto es un hecho... Toda esa cosecha saldrá por el río...

Marcelo levantó la cabeza y la miró como para cerciorarse de si su cuñada hablaba en serio.

—¡Jamás pensé que esas cosas te interesaran!...

—Me interesan por Nico, son su constante preocupación. Ya le oirás hablar de "la gente del sur" como de una peste...

—¿Qué gente es ésa? ¿Querés decirme? ¿No es como cualquier otra?

—No, no es como cualquier otra. Traen una experiencia mayor. Vienen del sur, donde ya le sacaron a la tierra un rendimiento desacostumbrado en el norte... Van a revolucionar este medio...

—Pero, Adelita..., estás hecha una doctora. ¡Tenés el culto a la tradición! —exclamó Marcelo, subyugado por sus palabras—. ¡Me gusta oírte hablar así!

—No, no es culto a la tradición. Fíjate bien, es culto a la tierra... Te juro que no he conversado de esto con nadie, pero ya es tiempo de entrar en la realidad... ¿Por qué no tocas el tema con Nico? Yo te apoyaría... Vale la pena tratar estas cuestiones. El mundo ha cambiado mucho... Yo he visto a esos nuevos huéspedes, el verano pasado, en Montevideo. Los ha visto todo el que pone un poco de atención... Van a las playas, por la mañana temprano, a bañar a sus hijos, disfrutando de una libertad que no tenían en su tierra. Han irrumpido en el país, de golpe. Llevan aún las ropas de pana que usaban en su patria, variedad de fieltros y sargas... Ropas de un corte distinto al nuestro, sombreros con plumitas, pintorescos, de las más variadas formas. Se les puede ver por 18 de Julio, con aire de turistas, pero nada más que el aire ¿eh?, porque ya están resueltos a formar parte de nuestra tierra. Entran a comprar en los negocios y hasta parece que recurren a los empleados para practicar el idioma.

Marcelo pensó en el niñito del camino. Y apenas si ponía atención en los argumentos de Adelita. Ella prosiguió:

—Los más astutos se sienten observados. Los otros no advierten el desaire del criollo altanero, hijo de gringos que aún hablan, después de tres generaciones, una media lengua ridícula. Ellos no imaginan que exista gente capaz de mofarse de la desgracia ajena. Siguen por las calles, buscando orientar su actividad, descubriendo sitios donde clavar sus tiendas.

—Lo malo es que se quedan en las ciudades —observó Marcelo por decir algo, pues en ese instante le interesaba más la persona de Adelita que sus ideas.

—Un lugar común... No es así. Trepan por el país. Prueban suerte por aquí. Nico dice que en el pueblo hacen competencia desleal, que viven con una miseria y tienen más capacidad de trabajo que nosotros. Aquí, en las colonias, aparecen como en bandadas. El día menos pensado, un pariente golpea a las puertas de la chacra. Me pregunto si no habrá pasado lo mismo en casa de los italianos, españoles y franceses que se empeñaron en nuestra grandeza pasada... Esos campesinos que se amontonan en las colonias, miran nuestras tierras como si estuviesen pobladas por enemigos...

Siempre hay algún conflicto con ellos. Nico asegura que son unos bandoleros, unos judíos sucios, que le cuerean los animales, que hacen daño de puro mal nacidos... A veces, tiene razón... Fíjate que han llegado a matarle animales, llevarse un poco de carne y dejarle el resto de la res, colgada del alambrado... Yo quiero que le hables de esto a Nico, para pintarle la realidad...

Marcelo volvió a mirar a su cuñada, ahora con franca admiración. Para él, era una sorpresa mayúscula ese modo de encarar el porvenir por una mujer. La comparó con su madre. A ella, nunca se le ocurrió considerar su pasividad en los negocios de la estancia. Y la señora Micaela, que había escuchado el diálogo, conteniéndose para no intervenir, entró de pronto, anticipando su llegada con una carraspera senil. Cada día le fastidiaba más la charla viva de Marcelo y Adelita. "Doctoreaban" demasiado.

Doña Micaela gastaba tacos de goma. En esa forma, podía sorprender las conversaciones de los domésticos. Sus jiras por la cocina le daban la clave de la estancia. Gracias a sus tacos silenciosos, no ignoraba que la llamaban "la rata" y que sus medidas de ahorro irritaban a la servidumbre. Sus tacos de caucho eran su desgracia y su gozo, a un mismo tiempo. Interrumpió el diálogo. Venía con el correo en las manos. Una carta para Marcelo, otra para Adelita, tres para Nico. Hizo el reparto. El sobre de la carta para Marcelo tenía timbre oficial. Lo había notado de inmediato. Quizás por eso trató de que no cayese en manos de Nico, de que llegase a las de Marcelo sin otra intervención. Adelita sonreía al leer su carta. Marcelo se enteró rápidamente del contenido de la suya, y rompió el sobre, guardándose la nota doblada cuidadosamente en un bolsillo.

Cuando Nico abrió su correspondencia, para las tres cartas tuvo tres gestos diferentes. La primera, un mohín de desagrado. Una citación motivada por sus quejas sobre cortes de alambrados. La segunda le produjo el efecto de una charada. Se rascó el pescuezo y dijo, como si los que lo rodeaban acabasen de ser enterados de su contenido:

—Tendré que consultar las guías...

La última carta le iluminó el rostro. Se trataba del padrillo. Una porción de felicitaciones, desde luego interesadas, sobre tan importante adquisición y en seguida el anuncio de que "Don Juan" llegaría en un tren del martes. Tren de carga casi directo, de marcha

lenta, pero que convenía al caballo, porque no se detenía en muchas estaciones y el animal se libraba de las arrancadas violentas de cada parada. Un detalle aparentemente fútil, pero que no dejaba de tener importancia.

Caía la tarde. El crepúsculo embellecía la estancia. Apretados y negros nubarrones hacia el norte y el sur. Por una abertura entre los densos cirros del poniente, se colaba el sol. Un lampo dorado abarcaba la arboleda, encendiendo el verde que contrastaba con las espesas nubes de los restantes puntos cardinales. El sol, resplandeciente en la brecha, como en una ventana. Las vacas miraban hacia el poniente, en extraño éxtasis, con los cuernos erguidos, para que la luz se los dorase. Los pájaros —el misto, la tijereta nerviosa, el vivo benteveo— se dejaban bañar por aquella claridad prodigiosa. Colocados estratégicamente en las ramas más altas, inmovilizados por la luz. Los añosos árboles, graves, solemnes, despedían el día campesino con esos adioses lentos que manda la brisa vespertina. Los troncos lucían sus heridas y las arrugas de los años. Una pareja de horneros alardeaba saludable alegría, en el pretil de la casa. El primer fogón alzaba un humo ceniciento, en columna impecable hasta más arriba de las ruedas del molino. El Angelus reducía a todos a un silencio religioso. Si un ternero mugía en el encierro, su lamento se estiraba como un minucioso tiento de lonja.

Bica andaba por el rosedal oliendo las hojas aromáticas, la santonina, el malvón, el eucalipto, la menta. Se puso las manos de pantalla sobre los ojos entrecerrados y quiso someterlos a una mirada larga, hasta que el último rayo imaginario cayese en el río lejano. El río, que ella había visto una sola vez, en su niñez, y que distaba tan sólo diez leguas de la estancia.

Bica tenía libres aquellas horas últimas del día para vagar por el jardín. Lapso que quedaba entre las últimas tazas de té, limpias y secas en la bandeja, y los manteles de la comida que la esperaban como perros fieles. Una hora de todos y de nadie, la hora del crepúsculo, también para arreglarse un poco, escoger sus ramas de espliego, arrancar flores y acariciar los mastines ordinarios que, como los peones de Nico, eran una mezcla criolla de raza indígena y vestigios de otras tierras.

Volvió de la quinta con las últimas luces. El peón casero regresaba del tambo con la primera ordeñada.

Tarros de leche para las casas y baldes de leche para la peonada del galpón. A su paso, le gritaban los horneros, y el balido de las tamberas tenía el tono lamentable del miedo a la noche, que a veces baja del cielo como un poncho agobiador.

Cuando atravesó los corredores de la casa, oyó el comentario que se hacía en torno a la llegada de "Don Juan". Se hablaba del semental con abundantes detalles, como si se tratase de algo imprescindible para la vida de la estanción. El plan de su recibimiento se completaba con el *box* convenientemente arreglado, con las órdenes dadas por Nico al mulatito Duvimeoso, peón que se haría cargo del animal; con la selección del grano para sus raciones e innumerables disposiciones que venían a perturbar la rutina de la estancia. Al fin, hablaron de algo que Bica no alcanzó a comprender. Se trataba de un "retajado" (1). Su dueño era Saturnino Chaná, de "Santa Rita". Un vecino, propietario a su vez de una famosa yegua tordilla, ganadora de muchas carreras.

—Es mejor echárselo de entrada a las yeguas. Veremos si lo reciben bien —opinó Marcelo.

—¡Ah, no, no! —protestó Nico—. ¡Hasta que venga el *retajado*, no conviene meterlo en la manada! No cuesta nada pedirlo prestado. ¡No vaya a ser que lo lastimen de entrada!

Doña Micaela sabía bien de qué se trataba. Y se retiró del círculo familiar para retar a Bica por su demora en preparar la mesa. Adelita tenía sus dudas, pero no le interesaba mayormente el asunto. En cambio, Bica había oído hablar en el galpón del "retajado" y ansiaba ver con sus propios ojos el mecanismo de aquella bestia singular, mutilada en parte, capaz de todos los movimientos e impulsos del instinto, pero inútil para la función reproductiva.

En los galpones también había gente de campo que desconocía esos ejemplares "inventados" por los cria-

(1) "Retajar": Tratándose de caballos, practicar en el aparato generativo una incisión y desvío que, sin dejarlos castrados, les impide su ejercicio, a fin de que, incapaces de procrear, pero enteros, mantengan "entablada" la "tropilla" de yeguas en la manada de "retajo". Cuando una yegua se aparta de la comunidad, el retajado la hace volver a patadas, si no bastan otros requerimientos para inducirla a desistir de su intento.

Lo propio significa "retalhar", del español "retajar", en la provincia brasileña de Río Grande del Sur (Beausepaire Rohán), donde tomaron vocablo de los países del Plata. (Daniel Granada. "Vocabulario Rioplatense Razonado", pág. 343. Segunda Edición. Imprenta Rural. 1890, Montevideo.)

dores, a fin de ahorrarle al padrillo las coces de la yeguada. No sólo Bica, "la gaucha", como la apodaban los peones, desconocía esa anomalía caballar, sin duda alguna, nada común. El caballo al que había tocado en suerte tan raro destino, vivía pateado, lleno de tolondrones y magulladuras, rondando yeguas de raza que se le ofrecían, y a las que se veía en la imposibilidad de cubrir. Otro padrillo aprovechaba sus requiebros. "Don Juan", en esa ocasión, se acercaría al plantel de yeguas mansas, ya entregadas a la decisión de los patrones.

—¡Es el que calienta el agua!... ¡El otro toma el mate!... —Con supuesta intención había epilogado el relato un mozo ocurrente que arrastraba el ala a "la gaucha".

Bica le arrojó el mate a la cara, desde un par de metros. Recién se lo habían pasado. Sonó como un cuajo tirado a los chanchos y las salpicaduras quemaron al insolente.

Contadas veces se habían atrevido los hombres a dedicarle flores de aquel color. A "la gaucha" la trataban de igual a igual. ¿Acaso ignoraban que a los 15 años había domado un potro? Lo ignoraba el insolente muchacho, porque uno de la rueda del fogón cerró el episodio, en tono de severo consejo:

—¡Bárbaro! No sabés con quién te metés. ¡Guardá la lengua!

—¡Con ésa no se juega!... —comentó don Ramiro, que sospechó de inmediato el origen de la indirecta. El ciego tomó muy en cuenta el silencio que siguió a las palabras del atrevido.

Bica, después de arrojar el mate al peoncito, se quedó un momento de pie, pensando en lo que iba a hacer. Miró luego los tizones del fogón, pero felizmente Duvimeoso empezó a hablar de bueyes perdidos. Y, como si nada hubiese pasado, volvieron las cosas a su sitio.

Se discutió la marca que tenía una yegüita tordilla, "La Marinera", que debían traer de "Santa Rita" para largársela al padrillo. Había "fallado" con otros sementales.

"La gaucha" volvía por el sendero del duraznal, oliendo con vehemencia las hojas carnosas del eucalipto citronela o las suaves del malvón. Las desmenuzaba, aspirando su aroma, sensual y violenta. Buscaba la intención de las palabras del desconocido. ¿Se habría querido referir a alguna de esas historias que corren

por los galpones, sobre la gente de "las casas"? La malicia de Bica no llegaba a una conjetura clara. Pensó en Marcelo. Él la miraba con ojos de hombre ansioso. ¿Acaso esas miradas ya tenían sus comentarios entre los peones?

En esa casi convicción, siguió titubeando por el sendero y caminó hacia la cocina, resuelta a parar en la primera oportunidad, con un ademán o un gesto, la supuesta acometida de Marcelo. A la hora de la comida, tendría su merecido el forastero.

CAPÍTULO IV

Uno de los primeros síntomas de la incorporación de Marcelo al pausado correr de las horas de "El Palenque" consistió en sentarse a fumar en el frente de la casa y mirar hacia el oeste. Reposada y muda contemplación de la distancia que corría de un punto a otro. Iba del monte a los techos del caserío de "Santa Rita"; de la mancha del rodeo, al camino; del "Puesto 9", a las puntas del arroyo "Viboritas"; de un rancho, a una casita humilde. La topografía del terreno le distraía como el mejor asunto conversado. Iba recorriendo su campo de antaño, que era escaso de accidentes, pobre en detalles, pero más geográficamente puro. El sembrado, las divisas, las manchas del girasol en la lejanía, uno que otro rancho enclavado a los costados del camino, trastornaban su visual de la infancia.

Cuando niño, le gustaba descubrir la primera luz encendida en los ranchos de Chaná. A pocos metros de la casa, bajo la enramada o en el fogón de los peones, no bien entraba el sol, aparecía el primer signo de vida.

Marcelo se sintió muy contento de comprobar que ese detalle no había sido alterado. Oteaba en el cercano horizonte. La luz del primer fuego le correspondió a "Santa Rita". Luego se encendieron en diversos ranchos y en el "Puesto 9". Los fué descubriendo con melancolía. Enfrentaba su infancia, su paisaje olvidado. Adelita se le acercó con su montón de costuras en una canastita forrada de rosa. Como escaseaba la luz, iba para adentro. Al pasar se sintió atraída por el aire contemplativo de Marcelo.

—Ésta es una hora de prueba, Marcelo —le dijo cariñosamente—; si la soportas o si gozas con esta tranquilidad, habrás vencido la terrible soledad del campo.

Su cuñado sonrió. La intención de sus palabras no le fué ajena. Adelita tenía razón. Añoraba la ciudad y, al mismo tiempo, lo rondaba una vaga nostalgia. Pero explicó:

—Creo que todavía no ha hecho crisis... Pensaba en mis lejanas vacaciones... ¡Cuántas tardes me las pasé aquí, esperando que en "Santa Rita" encendiesen la primera luz! ¡Ya ves qué inocente recuerdo!

—Ha variado mucho ese punto de vista. Ahora me gusta más mirar hacia el norte. Por eso me pongo bajo el parral. Lo malo es que de vez en cuando cae algún gusanito en el canasto de mi costura. Pero desde allí el campo se siente más ancho...

—¡Ha cambiado, tenés razón! Te podría decir uno a uno los nuevos detalles. El rancherío, aquella casita blanca, la tierra arada...

—Esa casita es el colegio... Más atrás están los primeros ranchos de la Colonia. Pero no se ven desde aquí.

—Ah, ¿ése es el colegio? No lo sabía...

—El colegio, sí... En estos días es la pesadilla de Chaná, el de "Santa Rita"... —dijo Adelita mirando a la distancia. Su mirar denotaba una cierta impaciencia, como si buscase ordenar el pequeño horizonte, solucionar algún problema con la simple ojeada—. Un embrollo, porque la maestra ha elevado una nota a la Inspección de Escuelas, quejándose, y con justa razón. Don Saturnino no da paso a los niños por su invernada. Los pobrecitos tienen que hacer un largo rodeo de tres leguas para concurrir al colegio... La asistencia se hace escasa...

—¿Y qué razones invoca para no permitirles el paso?

—Imagínate... ¡que tiene novillos a invernar y los muchachos —algunos hacen el trayecto en carritos y sulkies, cuando no a pie— molestan a los animales! —terminó sus palabras cargadas de ironía.

—Está obligado a darles cruce —objetó Marcelo—. Eso es un capricho, nada más.

Adelita lo miró sonriente:

—¡Obligado!... ¿Quién obliga a quién, por aquí, desde hace muchos años?

Y se alejó para provocar en Marcelo la solución del problema. Marcelo seguía observando los cambios que se habían operado en el paisaje. Allí estaba cada vecino

con su destino alerta. Los Chaná, de "Santa Rita"; Damboronea, con sus cuarenta mil cuadras —la estancia a la vista—, estirándose hasta las puertas del Brasil; la antigua propiedad de los Coppa, fraccionada, parcelada, transformada en una colonia que altera el paisaje con sus molinos grises y sus ranchos entre árboles ya corpulentos. Campos de antaño, partidos por el tiempo y el trabajo —enormes rejas de arado—, transformados por los labrantíos, encrespados por el surco. Tan sólo las invernadas de los Aguilar permanecían sin variantes, como los sucios latifundios del cavernícola Damboronea. Desde esos campos, la peonada gaucha levantaba los ojos más allá de los alambrados, con desconfianza, en taimadas miradas de exploración. El arado a veces se acercaba a las "divisas" y las semillas daban saltos, en las alas del viento, apareciendo a trechos el consecuente girasol, el altanero penacho de trigo, el lino tembloroso. Estancias rencorosas que antaño fueron oasis de verdura en la cuchilla áspera o en la desierta planicie. Estancias y ganados, amansados por el tránsito, sometidos a las huellas. "¡En qué poco tiempo —pensó Marcelo— se ha transformado todo!"

Y esta reflexión le indujo a meditar sobre las palabras de Adelita. Eran un alerta. Midió la terquedad de Nico o su amor equivocado por una tierra cuya faz, a simple vista, había variado. Y descubrió un signo de lucha en la actitud cerril de Saturnino Chaná. Levantar obstáculos, no facilitar la concurrencia de los niños a la escuela, era un imperdonable salvajismo. La noche lo encontró con la pipa apagada, todo él encendido de pensamientos nuevos. Pero se sentía incapaz de levantar la voz, sin ánimo para dar un paso, para estructurar un solo proyecto con salida al mañana. No podría despedirse definitivamente en aquella atmósfera melancólica de la estancia, traspasada de balidos y relinchos. Estiró sus piernas hasta el lomo de un perro que, como él, oteaba el horizonte. Al encender su pipa, divisó en la lejanía dos puntos luminosos, fuera del camino. No eran los rectos faros de dos automóviles perdidos, pues se separaban por momentos para juntarse en seguida. Le intrigaba el ir y venir de las luces. No adelantaban. Volvían a un punto inicial, giraban incesantes.

Se acercó Nico, que llegaba del campo. Había estado

curando una res abichada. El perro se levantó para darle una bienvenida con la cola vibrante.

—Che, Nico... —preguntó Marcelo con vivo interés—. ¿Qué pasa allá en la loma? ¿Ves aquellas dos luces?

Nico levantó la vista distraído. No necesitaba cerciorarse. Ya sabía él a qué luces se refería.

—Los rusos esos... ¡Trabajan de noche, con dos tractores¡ !Buen clavo se van a llevar con el girasol! —Y sin más, dió media vuelta y desapareció.

Nico quería impresionar a su hermano con sus trazas de trabajador. Volvía salpicado de creolina y antisárnico, desgarrada la camisa, el cabello revuelto. Su fortaleza gaucha, desafiante, provocadora.

Marcelo se quedó pensando en el descubrimiento. Las luces de los tractores, una viva alarma en su noche de recuerdos. En otros tiempos, en su juventud, hubiese corrido con los perros, a galope tendido, para salirles al cruce a los contrabandistas, a sorprender a la gente caminadora, capaz de hacer leña con un poste del alambrado. Ahora, las luces en el campo se le antojaban semáforos, extrañas señales a la distancia, guiños de un horizonte nuevo. Los tractores daban tumbos en la hondonada. Sonámbulos de un sueño recién nacido que se coronaba con espigas o hacía reverencias humildes con las cabezotas de rostro dorado del girasol. Testas inclinadas, mirando el suelo, enseñando la nuca indefensa, por donde puede correr sin contemplaciones el sigiloso tajo de la cosecha.

La señora Micaela contó con cuidado las papas, los huevos y las cucharadas de harina que debía enviar a la cocina, para preparar la cena. La cocinera ya no pisaba la despensa como antes. La patrona había tomado medidas de estricta economía. Con tintineante llavero en mano, racionaba las provisiones. Bica, cuando la señora le puso en un plato los cuatro huevos para cubrir otros tantos bifes del simple menú nocturno, hízole notar que el señor exigía dos huevos sobre su porción de carne.

—¡Eso a vos no te interesa!... —le contestó—. ¡Guardá la lengua!

Bica se encogió de hombros. Hizo chocar los huevos en el plato, hasta que la señora Micaela colocó entre ellos las cuatro papas correspondientes.

—Andá no más... Yo llevo el resto —mandó a la muchacha.

Bica sonrió cuando la cocinera, al cascar el primer

huevo y dejarlo caer en la sartén, maldijo su chambonada al romper la yema.

—Dejálo no más... Se lo sirvo al joven Marcelo —aseguró alegremente la muchacha, contenta con el accidente.

Y así fué. A Marcelo le tocó el huevo con la yema deshecha. Bica, al colocar el plato bajo sus ojos, estuvo tentada de dejarlo posar con violencia. Quería manifestarle su desprecio, su falta de cuidado con él. Pero Marcelo estaba en esos momentos suyos, íntimos, personales, en que algún recuerdo de la ciudad lo distraía por completo. En tal trance, lo mismo le daba un huevo que una castaña. Momentos frecuentes en las vacaciones de Marcelo. Abstraído, absorto, hacía pelotillas con la miga rebelde del pan casero, o arrugaba el mantel con el pulgar y el índice, formando cuadrados y rectángulos. Bica lo había dejado sin cuchillo, ex profeso, para que él tuviese que pedírselo y ella aprovechar el trance y dejárselo caer con muestra de mala voluntad. Pero Marcelo, al verificar su falta, se levantó, dirigióse maquinalmente al trinchante y sacó uno del cajón.

La mirada de desprecio y reprobación le correspondió recibirla a Bica y le tocó a la señora Micaela el papel de victimaria.

Marcelo dió señales claras de sentirse solo, de bastarse a sí mismo, de no reparar en las personas que lo rodeaban. Inútil fué la voz de su madre preguntándole si le faltaba algo más. Marcelo comió su bife como si fuese el único comensal, fija la mirada en un punto impreciso. La madre hubiera pagado cualquier cosa por saber en qué pensaba...

Noches de fermentado ambiente familiar, nada extrañas en la estancia. Sin saber por qué, la familia tornábase hosca, ensimismada. No era la fatiga del trabajo, ese noble cansancio que reduce a la soledad y el silencio. Tampoco el retraimiento producido por los grandes problemas del día, ni el mutismo originado en los disgustos familiares o por contenidos encontronazos de carácter. Era nada más que el fin de la gran jornada vacía, con leguas y leguas abiertas a los cuatro vientos. La inmensidad los acorralaba, los reducía. Cielo y tierra, incomprendidos, aguardando la intervención del hombre para realizarse. Paz incompleta, ardiente, como una guerra sorda entre los elementos.

Faltaba una presencia, alguien, algo, que interviniese, que mediase en forma efectiva para encauzar la existencia. De allí ese letargo de enfermizas apariencias, ese silencio culpable. Las horas rencorosas, en la torva rueda familiar que no sabe reír y, por ello, no sabe cantar. Mesa de fantasmas, avergonzados de habitar la llanura. Atardeceres con gentes que escuchan los trinos de los pájaros, un poco asombrados ante tamaña algarabía. Noches con la llaga del fogón, donde se lamentan de lo ilamentable, donde se lloran bienes perdidos que nunca se llegaron realmente a poseer, donde se estira un lamento en la dilatada noche sin respuestas.

Ni el anunciado arribo del padrillo había conseguido alterar aquella fatiga indescifrable. La conmoción de la visita de Marcelo se agotó a los cinco días. Al cabo de ellos, el forastero se acható como una planta trasplantada que sufre las variantes del clima. Se sintió disminuído, pequeño. Habíase incorporado al ambiente, metiéndose en el ritmo cansino de la estancia. Estiraba las piernas por debajo de la mesa, porque se le acortaban las ideas. Hasta empezó a descubrir en sí mismo huellas del campo, de sus lejanos días, cargados, lentos como carretas laneras. Sintióse víctima del vacío circundante, de la tenaz modorra campesina. Pero quedaba aún el arribo de "Don Juan", y esa noche, en la parca tertulia nocturna, todos pensaron en el nuevo huésped.

—¡Mañana lo tendremos por aquí! —dijo Nico desperezándose—. ¡Vamos a ver qué tal nos parece!

Doña Micaela dobló con pulcritud la servilleta, observando que la de Marcelo, con manchas de vino, ya necesitaba ser cambiada. En cambio la suya, gracias a su solícito cuidado, podía aguantar una semana más...

Recogió los trozos de pan que la desganada comida desparramó en la mesa en desorden, y dispuso una sopa de pan, para el almuerzo del día siguiente. Los menudos problemas de la economía doméstica colmaban su existencia, reducida a la mínima expresión.

Adelita ayudó a la muchacha a levantar la mesa. Recuperó su labor de lana y se acercó a la radio. Ella era la última en irse a la cama; Nico el primero.

Doña Micaela sentíase espiada por Bica. Avergonzada de sus economías, trataba de evitar el control del servicio doméstico. Muchas veces pensó que si pudiese

extender su dominio sobre la gente del galpón, se gastaría menos sebo, se ahorrarían muchos kilos de yerba y los restos del asado no andarían por el suelo, entre los yuyos, cubiertos de hormigas. Ni los perros sabían aprovechar los desperdicios. A la noche, crecía la marea de su avaricia. Pasaba un vistazo por el día transcurrido y anotaba irritantes derroches. El padrillo venía a complicarles la vida. Aquella estancia conoció los días de abundancia durante la guerra europea. Fué un retoñar de origen aparentemente desconocido. Los Aguilar vivieron los malos tiempos, y les tocó a los Azara trazar el nuevo plan. Pero doña Micaela reclamaba una mano de hierro para "El Palenque". Y no veía a su hijo por buen camino. Renacía en él el viejo amor por los caballos que tantos trastornos y disgustos acarreó a los Azara. Una vez más, tuvo que lamentarse de que en la familia no contaran las mujeres. Ella no podía ser la excepción. De manera que le quedaba esa misteriosa tarea femenina, la de mayor sigilo, que consistía en medir, pesar y contar. Medía, pesaba, contaba de la mañana a la noche. Su metro, su balanza, su cuenta, contrarrestaban los gastos de Nico. Pudo mucho su tenaz ahorro, a lo largo de sus veinticinco años de matrimonio. Gracias a su ojo vigilante, Nico pudo aportar a la sociedad conyugal tanto como había heredado Adelita, la última de los Aguilar.

Algunas noches la patrona se acostaba íntimamente satisfecha. Al pasar revista a sus cálculos, anotaba un beneficio en los sueldos que redundaría en la disminución del presupuesto mensual. Cualquier economía le proporcionaba un sueño tranquilo, un despertar menos agrio. Temía que se enterasen de un uso personalísimo: dormía entre las frazadas, para ahorrarse el lavado de sus sábanas. Cuando, al fin de la semana, Bica intentaba llevar su ropa de cama al lavadero —la lavandera cobraba por pieza—, la corría de su cuarto:

—¡Usted sale de aquí! ¡Esto es asunto mío! ¡Nadie la ha llamado!

Y, a pesar de meterse en la cama, feliz en su avaricia, envuelta en las mantas, no pudo apartar de su sueño la idea del caballo. Lo veía monstruoso, enorme, devorar fardos de alfalfa, y triturar maíz, ruidosamente.

CAPÍTULO V

Bica no podía dormirse imaginando a "Don Juan". Sentía por los caballos la misma ternura que por sus semejantes. Gracias a un potro que se atrevió a jinetear en ausencia del patrón e instigada por el capataz, pudo mirar a los peones de igual a igual. No olvidaba la mañana de la doma. Al bajar del redomón, luego de aguantar corcovos que arrancaban gritos a las gargantas del paisanaje, le pareció que era dueña de la estancia y que podía disponer de cualquiera de aquellos domadores. Veíase todavía enhorquetada en el lomo de un esbelto bayo cebruno. Los hombres le resultaban niños. Ninguno de ellos se acercó a ayudarla a desmontar, como lo hacían con las demás mujeres del pago, siempre sobre mancarrones viejos. Las miradas, desde entonces, dejaron de ser varoniles y provocadoras. Si se metía en la rueda del fogón, no se le hacía lugar. Ella encajaba el tosco banco de ceibo entre los mozos, como si estuviesen ocupándole el sitio. Necesitó curtirse el alma en la soledad del campo para poder andar de un lado para el otro, con perros o caballos, sin que la vigilasen. A la madrugada iba a buscar la tropilla, y no rumbeaba mal, porque conocía las mañas de los yeguarizos. Si soplaba pampero, los encontraría por el norte, "de culo al viento".

En "El Palenque" la criaron. De niña, los Aguilar se la pasaban de brazo en brazo como un cachorro. Después, se quedó sola, con su madre, Malvina, que antes de morir se enorgulleció al verla enlazar terneros y sacarles tanta leche a las tamberas como el más mentado de los peones ordeñadores. Días ásperos y solitarios fueron para ella los de "El Palenque". Adelita, su única compañera, estudiaba en la ciudad. De vez en cuando le remitía una postal, invitándola a bajar a Montevideo para servir en una casa de familia. Le tenía particular respeto a Adelita y, sobre todo, confianza. Pero no fué suficiente como para "entregarse" y pasar a ser sirvienta de la ciudad. Un día le contestó que si quería hacerle un regalo —ya que tanto pensaba en ella— le enviase una orden al capataz para que la dejase ir al río, a pasar el domingo. Quería ver los árboles cerca del agua, mirar la corriente indomable. Adelita, como

respuesta, le regaló el bayo-cebruno, el que había jineteado. Y en ese caballo hizo la excursión y fué al río. a oler su olor. su atmósfera. en un memorable domingo de sus quince años. Poco pudo disfrutar el pingo, porque vino una racha de "mal de cadera" y un tétano epidémico que se llevó a los mejores caballos del pago. En el montón de muertos, desapareció el suyo sin que ella pudiese curarlo. Lo hallaron hinchado en el pajonal del arroyo. "La gaucha" —se sentía feliz al responder a semejante apelativo— vió a su bayo con las patas tiesas y el lomo duro, ese lomo que la muerte ponía en la misma rebelde posición que al corcovear. Bica ayudó a juntar ramas secas para quemarlo. También el carbunclo diezmaba a los equinos y, por ello, era bueno prenderles fuego. Por mucho tiempo, el olor del pelo quemado fué para ella el exacto aroma de la muerte. Renacía con frecuencia en sus narices. Lo apagaba con menta o alhucema.

Bica no había visto nunca un caballo "entero". Conocía sus características, ese empuje del animal que conserva todos sus atributos. "Don Juan" iba a proporcionarle, al fin, la oportunidad de tener cerca un caballo de sangre, un reproductor.

Imaginó su pelo. Un alazán cabos blancos, habían dicho. Recordaba la descripción que hicieran de su estampa. Vendría en buen "estado", con la cabeza levantada como todos los pingos que llegan a una estancia por primera vez. Husmeando, apartando la brisa y resoplando a cada paso para enterarles de su arribo. Con las orejas paradas para alcanzar todos los ruidos y firme en el paso, clavando bien los vasos. Los "cabos blancos", en el pasto alto, como cuatro pájaros saltando sobre los yuyos. .

Entró en el sueño, a caballo, montada en un alazán de gran alzada y arrogante galope.

Marcelo leyó hasta el filo de la medianoche. Las observaciones de Adelita le quitaron el sueño. Había descubierto en ella una subyugante inteligencia. Pero no quiso pensar más en su cuñada. Recurrió a un libraco pesado, de negras tapas, grueso volumen, titulado *"América pintoresca"*, editado allá por el año 1884. Lo firmaban Carlos Wiener, Dr. Crevaux, etc. Leyó un par de capítulos, dejándose llevar por la ruta de los exploradores. "Lectura de estancia —pensó—, narraciones

que dan su recia atmósfera salvaje al ser recluído en el campo, disminuyendo así la soledad que lo rodea." Las penurias de aquellos exploradores, si se comparaban con la vida dificultosa de las estancias, ganaba ésta, donde no había que luchar con pantanos ni con indios. El libro aguardaba su lector en la vieja mesa del cuarto de huéspedes. Su presencia no invitaba a la lectura en la cama, a la que Marcelo estaba habituado. Pesado, de hojas espesas y numerosas láminas, era para ser leído sobre la mesa larga del comedor, en rueda que provoca la voz alta y entonada. Antiguas tertulias familiares que los Azara no conocieron. Libros que descansan en los empolvados anaqueles de las estancias, con huellas entre sus páginas. Una factura de fecha desleída; la tarjeta postal; el retrato amarillento; la carta que sirvió para señalar la página de la lectura interrumpida, porque en el texto también se suspendía la acción, para que el relator se retirase a descansar, prometiendo proseguir al día siguiente. Y el azar quería que no se continuase la lectura; y la carta o la tarjeta o el retrato acompañasen al aventurado explorador, tan lejos del mundo civilizado.

Marcelo leyó la esquela que sirvió de señal. Era una de esas cartas anodinas, cuyo secreto, si es que existe, se encuentra escondido, disimulado en la posdata. La caligrafía era la inconfundible de "misia Manuela", madre de Adelita. En cuatro párrafos, la señora se interesaba, al parecer, por Bica. Y decía: "¿Por qué no me dais noticias de la muchacha? Bien sabéis que me interesa su destino, por lo que se ha murmurado de ella, precisamente, y que *no significa nada para mí.* La hemos recogido y eso basta. Su suerte me preocupa tanto como la vida de cualquiera de mis hijos". Marcelo creyó oír la voz noble y maternal. La carta estaba dirigida a la mujer de un capataz, a cuyo cuidado quedara la "guacha". ¿Qué podíase haber dicho de Bica? Releyó la misiva, una y otra vez. Había referencias de Adelita, y daba noticias de sus tres hermanos en frases corrientes del que escribe por compromiso ineludible y familiar. Luego, se interesaba por las plantas y pedía que se le remitiesen flores para un aniversario.

Volvió las hojas del libro hasta la portadilla, donde tropezó con el nombre de su dueño. Había pertenecido al viejo Aguilar. Sus iniciales constaban en un sello

de los que se estilaban en la época. Una hoja de laurel y en ella, entrelazadas, las letras.

Bica tenía su leyenda, una historia que tal vez desconociese Adelita, pero que Marcelo vislumbró en su insomnio. El parecido de la muchacha con su cuñada no dejaba de preocuparle. Gracias al espejo, en cuyo cristal el rostro de Bica apareciera reflejado en rasgos desconcertantes, Marcelo había entrevisto un notable parecido. La carta extraviada, perdida entre las páginas como una hoja seca de la que no quedan sino las nervaduras, le sirvió para completar sus suposiciones. Bica, "la gaucha", con el pelo levantado y la nuca al aire, un instante fraternizó con Adelita.

Volvió a cerrar el libro. Sonaron sus tapas como las de un cofre. Seguramente no se había abierto en esas páginas desde muchos años atrás. Y se cerraba, en ese segundo, con el hermetismo de las cerraduras enmohecidas, restituído a su pasado respetable.

Aquel hallazgo le ahorró un desvelo mayor, que era el de entregarse a meditar sus asuntos de Montevideo. Los diarios del último correo traían alarmantes noticias sobre las investigaciones alrededor de la introducción de judíos al país y de extranjeros corridos por la canalla europea. La paz en España, que destrozaba la península tanto como la guerra, lanzaba al mar a hombres sanos con menos pasta de aventureros, con menos sangre que los del coloniaje. El contrabando humano, en el que estaba complicado Marcelo, amenazaba ocupar la primera plana de los periódicos. Recordó las observaciones de Adelita y los problemas que presentaba el empuje inmigratorio. Esas colonias de la vecindad eran un signo clarísimo. Pudo dormirse, comparando la certeza del "pedigree" de "Don Juan" con el oscuro origen de Bica.

El silencio de la noche hizo lo demás.

Alto, recio, plantado como un árbol, con algo de vegetal en sus lentos movimientos, Nico Azara contemplaba su padrillo. Siempre que le bullía una idea y no daba con la justa expresión, Nico se rascaba la cabeza con una mano mientras que con la otra sostenía contra el pecho su sombrero de corcho. Marcelo lo miró interrogante.

—¿Qué le encontrás? —preguntó luego de haber dejado pasar unos instantes.

—Para decirte la verdad, me parece un poco ancho de cuartos...

Marcelo recorrió las ancas de "Don Juan", dejando correr su mirada hasta las patas.

—Yo lo encuentro bien proporcionado... Está un poco lleno, tal vez... ¡Pero a punto! No tenés que dejarlo quieto... Habrá que montarlo...

—Es bonito, sí... —opinó Nico—. Buena pinta..., ojos bien negros, vasos negros... ¡Me gusta, me gusta!... ¡Vamos a ver si resulta!

"Don Juan" se movía con elegancia, como si se sintiese admirado. El peón, eje de sus movimientos, le golpeaba en el freno. El padrillo trazaba una huella circular en el pasto. Era algo así como si fuese derramando un poco de la energía de su sangre, en el suelo duro. Levantaba la cabeza, con los ojos alerta, rutilantes y las flexibles orejas, acanutadas, captando los ruidos, las palabras y los lejanos relinchos. La cola, no muy abundante, movediza, espantaba imaginarias moscas, porque no las había en la mañana fresca, jocunda, de cielo altísimo y azul. La inquietud del semental duplicábase con la luz solar posada sobre su lomo.

Alazán cabos blancos. Crin fina y larga, que caía en una línea recta, dibujada en el erguido pescuezo. Las costillas apenas se marcaban y, sobre ellas, las venas hinchadas y el cuero surcado de cosquilleo.

Duvimeoso se acomodaba sobre los hombros la ligera capa del padrillo, vistiéndose con ella. Tenía los ojos puestos en la cabeza del animal, como si estudiase sus gestos para entrar en el conocimiento de la bestia. Al cabo de unos minutos, resultó el orgulloso punto céntrico de la circunferencia arbitraria que en el pasto iban trazando los remos del nervioso semental.

Fructuoso Fagúndez, el capataz, tres peones, Nico y Marcelo estaban satisfechos de hallar en la lustrosa anatomía de "Don Juan" el signo revelador. A pocos pasos, recostada a un alambrado que bordeaba el membrillar, curioseaban Adelita, Bica y la cocinera. Cuando había mujeres, "la gaucha" conservaba su sitio. Nadie reparó en don Ramiro, que, recostado a un palenque, escuchaba los comentarios. El relincho nervioso de "Don Juan" los tapaba como cubre una clarinada las voces de la tropa.

Duvimeoso preparaba la ración del semental. Afrecho y maíz picado, mezclados con diligente empeño. A medida que pasaba el tiempo, el padrillo le iba dando muestras de reconocimiento. "Don Juan" ya conocía al mulato. Esperaba su llegada con el morral asomado a la ventana del box. Nico se había propuesto no permanecer ajeno al padrillo. Montaba en él, para tenerlo liviano y manso. Al apearse, no escatimaba el manoseo de la crin del pescuezo, los golpecitos en los cachetes, el rasqueteo en el morro. Para estar más cerca del padrillo, salió al cruce de Duvimeoso, que iba con la ración. Se la sacó de las manos, a tiempo que hablaba:

—¡Ya va, ya va! —respondió a la impaciencia del caballo. Esperaba que se familiarizase con su voz. Le quitó el morral preparado. El peón lo miró con desprecio. El inocente orgullo de Azara no pasó inadvertido a Adelita. Solía contemplarlo, en casos semejantes, como a un niño que alcanza su juguete favorito. De ella emanaba una espontánea inclinación tierna hacia los actos infantiles de Nico, lo que favorecía las relaciones matrimoniales. En esos días, precisamente, hizo crisis. El arribo de su anhelada convicción cambió su modalidad. Tuvo la certeza de que iba a ser madre y se desentendió en seguida de la vida campesina. Dejó, casi instantáneamente, de considerar a Nico como a un hijo caprichoso. Sus gustos ya no representaban nada para ella. Había esperado en secreto aquel anuncio. Su arribo la ponía ciega y sorda al resto de la existencia, por meditada determinación. Nico, entregado al semental, con su pasión aparatosa, le pareció ridículo.

Una tarde tejían con Bica bajo el parral del muro norte de la casa. Sin levantar la vista de su labor, de pronto, como si pensase en voz alta, le comunicó la buena nueva a la muchacha. No bien la había enterado, le pareció imprudente su confidencia. Nunca supo a qué correspondía aquel impulso comunicativo... Primero, Bica la miró con incredulidad; luego, con asombro y, por fin, separó los ojos de su patrona y amiga y dejó correr la imaginación por los senderos enarenados del jardín. Iban a tener un niño en la estancia. Se oiría el llanto de un bebé en la casa.

—No lo comentes, ¿eh? —pidió muy seria y enérgica Adelita—, porque no lo he dicho a nadie.

A Bica le corrió un estremecimiento por el cuerpo. Quiso hablar y no pudo. Para ella resultaba excesiva responsabilidad la confidencia. Repentinamente, volvieron los olvidados días de la infancia, cuando aprovechaba las ropas y los juguetes de Adelita y las lujosas muñecas venidas de la ciudad, que más tarde ella reproducía en monigotes de trapo. Retornaron de improviso las horas que creía muertas. Venían del fondo de su niñez. Mucho antes de conquistar el apoyo de "la gaucha", cuando montaban en petisos mansos, vivieron horas parejas y gozaron de la misma dicha. Se le abrieron de par en par las puertas del recuerdo, nunca del todo cerradas mientras Adelita habitaba la estancia. Recordando las épocas felices, tuvo que llegar a las desdichadas de la soledad. Aquel campo áspero, de mañanas escarchadas que endurecieron su piel y templaron su alma. Curtidas noches de soledad, alrededor del fogón de los peones, escuchando las historias de los forasteros, los cuentos de los caminantes, con la misma atención que ponen los gatos en los caprichos de la llama. Volvió sobre su pasado, de carne tierna, de piel suave, tan lleno de pequeños miedos que después se disiparon, poco a poco, hasta ponerla hombruna y retobada, capaz de enfrentar a cualquier hombre en la noche. Historia de su femineidad, apagada con los tizones del fogón, mientras los peones la miraban de soslayo, sin atrevérsele. Más de una vez creyó en su fealdad para explicarse la indiferencia de los hombres. Se lo dijo a una vieja lavandera, la que le respondió:

—¡Buena suerte tenés que no te han metido un hijo en las entrañas, con lo linda que sos!

Y ella, que tenía entonces quince años y aparentaba mayor edad, le respondió con una frase que recordaba en ese momento con la misma intensidad:

—¡No he encontrado el hombre que me pueda derrumbar!

Durante mucho tiempo pensó en aquella jactancia. Por haberse oído hablando así, desistió de toda coquetería. Quiso hacerse merecedora de tamaño orgullo.

Adelita ignoró siempre su angustia. Ella estaba lejos, en la ciudad, educándose. Ahora la tenía cerca, franqueaba de nuevo su amistad, en una dulce confidencia. Pero no se animaba a comunicarle su extraña alegría.

No pudo seguir tejiendo. Sus manos, endurecidas por el trabajo, se mostraban más torpes aún con la emo-

ción. Miró a uno y otro lado. Estaban solas. Doña Micaela, con jaqueca, en la cama.

¿Si se animase a darle un beso? Un beso como cuando eran niñas y no existían diferencias, ahora que la muñeca iba a ser de carne y hueso. Uno solo, en la sien derecha, en ese feliz momento en que volvían a ser niñas, a ser amigas...

Se puso de pie sin tiempo para recapacitar y la besó rápidamente, como si pasase por su lado, inclinándose a observar su labor. Y huyó por la galería, roja y avergonzada. Adelita la llamó. Dijo su nombre, primero en voz baja, lo repitió en voz alta y le gritó, casi ordenándole que volviese. Pero Bica no regresó. Al entrar en el escritorio del señor —puerta que muy raras veces estaba abierta— topó con el retrato del padre de Adelita, que desde un grueso marco de caoba la miraba con dulzura, perdonándole aquel arrebato que la amedrentaba. Después vino la comida, que se inició con una discusión entre los hermanos.

—¡Es muy fácil charlar en los cafés... entre tus correligionarios! Te querría ver a vos todo el año en lucha con esa gentuza... ¡Son una peste, así como lo oís!... Unos rusos atorrantes que no hacen más que tener hijos y robar a los vecinos —vociferaba Nico—. ¡Un peligro para esta región!... ¡Sólo un gobierno de sinvergüenzas puede haberlos dejado entrar en el país y facilitarles créditos en los bancos! ¡Ahí tenés lo que ha hecho tu partido, desde que tiene las riendas del gobierno!

—¡No seas retrógrado, Nico! ¡Parecés un tipo del año noventa! Ni son atorrantes ni son rusos... por lo menos ésos de la Colonia —observó Marcelo.

—¡Rusos o judíos!... Una gente sucia que vive amontonada y hasta, si querés saberlo..., ¡fuera de la ley!

—Son lituanos... y uno que otro polaco. Gente que viene a hacer la América, como vinieron los otros... Antes les llamaban *gringos*... Al descubrirse que, el que más el que menos, tiene en la familia "un gringo", se les ha empezado a llamar *rusos* a todos los trabajadores que quieren sacarle más provecho a la tierra. ¡No digás pavadas! ¡Parece mentira que hablés así!

—¡Hablo así porque entiendo más de este problema que vos y los políticos como vos! ¿Sabés? Porque me he pelado el... —hizo un ademán vulgar— en estas tierras... ¡Por eso!

Adelita los miraba con indulgencia, con indudable

piedad. Ya sabía qué camino tomaría la discusión si ella no acertaba a intervenir. Sentíase un poco culpable de haberla provocado. Era el eco de su conversación con Marcelo.

—Si los defiendo, es porque los conozco. Es un caudal inmigratorio distinto al que vino hasta el presente. ¡Nada más! ¿Qué querés, que vengan españoles? ¿Que venga gente como ese Damboronea, tu vecino, que trabaja con la estancia llena de lacras, como si fuese un feudo? ¿Que no permite que en las cuarenta mil cuadras que tiene entre un vigilante, un policía que no sea de su agrado? ¡Ni una escuela en su feudo! ¿Querés hombres así, "progresistas" de esa clase, que imitan a los *señoritos* de su tierra? ¿Eh? ¿Querés gente de esa clase en lugar de estos nuevos trabajadores? —preguntaba apasionadamente Marcelo, rojo de indignación.

—¿Trabajadores? ¡No me habás hablar al cuete! ¡No necesitamos de semejante gente! ¡Mirá: me quedo con ese vasco bruto de Damboronea, en último caso! —respondió Nico aprovechando la excitación de su hermano para serenarse y bromear. Respondía a una seña que Adelita le hizo con marcado disimulo.

—Ése sí que es algo más que una peste. ¡Es un cáncer para el país! No cumple las disposiciones sanitarias. Sus ovejas sarnosas apestan la región. ¡Vive como un miserable, trabaja como un pirata del coloniaje! Y porque es fuerte, no se somete a las leyes ni respeta las órdenes oficiales. ¡No se le ha podido hacer levantar una escuela en su fantástico latifundio! ¡Y la ley lo exige! ¡Canallas así debían ser declarados enemigos públicos! ¡Y nadie chista, nadie se le atreve!...

Al no tener respuesta, aumentó su cólera:

—Lo que pasa es que vos estás hecho de la misma pasta. Tu ideal es ser un Damboronea... ¡No hacés mucho honor a la familia!

Nico, como movido por una corriente eléctrica, se aferró al respaldo de un sillón de Viena. Ya iba a contestarle con la violencia de que era capaz cuando sintió que la mano suave de Adelita se posaba en las suyas, crispadas y violentas. Venía a recordarle que las discusiones no debían ser espectáculos para nadie. No necesitó mirarla. Su mujer se le puso al lado. Nico recordó la buena nueva que surgía entre los dos, y pudo guardar compostura. En un instante, su amor propio desmesurado casi aprovecha el trance para declarar

que se callaba en homenaje a Adelita. Iba a especular con el estado de su mujer, para poner en ridículo a Marcelo. El orgullo de declarar su futura paternidad trabajaba por exteriorizarse. A pesar de la consigna familiar, dejó entrever con palabras calurosas que cedía en la discusión por otra fuerza mayor:

—Mirá... si no fuese por Adelita... ¡Bueno!... No es el lugar para ventilar estas cosas... —Acababa de llamar la atención de su hermano. La vieja y marcada característica de discutir a campo abierto no debía perderse.

Una lección para Marcelo que la madre aprobó llamándolos a la mesa. En su presencia, jamás discutieron. El padre, para retarlos o darles el castigo merecido, los llevaba al bajo, lejos de las casas. Adelita se apresuró a buscar un tema que los alejase de la obsesionante cuestión. Bica la miraba como si su joven patrona aprisionase un tesoro en peligro. Su suegra adivinaba el estado de Adelita. Tuvo miradas investigadoras. La prudencia de Nico era sospechosa, sus palabras dejaban entrever que Adelita no gozaba de una salud perfecta... —¿De manera que me oculta que va a ser madre?...— se preguntó indignada. Bica acentuó sus delicadezas en el trato. Le acercaba los platos con exagerado sigilo. Trato para personas delicadas, enfermas. Doña Micaela pensó de inmediato que la muchacha estaba al corriente, y su cólera le impidió probar bocado. La comida transcurrió en un silencio propio de los que anuncian tempestades tropicales. Se oía el chocar de las vajillas, el ruido de los cubiertos como se oye en la selva a los grillos y a las ranas, antes de la tormenta. En la mesa del patio, una pila de diarios los esperaba para la hora del café y los cigarros.

Marcelo dió fuego a su pipa y desplegó algunos periódicos. Nico encendió la radio. Los grandes titulares de los diarios se referían a las persecuciones de los judíos en Alemania. La voz de los noticiosos horrorizaba a toda la América pacífica y sana. La guerra iba a estallar de un momento a otro. Pero Marcelo y Nico no hallaron nada que les atrajese particularmente. Se alejaron poco a poco. Por distintos caminos, se acercaron al fogón de los peones. Era el único pasatiempo nocturno. Reunirse en torno a las llamas y escuchar relatos de otros tiempos. Evitaban chocar una vez más.

El fogón abríase en la noche como una sangrante herida. Arriba, la luna. Una luna llena, iluminando el

campo. Derramada luz lechosa. Abajo, el fogón. Rojo resplandor, encendiendo los rostros más variados. Lucha entre dos claridades, y el relincho de las caballadas con las respuestas apremiantes de "Don Juan".

La rueda del fogón, unida por la cuerda verde del mate. La presencia de Nico fué advertida de inmediato. Don Ramiro sintió el paso de los hermanos y se hizo a un lado como si estorbase. En la oscuridad se destacaba su marlo de maíz encendido, pronto para ser utilizado si se le apagaba el pucho. Marcelo, de pie, con su pipa humeante, observaba el grupo. Le ofrecieron lugar, pero respondió que se hallaba mejor de pie.

Llegaban en un momento interesante. El ciego se disponía a contar —para un tropero que estaba de paso— el accidente famoso del arroyo "Viboritas", en el que perdiera la vista. Había creado una buscada expectativa.

Nico y Marcelo resolvieron sentarse.

CAPÍTULO VI

El fogón es nómade, está de paso. Nació en el aduar y sigue como el humo, sin norte, al azar del viento. Tan sólo queda la moneda de plata de la ceniza y la costilla pelada que jalona la marcha. El tiempo de un fogón es el tiempo de un relato, o de un lamento o de una payada. Y esta vez es la historia de una ceguera. La voz de don Ramiro, ciego y viejo y gaucho, bordeó las brisas y las palabras empujaron los tizones, como si fuesen encendidos recuerdos. Desde su noche impenetrable el criollo contó la historia de unos ojos:

—Yo le había alvertido al pardo Farías que no se largase en el Paso del Cementerio. ¡Si no era pa mí desconocido, no!... Más de una vez había quedau embretau en la chorrada. Pero el muy terco no me hizo caso. Me dijo que una cosa era la diligencia y otra la *forchela*. ¡Y se largó no más! ¡Pardo cabeza dura!... Yo había óido el agua que venía haciendo buches por las barrancas. El arroyo Viboritas es ansina... Hincha el lomo como un aporreau y da un corcovo... Si usté lo aguanta, va bien, pero si no está preparau pa esa jineteada, de seguro, se áhuga... Cuanti más con un automóvil como aquél, livianito como pluma. No aguan-

tó la correntada. Empezó a estornudar y a sentarse como petiso mañero. Yo le dije al pardo: "Mire que va a tener que tirarse, compadre, no se puede facilitar al Viboritas..." Y el muy caprichoso —Dios lo tenga de su lau— se emperró en no hacerme caso. Entre maldiciones, el agua vino a cubrirnos como una sábana. ¡Cha que vino con juerza!... Yo vide pasar un cordero y una ternera, entreveraus en la oleada. Daban pena los pobres animalitos de Dios. Miraban pa todos laus esperando ayuda, con los ojitos a flor de agua. Cuando me descuidé, compadeciéndome de los pobrecitos, la chorrada ya empujaba el automóvil y ya se lo llevaba aguas abajo... Fué cosa de un suspiro, ¡de no creerlo! Más que por l'agua parecíamos arrastraus por una manada de potros sedientos. Como lo oyen, ¡de potros salvajes, enloquecidos!... Y vide pasar novillos, y troncoj y ramaj y comadreja y zorrinoj y postej de alambrau con hiloj y todo... ¡Una furia! Se me cortó el habla, así como se lo digo, se me atracó un grito cuando vi al pardo con el agua al pecho. Esperamos que pasase una ramazón cargada de alimañas, pa largarnos en la correntada. Cuando pasó la isla loca, áhi nomás nos tiramos. El pardo a bracear. Era buen nadador... Yo, a manotear algún tronco firme. Al autito le temblaba la capota como sombrilla de vieja en el viento. Y al ratito nomás no quedaba ni el recuerdo del cachivache... Cómo se achican las cosas grandes, ¿no?... ¡Tanta juerza en el barro pa rodar dispués bajo el agua!... Yo me pude prender a una rama, que en seguida me di cuenta que era la de un sombra e toro... ¡A vos mismo te buscaba!, me dije. ¡Árbol machazo me acercó la Providencia! Tanto hice que me le abracé al tronco y quise ayudar al pardo... Pero, ¡de ande!... No quedaba de mi compadre ni esto. Sólo el sombrerito que vide en la correntada, repartiendo saludos a los sarandises y camalotes... El chamberguito del pardo compadreando sobre el agua... Era todo lo que quedaba del pobre. Y en menos que canta un gallo creció cinco metros. Así es el Viboritas... Arroyo bravo como ése dificulto que haiga otro en la Banda Oriental. Ni en el mundo, si me apuran mucho. Crecía y crecía aprovechando de la noche que se le venía encima. Cuanti más agua, más coraje me daba. Y meta treparme por las ramas con la resaca en la cintura que me hacía cosquillas... Por áhi, en una de ésas, sentí que algo me subía por la mano. No podía moverla y miré despacio

pa darme cuenta... ¡Una bruta araña peluda paradita en mis coyunturas! Me agarré bien con la izquierda y pegué un sacudón pa desprenderla. Pero la muy ladina ya estaba agarrada a los dedos. Y... la pobrecita quería treparse como yo... Metí entonces la mano bajo l'agua pa ver si la ahugaba. ¡De ande!... Caminó otra vez por la mano, buscando el aire... ¡Ni bajo el agua aflojaba! Como no podía largar la otra mano y meter el facón, la dejé... ¡Qué iba a hacer! La dejé pegada a la mano, aunque me hacía cosquiyas... Pero me pude acomodar en una horqueta y entonces me la saqué de un zurdaso. La reventé contra el tronco... Pero, ¿pa qué?... Tenía más arañas y bichos el sombra e toro que mamaus un boliche en día de carreras. Arañas, escorpiones, culebritas, cascarudos, viboritas. Si no había mil, enredaus en las ramas, no había ninguno. Un gato montés, en la copa misma del árbol, a zarpaso corrido con las arañas. Aprendí del gato. Pelé el facón y empecé a repartir pinchazos. Yo estaba lindo, bien horquetau. Mientras no subiese el agua me sentía a salvo. Le temblaban las ramas al sombra e toro de tanta juerza que tráia la correntada. Los otros árboles zumbaban y algunos se rompían como leña seca. ¡Un infierno, válgame Dios!... Sentía que los cascarudos y los escorpiones se me trepaban por las piernas, mansitos, sin hacerme mal, nada más que cosquiyas... Y así pasó la noche... Yo alerta, pa defenderme de las víboras. Me di cuenta que no iba a crecer más, pero no calculé la bajada. A ratos, repuntaba mansito. La oleada me lamía los costillares. Y volvía a bajar... Por áhi, a medianoche, entre balidos llorones, empezó a pasar una majada de ovejas. Por los refusilos vi el rebaño más muerto que vivo. Puro fósforo en los ojos y las orejitas tanteando la oscuridad. Se golpeaban en los troncos, se amontonaban en un remolino, como resaca. Cosa inútil el hombre, metido en el agua. Daba rabia no poder ayudarlas...

El ciego arrimó a su pucho de chala un marlo humeante. A fuerza de contar la historia, había aprendido a darle descanso a la lengua. Y manejaba los silencios y las pausas con destreza de cuentista. Sabià que un suspiro, un resuello a esa altura del relato robustecía el interés de la narración. Más o menos al entrar en la descripción del amanecer echaba mano al truco del pucho apagado.

—Y pasó la noche, pues, hasta que me fuí secando.

Pero el agua no volvía a su sitio... ¡Qué esperanza!... Subió dos o tres veces y como leche hervida se espumaba, mientras yo seguía encomendau a todos los santos. Por áhi siento un golpe en las piernas. Era un tronco seco de molle como una canoa... y a las carambolas con las otras ramas. Parecía el cuerpo de un cristiano, boyando... Me dió frío, así como lo oyen. Era del tamaño de un muerto, justito. Gracia que venía aclarando. Yo esperaba la aurora como una bendición. Y vino el alba, rosadita como no había visto otra... ni veré... seguro. Pero el Viboritas no se achicaba ni con la luz. Vide que el agua pasaba más limpia, eso sí, menos troncos, menos ramas, no había resaca. Además, pintaba del mismo color que el cielo. Pero pronto se me acabó el gusto, cuando vide que el árbol no había crecido pa mí solamente. Era como el arca del viejo Noé. Hallé de todo, de no creer, ¡de todo!... Una comadreja agarrada como un monito a las ramas. Arañas peludas, pa regalar. Un zorrino y un gato montés... ¡Qué sé yo! Hasta que paré de contar, cuando vide tres víboras. Pero ¡qué víboras! Una yaraví y dos de coral, enroscadas al tronco mismo de la horqueta. Como créia que eran esas tres solamente, pelé la fariñera y les mandé un par de tajos. Cayeron al agua, en pedazos que abarajaron los doraus. Pa mí que las estaban esperando, achuradas. Miré p'arriba. Con el sueño que me acosaba, me pareció que el árbol amontonaba más víboras que hojas. Un camuatí de bichos. Tenían tanto derecho como yo pa defenderse, así que dejé en paz el cuchiyo. El gato montés me miraba como pato al arriador. Hermanito en desgracia, parecía decirme. La comadreja, la muy pícara, se hacía la dormida, con los ojos cerraus y acurrucada. Cuando el sol se vino encima, el gatito empezó a sacudirse pa sacarse el agua. Buena seña, pensé pa mis adentros... Éste se prepara pa bajar. Pero el agua, como si tal... Seguía corriendo nomás, sin hacer mucha bulla, como que había limpiau la cancha. Y así pasó el mediodía y la tarde entera. El árbol, en lugar de aliviarse, se veía cargau de nuevos bichos. Terminé por no hacerles caso. Me cáia de sueño, por eso no me largué al agua. Yo no sé nadar. El pardo, dicen que sabía... Ya ven... Lo esperé todo el día. No quise gritar... Me parecía cosa de maula o de gurí... Y empezó a yover y yo prendido al tronco como los gatos y la comadreja. "¡Me vas a redotar, Viboritas, si sos brujo!", decía a

cada rato pa darme juerza y no dormirme. Aquí me vas a tener hasta que te quedes más seco que porrón de giñebra en mano e mamau...: ¡Viboritas cabortero! No bajó ni medio metro en todo el día. Pa la segunda noche, busqué acomodarme. "A ver si puedo dormir un poquito, sin caerme", me dije. Y ahí estuvo mi mal. Estiré las piernas, me junté al tronco como a un hermano y con la faja me fuí calzando, bien calzau... Como un prisionero pa que no se escape. Metí nudo y dejé caer el cuerpo despacito pa ir probando. Me gustó la cosa. El hombre está hecho pa sentirse a gusto, aunque oiga las pisadas de la muerte. Y en eso, cuando ya casi me entraba el sueño, siento en la zurda una picadura, más finita que un alfilerazo. ¡Colmillo e víbora! Y así era. Apenas me di vuelta vide a la yaraví que se volvía p'atrás, a defender su lugarcito. Se defendió bien, ahijuna, con todo lo que tenía en la boca...

Don Ramiro se llevó las manos a los ojos e hizo un silencio de actor. Las llamaradas del fogón calentaron sus pupilas muertas. Dió un par de chupadas en el mate y prosiguió, con calma:

—La yuvia había parau. Me entraron ganas de fumar. No sé cuántos años de vida hubiese escriturau por uno de chala. Creo que me dormí de tantas ganas de pitar. Cuando rompió la aurora, el Viboritas empezó a bajar. Bajaba casi un metro por hora. Cosa de no creer. Se achicaba a ojos vistas. Entonces el árbol empezó a descolgar arañas. Se venían pa lo bajo, a espiar el agua que silbaba entre los sarandises. Yo vide mi mano hinchada. ¡Parecía una butifarra mal rellena! Y me dolía bajo el brazo y tenía tantos calambres en el cuerpo que no me dejaban desatar la faja. Los ñudos, mojados, no querían aflojar. Así que me fuí escurriendo, despacito. La comadreja parecía esperar que yo bajase. El gato no pasó por arriba mío porque tenía lugar por el otro lau, ¡que si no!... Me miraba como pa saltarme, rabioso. Y a eso de las tres de la tarde, calculo que rodé al suelo, en el barro resbaloso. Debo haber bajau como macaco, por el tronco del sombra e toro... La faja quedó allá arriba como cuerda de ahorcau. Me recosté entre las raíces y quise mirar pal cielo. Sólo pude ver algunas gotitas de lluvia que se descolgaban de las hojas y las dejaban temblando... Y esto fué lo último que vide. ¿Dispués?... Güeno, ya se hizo la noche. Y aura, sigue entuavía. Si no es por mi perro que me lamió la cara, yo creo que no despierto más...

El fogón se achicó, se hizo una llaga en el suelo de espesa gramilla. El humo subía vertical. Señal de buen tiempo. Don Ramiro, como si lo viese, agregó:

—Mañana vamoj a tener un lindo día.

Y volviendo a su compadre Farías, que estaba en el otro mundo, le dirigió estas palabras:

—¡Pobre pardo!... Creiste que con saber nadar se arreglaba todo... Tené cuidau aura que andás por el cielo...

El capataz le pasó un cerrojo al relato.

—A ver, Duvimeoso... Date una vuelta por el gallinero, que siento ruido... Anoche anduvo una comadreja.

El mulato silbó a los perros. Marcelo le ofreció un cigarrillo a don Ramiro. Y le ayudó a encenderlo. El marlo se le había apagado.

La historia reconcilió a los hermanos. Casi siempre hallaban un pretexto pueril para restablecer la calma, el equilibrio familiar que el hastío solía entorpecer. La paz campesina, inalterable, los reconciliaba. Pero el asunto de la introducción de judíos en el país era un fantasma oculto.

Volvieron a "las casas" comentando el caso de don Ramiro, con un poco de sueño sobre los párpados.

Hablaron de "Don Juan". Iban a echarlo a la manada al día siguiente.

CAPÍTULO VII

Nicolás Azara repitió su nombre en la alta noche. "Nicolás Azara", para su futuro hijo que latía con la sangre serena de su mujer. Ya tenía nombre el primer vástago, el primogénito. Desde su casamiento, le dedicaba lo mejor en su imaginación a la idea de la paternidad. Cuando dudaba de sí mismo, cuando defendía puntos de vista equivocados, a sabiendas; cuando era injusto y cuando se mostraba bueno, el pensamiento del hijo se erguía dentro de su alma... Darle el ejemplo. Él vendría a restablecer la calma, a renovar la fibra. Muchas veces, en los dos años de matrimonio, se preguntó si quería verdaderamente a su mujer. A veces, la

detestaba. Cuando ella tuvo un mal suceso, pensó en separarse. Llegó hasta serle indiferente. Sólo reconocía el fuerte amor del noviazgo cuando ponderaban a Adelita. Entonces pensaba que no sabía aquilatar su valor y la miraba con ojos nuevos.

Esa noche la observó dormida. ¡Prodigio humano! —pensó—. Oculto en ese lecho palpita otro ser. Su apellido se iba a perpetuar. Un Azara para esos campos que, unidos a los de Aguilar, habíanse colocado en importancia casi a la par de los del vasco Damboronea. Tenía razón Marcelo. Él ambicionaba espacio, grandeza, leguas.

Adelita dormía. Nico dió luz a la lámpara y fué a cerrar la puerta del cuarto de su madre. Vió que todavía tenía encendido su velador.

—¿Le pasa algo, mamá? —preguntó.

Luego de una pausa sospechosa, la señora contestó que había vuelto a sentir dolores.

—Y, ¿por qué no me dijo?

Entrando en el cuarto, la madre le hizo señas para que cerrase la puerta. Sacó un pañuelo debajo de la almohada y se secó una lágrima.

—¿Qué le pasa? Algo más que el dolor, ya veo —dijo Nico sentándose a los pies de la cama.

Le costó un buen rato para que su madre se sincerase. Estaba ofendida. Aseguraba que Adelita no la quería porque aun guardaba secreto sobre algo que hasta Bica conocía.

—Y, ¡vaya uno a saber! Son cosas de ella... Su manera de ser... ¡Además, no está segura! Usted sabe, una vez no le fué bien... Es muy tímida.

—Sí, es un poco rara tu mujer... Pero no contarme a mí, que soy tu madre... En fin, una siempre está en edad de aprender algo.

Nico no atinó a dar explicaciones de la omisión. Una le pareció razonable, e insistió con ella:

—No debe de estar muy segura... Eso, precisamente: no debe de tener una gran seguridad... A mí me lo dijo hace apenas cuarenta y ocho horas... ¡Y creo que es cosa de un mes!

El argumento casi convence a doña Micaela, Volvióse a hablar del dolor al costado que se repetía ya con alarmante insistencia.

—Lo mejor será que consulte en Montevideo, que vaya a un especialista...

Doña Micaela de inmediato protestó. No era para

tanto. Pensaba en ese momento en lo cara que es la asistencia médica de los ricos. Cuando los médicos husmean que se presenta un ricacho, inventan operaciones.

Nico la besó y le dió aparente tranquilidad. Pasó en puntillas a su cuarto. Adelita se había despertado. Mientras se desnudaba, fué haciéndole preguntas tontas. Al fin, le reprochó que no hubiese anunciado la buena nueva a su madre, sabiendo cómo ansiaba un nieto, "la pobre vieja..."

—Me voy a desvelar, querido —le contestó Adelita—, si te explico las razones... Mañana... Déjame tranquila...

Hizo una pausa. Nico se picó de curiosidad. Prefirió que ella se desvelase, pero no quiso dormirse sin una explicación valedera. Su silencio reclamaba explicaciones. La miró interrogante.

—No estoy muy segura... Es apenas un atraso... ¿Comprendes? Y temo defraudarla...

Nico detuvo sus movimientos. ¿Defraudarla? ¿Qué había querido decir?

—Hasta el tercer mes, bien lo sabes, no hay que cantar victoria... No es la primera... —Iba a decir "de mi familia que ha tenido esos accidentes". Pero cortó su frase.

Nico no pudo alcanzar su sentido. En ese instante no se acordaba de la otra oportunidad. Ya había conseguido desvelar a su mujer y tampoco reparaba en ello.

Se metió en la cama. Bromeó para borrar la escena que habíale hecho su madre. "Celos de mamá, cosas de vieja..." Luego se cubrió con las mantas y estirado todo lo largo que era, dijo:

—Estamos en plena procreación, ¿sabés?, en plena reproducción... Yo, "Don Juan"...

Y se puso a reír de su ocurrencia. Se puso a reír para darse sueño, inconsciente como una criatura. El desvelo de Adelita no contaba.

Se durmió casi de inmediato. En vano su mujer contó la majada, una por una, saliendo del secadero... En vano contó hasta quinientas ovejas... Ya había rezado. No le quedaba otro recurso que pensar en su preñez, en su hijo, según ella tan débilmente prendido a sus entrañas. Se renovaban las ideas tristes —aparecían uno a uno los casos de su familia. Los recordaba y temía no escapar a esa ley familiar. Se durmió después de largas horas de insomnio, de soledad.

CAPÍTULO VIII

La manada de yeguas puras, a campo, del plantel reservado a "Don Juan", fué encerrada un poco antes de la puesta del sol. En el lento crepúsculo campesino, había tiempo para largar al semental, después que el "retajado" cumpliese con su dolorosa labor.

El "retajado" había elegido un par de yeguas que lo recibieron a coces y mordiscos. El infeliz insistió, volvió a ellas con más tenacidad. Las restantes yeguas le huían, o no le hacían frente, dispersas en el ancho corral de palo a pique, bordeado de paraísos y espinillos.

La peonada se congregó a presenciar el trabajo del "retajado" de "Santa Rita". Su triste papel les divertía. Se hicieron bromas con el dueño del padrillo inválido, que lo era don Saturnino Chaná. Nico les oyó el comentario y, a pesar de hacerle gracia la chuscada, reprimió las bromas con un chistido lleno de gravedad. Marcelo festejó el chiste. Le divertían los comentarios del paisanaje.

—No les fomentés... Hacé el favor... —le dijo Nico enérgico, mandón.

Estaban nerviosos. Llegaba el momento de largar el padrillo, que no cesaba de relinchar en el pesebre, como si protestara para que no le escamoteasen algo de su absoluta pertenencia. Al oír el movimiento de la manada, empezó a moverse en el box. Su frenético relincho se metía en los cuerpos de los hombres.

Fué inútil que cerrasen completamente el pesebre. "Don Juan" sintió que el efluvio de la manada cruzaba en el aire. En el inocente aire de la tarde, pesado aún. La calma campesina fué alterada por las quejas de las hembras, al patear al "retajado". Sonaron sus cascos en la panza abultada del viejo animal, muy hecho a tales tratos.

Quitaron del corral el resto de las yeguas. Dejaron dos. Una colorada de gran presencia, ancas partidas, dos o tres veces madre, y una baguala malacara que se recostó a los postes, humilde, aguardando al semental. Sus ojos entrecerrados como con sueño; sus orejas gachas, el rabo en alto. Más bien parecía una mancarrona de esas que, azotadas por la canícula, se guarecen bajo un espinillo, en busca de sombra.

Nico ordenó que retirasen al "retajado" y trajesen a "Don Juan".

—Abran bien las tranqueras... ¡Que no se vaya a lastimar! ¿Eh?

Marcelo pidió fuego. Don Ramiro estaba a su lado, sonriendo tras su ceguera. Le tendió el marlo de maíz con una brasa humeante.

Nico miró para el lado de las casas. Sabía que las mujeres, como en otras ocasiones, evitaban asomarse. De pronto vino una brisa desde el rosedal. La madreselva mandaba un soplo cálido que Nico recibía a pulmón lleno. También lo sintió Marcelo. Entre los postes de ñandubay, venía, arrastrándose, la emanación húmeda y agreste del jardín crepuscular.

Y entró el padrillo husmeando en el aire, en el suelo, en los postes, tan ciego como don Ramiro. A tientas, buscaba a las yeguas que lo esperaban con un juego de oreja alerta. Lejos relinchaba el "retajado", inclinado, no obstante su protesta, a cortar con sus fracasados dientes una que otra hierba fresca. El deseo se había traducido en hambre apremiante. Estaba acostumbrado a su desgracia.

"Don Juan" recorrió el corral, desentendido de sus congéneres. Olfateaba las ramas de los árboles, miraba a la gente, soplaba en la tierra y abría un rítmico galopeo, elegante y ágil. Le interesaba el suelo, el pedregullo, la arena. Parecía preocuparle la lejanía, porque también miraba el campo por encima de los postes, gozando de su libertad. Las crines se agitaban enardecidas. La cola no cesaba de moverse. Iba poco a poco haciéndose dueño y señor de cuanto lo rodeaba. Hasta que enfiló a donde estaban los hombres y se plantó frente a ellos. Le temblaban los remos y el pellejo aparecía recogido por vibraciones eléctricas. De pronto, como si de entre los espectadores se hubiese levantado un brazo para espantarle, giró dando un brinco y les arrojó tierra con sus patas traseras. Y se fué a parar en el medio del corral, estatuario. Luego de un momento de expectativa, bajó el morro, olió el estiércol y paso a paso, solapado, cauteloso, se fué acercando a una de las yeguas. Paso a paso, simulando serenidad, casi felino, avanzaba seguro de su éxito. Había dado término a la exhibición espectacular de su destreza y su potencia. Arrastró sus cuatro vasos —cabos blancos empolvados. Bajó la cabeza como agobiado por sus propias fuerzas, para levantarla siguiendo el rastro que su

olfato había descubierto en el aire. Un hocico húmedo y dócil le salió al cruce. Como imantados, se detuvieron un momento los dos morros entreabiertos. "Don Juan" tenía la iniciativa. La yegua aspiró su aliento con el cuello estirado. Y se quedó inmóvil, como si fuese la última vez que iba a recibir aquella emanación, aquel inigualado don de la naturaleza.

Bica se solazaba por el rosedal. Horas limpias de libertad. Cuando vió a Duvimeoso arrastrado por "Don Juan", camino del rosedal, sólo atinó a tirarse al suelo. Comprendió lo que pasaba, sin rubor ni timidez. Tendida a lo largo de la tierra, nadie podría descubrirla. Por entre los pastos crecidos, veía cruzar la figura nerviosa del alazán, cuyo pelo relampagueaba en el oro dormido de la tarde.

El vecino de "Santa Rita", don Saturnino Chaná, propietario del "retajado", facilitaba el animal a cambio de una monta para su yegua "La Marinera". Una yegua tordilla, ligerona, mansa como una oveja. Era de pura sangre, según su dueño, pero no inscripta. Hija de Miramont, un tordillo grandote, por Le Sancy y la yegua Memoire, ilustre en Palermo. Ganadora de "pencas" en muchos pagos, había pasado a manos de don Saturnino Chaná, que la destinó a la reproducción. Cruzarla con "Don Juan" significaba mucho para su propietario.

Como la vieron alzada, no creyeron necesario ponerla en contacto con el "retajado". La largaron al "plantel", como llamaban al potrero destinado a los trabajos de "Don Juan".

La expectativa se eclipsó en pocos segundos. La yegua recibió a "Don Juan" con toda la violencia de que era capaz. Sonaron sus cascos contra la arremetida inesperada del semental. Luego "La Marinera" se alzó de manos. El padrillo, al acercarse, le hizo perder el equilibrio y la vieron tumbarse como herida por un rayo. Tal fué la impresión que causó la caída. Y se debió al golpe seco de la cabeza contra un "principal" de ñandubay. Retumbó en la tarde, agrandado por la expectativa de sus dueños. "Don Juan" bajó el hocico, olfateó a la yegua y pegó una espantada. Había visto los ojos saltados de "La Marinera", que parecían salírsele de las orbitas.

Corrieron a socorrerla. El golpe en la nuca podía

ser mortal. Le temblaban las patas y resoplaba como el fuelle de la fragua. Esto era cuanto podía oír don Ramiro, al que dejaron solo con su marlo encendido que agitaba a fin de dar fuego a su pucho.

El ciego avanzó unos pasos tanteando en el alambrado. Se percató del accidente en todos sus detalles. Meneaba la cabeza a medida que oía los comentarios. Unos opinaban que se moría; otros que no. Tal vez fuese algo así como un ataque a la cabeza. "Dentro de un par de horas recuperará sus fuerzas", dijo alguien.

—Un desmayo... —opinó Nico—. No es nada... ¿No ven que ya respira normalmente?

Don Ramiro había notado, efectivamente, una variante en los resuellos de la pobre "Marinera". Podía ser un síntoma feliz.

—Lo dudo —comentó Chaná—. ¡Pa mí, que se ha desnucau...!

La yegua, que al principio temblaba como los camalotes azotados por la chorrada, estiró las patas y movió un poco la cabeza buscando un sitio cómodo para apoyarla.

—No me gusta nada la cosa... —volvió a hablar su vecino.

—¡Quién sabe! ¡Estos bichos son duros para morir!... Déjenla quieta no más...

—¿Y si le ponen unas bolsas mojadas en la nuca, don Nico? —preguntó el ciego—. ¿Qué le parece?...

Los peones no se atrevían a emitir opiniones. Permanecían atentos a la primera orden. Se miraban entre ellos.

—¡Qué mala suerte! Ya ve usted... y la yegua estaba bien *preparada* —dijo Nico contemplándola con ese aire del hombre apenado que no quiere entregarse a la evidencia.

Bica sintió la imperiosa necesidad de intervenir. No en vano seguía siendo "la gaucha" para la peonada. Había curado tanta "bichera", sabía tantas recetas y "simpatías" que le costó permanecer oculta. El accidente le encendió en las mejillas un pudor hasta entonces desconocido. Pudo más el temblor de sus faldas que su impulso de auténtica criolla.

De pronto la yegua intentó pararse. Arrolló las patas, las afirmó cuanto pudo. Al sentirse sin fuerzas, arrastró sus cascos en la tierra y levantó la cabeza para mirar a su alrededor. Había en aquel movimiento una tentativa de búsqueda, de exploración o una des-

pedida, pues se detuvo instintivamente a mirar el campo.

—Desnucada... no está... —opinó Nico—. Si fuese así, no levantaría la cabeza.

En ese momento se oyeron las coces que "Don Juan" aplicaba al portón de madera del potrero vecino al en que se hallaba pastando el "piquetero" de la estancia. "Don Juan" intentó saltar la valla.

—¡Pero, amigo! —gritó Nico, disimulando con su tono amistoso la reprimenda que merecía el casero por tener su caballo cerca del pastor—. ¡Saque de allí ese mancarrón!

El casero corrió a retirarlo de la vista del semental. La pobre bestia, inofensiva, estaba entregada a aprovechar el yuyo crecido para darse su atracón acostumbrado.

"La Marinera" reaccionaba paulatinamente. Las patas reposaban como en estado normal. Era un buen síntoma. Su dueño trató de descubrir el lugar del golpe. Un gran machucón, sin duda un coágulo de sangre, se abultaba entre las orejas. Intentó palpar la herida, y la yegua, arisqueando, levantó la cabeza, arrolló sus patas y alcanzó a colocar los remos delanteros tiesos como para dar el último impulso y pararse.

—¡Déjenla quieta!... ¡No la apuren! —gritó Nico.

Las palabras de Nico sirvieron para azuzar a la tordilla, que se paró, medio tambaleante, sin atreverse a dar un paso. La cabeza por momentos se le caía hacia adelante, como atacada por el sueño.

Don Ramiro seguía las alternativas del accidente con nervioso interés auditivo. En su mano izquierda humeaba el marlo de maíz. De vez en cuando, con el pulgar, buscaba la pequeña brasa para saber si necesitaba rápido soplo. Ya había sentido caer el relente sobre sus hombros, y pensó que no estaría mal aconsejarles que pusiesen a la yegua bajo techo. Se lo dijo por lo bajo al patrón.

—Tenés razón... —contestó Nico.

Y, como muy cerca del sitio en que se hallaban un galpón de cinc abría sus puertas grises, la llevaron lentamente, golpeándole en las ancas con las palmas de la mano.

Bica aprovechó para salir de su escondite.

"La Marinera" no podía avanzar. Sus patas temblaban. La cola caía con languidez mortal. El hombre, frente al animal herido, siente sus naturales impulsos,

trabados, insuficientes. Si se tironea del bozal, se piensa que puede añadirle un sufrimiento. Si se le abandona a la buena de Dios, la certeza de que caerá en la mala.

—¿No será mejor dejar a la naturaleza que obre sola?... —preguntó Nico.

—Pero si la dejamos a la intemperie... es peor —opinó don Saturnino—. El rocío la va a dañar... Duerme siempre bajo techo.

—Yo me animo a alzarla —dijo Nico.

Y unió a la palabra la acción. Acercó el hombro derecho al encuentro de la yegua y sus piernas suplantaron las patas delanteras del equino. Cargando a medias a "La Marinera", la condujo hasta el galpón. Forcejeaba, varonil, decidido. Los peones en coro admirativo le dejaban solo en su brava demostración. Así decidía Nico y ponía en acción sus repentinas ideas.

La yegua tenía los ojos entrecerrados, esos párpados somnolientos que entornan los animales enfermos para mirar las cosas cercanas y que dan la sensación de estar imaginando retozones galopes por la llanura. Las orejas gachas, huyendo de todos los ruidos del mundo —de trinos y relinchos, de vientos y correrías lejanas. Orejas caídas, donde reposa, persistente, la mosca y que camina y recorre una por una las cerdas finas y los pelos suaves del inmóvil cartílago. El belfo caído con una mueca siniestra, mientras empieza a correr una lenta baba. Los ollares dilatados por el dolor, única manifestación de sufrimiento. Se abren, se contraen, se humedecen, tiemblan. Y nada más, que a los equinos el dolor les hace vibrar el belfo, esa flor de rosadas corolas opacas, que por instantes parecen también raros batracios pegados al morro del animal herido.

Trato inhábil del hombre frente a la bestia mutilada o enferma. Se duplica la natural dulzura cotidiana, se le palpa la frente, como si acabase de ganar una carrera; se le palmotea en los cachetes. ¡Pobre yegüita tordilla, tan bien llamada "La Marinera", por ese amago de oleaje de las crines, en las últimas arremetidas de sus remos, empleándose hasta cubrir la raya de la sentencia!

Al fin la consiguieron tender en el galpón. Cuando divisó la paja seca, estiró el pescuezo, resopló y fué fácil hacerla caer pesadamente en su cama. Se hincó con la cabeza hacia el pesebre, y sólo cuando los hombres se alejaron se estiró todo lo larga que era.

Duvimeoso fué a verla. Al retirarse entrecerró las puertas del galpón. Vió que "La Marinera" sacudió la cola, dándole un adiós. Por la rendija se podía ver la cerda blanca que uno de los perros olfateaba, misteriosamente.

Bica rondaba silenciosa.

La noche bajó, confundiendo los árboles, los alambrados, los cercos, las casas. Oscura masa informe era la estancia. A medianoche se oyó el chistido de la lechuza. Don Saturnino no podía dormir. Fumaba, boca arriba en su lecho. La brasita del cigarrillo, al encenderse con las chupadas, le iluminaba el rostro, la cabecera de la cama, la esfera del reloj. Olvidaba por momentos lo que le había pasado a su "Marinera". "Mala pata. ¡Qué le vamos a hacer!" Pero no podía resignarse. Comprendía que era inútil perder el sueño por algo irreparable. Nada podía mejorar desde la claridad del insomnio. Al fin se quedó dormido con el pucho apagado, húmedo en los labios.

Cuando anda la muerte por el campo, los animales la advierten. El hornero se despierta y pía sin cesar. Los perros cruzan entre las enredaderas, bajo los cercos de alambre tejido, como tratando de quitarse del cuerpo algo que les estorba o para rascarse una repentina sarna.

La muerte no pasa invisible por entre los animales. No anda tan sigilosamente como entre los hombres. Es más franca. La agonía de un animal trastorna más la vida de sus semejantes que cualquier agudo y mortal sufrimiento del hombre. Se nos dice: "Ha entrado en agonía". Y, a pesar de ello, nos dormimos. Pero los tramos finales de la vida de un perro o de un caballo perturban la existencia de los animales que están cerca. Las alteraciones se suceden con un sentido misterioso.

Los perros, uno a uno, se fueron acercando a la puerta del galpón donde agonizaba la yegua. Podría argüirse que la alarma consistía en que allí no se recogía a los reproductores. Pero a un caballo sano la perrada no lo olfatea con terror. Le ladra. Si se aproxima, recibe una buena respuesta de contundente violencia. Es que los perros olfatean a la muerte, despiertan a los pájaros e invitan al resto del reino animal a poner atención.

Un poco antes de despuntar el alba, Duvimeoso sintió un recio golpe contra las chapas de cinc del galpón. "La Marinera" —se dijo— quiere salir o está muriendo... Los animales siempre esperan el alba para morir.

Cuando fué a cerciorarse, le salió al paso el morro rosado de la tordilla. El morro y los ojos, unos ojos bien abiertos, vidriosos, buscando el primer albor del amanecer.

Entreabrió una de las puertas. Cerca del hocico había un charquito de baba amarillenta, casi seca. La yegua dió una vuelta entera para poder morir con la luz naciente en la mirada, con el campo en los ojos. No pudo aguantar la noche áspera de la paja, las horribles sombras del galpón. Buscó la ráfaga helada del amanecer para meter en ella su cabeza herida. Y se le pusieron de vidrio sus lindos ojos zarcos.

Un perro, tieso, duro de frío, clavaba la mirada en aquella presencia extraña. No se atrevía a olfatearla. Se acercaron otros. Husmeaban desde lejos. El cuerpo estaba frío. Olía a muerte.

"La Marinera", preparada para la vida, lista para la reproducción, había recibido el golpe fatal unos segundos antes de ser cubierta.

Cuando Duvimeoso regresaba hacia el fogón a preparar un amargo, topó con Bica. Rondaba con los perros y temía acercarse. Le preguntó si "La Marinera" estaba muerta.

—¿No ve?... —le contestó Duvimeoso—. Ahí la tiene...

Y se alejó escupiendo el poquito de sueño que le quedaba en la boca. A Bica le entraron ganas de llorar. Pero no lloró.

Saturnino Chaná contempló su yegua muerta sin decir palabra. Nunca había querido tanto a un animal. Ni a los perros, que fueron su debilidad. La desaparición de su tordilla señaló una fecha en su vida. No quiso saber más nada de parejeros, de reproductores ni de carreras. Se desentendió en forma definitiva de todo aquello. Fué rápida la reacción. Se produjo tan rotunda que a la hora del almuerzo propuso a Nico la venta del moro "retajado". Quería terminar con él. Si a Azara no le interesaba la operación, como era difícil venderlo, pensaba sacrificarlo.

Marcelo y Nico lo observaban desconcertados. Chaná no mostraba su gran pesadumbre. Sería ridículo un

duelo cerrado por la muerte de una yegua. El hombre no podía manifestar su pesar, su congoja, ante un accidente común. Y fué por no poder llorar a "La Marinera" que se operó en su alma el súbito cambio. Volcó para adentro su dolor. Resolvió dar por terminada su pasión por los caballos. Por eso cortaba de raíz su larga afición tendida en las canchas domingueras. Su entusiasmo se eclipsaba bruscamente. No sólo vendía el "retajado", vendía también sus yeguas y todos sus parejeros.

—¡Punto terminado! —dijo con rabia.

Recordó a un amigo que criaba perros daneses. Luchó por aclimatarlos en el rudo clima subtropical durante diez años. Un buen día los mató a todos; rompió la colección de fotografías de los perros campeones de esa raza, no quiso encariñarse más con animales. Ese amor oscuro, terrible y sordo —casi siempre correspondido, pero gobernado por leyes extrañas—, Saturnino Chaná lo había gozado plenamente y sufrido demasiado. Como el criador de daneses, repentinamente quería deshacerse de sus caballos.

Mejor oportunidad no se le iba a presentar. Y, aunque desconcertase a los Azara, no pensaba regresar sin cerrar trato. La liquidación de su caballada lo arrojaría a una nueva empresa. Estaba seguro.

Saturnino Chaná era un hombre de baja estatura, de ruda complexión, con marcada tenacidad en el rostro. Aparentemente se regía por repentinos impulsos; pero, en realidad, sus resoluciones venían trabajadas desde la sombra de su parquedad. Taciturno, con su aspecto de trompo dormido, al hablar dejaba de gesticular, como si quisiese darles más fuerza a las palabras al inmovilizarse. Bajaba los brazos, cerraba los puños, juntaba los codos a la cintura y decía su parecer cortante, sin desperdicios. A su lado los hermanos Azara aparecían flojos, desarticulados. Nico, tan fuerte y rudo, en su vecindad tenía aspecto de hombre desgarbado, desprolijo de ademanes.

Chaná, sin dilaciones, puso precio al caballo moro, a dos yeguas que Nico conocía, a varias potrancas adquiridas en el pueblo, hijas de padrillos renombrados.

El negocio era tentador. Nico vacilaba, buscando apoyo. Su titubeo molestaba a Chaná, que parecía resuelto a enviarle los animales no bien regresara a "Santa Rita".

La señora Micaela no pensó intervenir. Se limitaba a rogar a Dios para que aquel personaje tozudo, des-

agradable ante sus ojos, se fuese cuanto antes de la estancia y dejase tranquilos a sus muchachos.

—Si no los vendo hoy mismo, a mi regreso a "Santa "Rita" los largo al campo o se los doy a cualquier paisano que quiera cuidarlos.

Dobló la servilleta, encendió un cigarrillo y se quedó haciendo girar entre los dedos el fósforo apagado.

A Nico y Marcelo les tentaba la oportunidad. Chaná asentó su golpe definitivo.

—Si me toman las dos yeguas puras, les dejo el moro en la estancia.

Adelita se llenó de desprecio por aquel hombre que proponía negocios en la mesa, prescindiendo de las señoras, a quienes no dirigió la palabra ni miró una sola vez durante el almuerzo. Era antipática su tenacidad. Insistía con cifras concretas, que convertían su charla en acometida violenta.

Adelita y doña Micaela buscaron la forma de poner rápido término al almuerzo. El huésped quizás se calmase. Pasaron a la galería a tomar el café. Y allí, los tres hombres, lápiz en mano, pusieron fin a la operación.

Adelita, en el epílogo temido y ya previsto, anotó algo que Saturnino Chaná dejó escapar en su comentario. Un detalle inadvertido para los hermanos, que sólo veían en el lamentado accidente de "La Marinera" la coronación de un proyecto en común: el haras "El Palenque". Saturnino Chaná había dicho como para sí mismo:

—Y ahora, a partir la tierra de "Santa Rita".

Partir la tierra... Bien sabía Adelita lo que significaban esas palabras. Más de una vez se había hablado de la fertilidad de las tres mil hectáreas de la estancia de Chaná. Se dijo que no le sacaba más provecho a la tierra por pura negligencia. Él y su mujer —reducida familia— tenían de sobra para darse cualquier gusto. El lujo de los caballos, la pasión por las carreras, la vida sin riesgo, apenas sacudida por uno que otro triunfo... Chaná era violento y decidido. Sus energías iban a ser volcadas en una nueva empresa.

Adelita descubrió, en aquel huésped desconcertante de escasa estatura, un ser bien proporcionado, alerto. Sus pequeños ojos grises de lince le producían desasosiego. Adelita había perdido el contacto con otras gentes de vivir más intenso. La repentina resolución de

Chaná la trasladó a una existencia apenas entrevista en lejanos tiempos.

La redonda siesta magnificó la operación. Un generoso almuerzo rociado con espeso vino tinto y rematado con aromático café, sumió a los comensales en un sopor de satisfacción. Los cálculos salían bien, los proyectos se coronaban. Chaná hizo cálculos, con pies de plomo, sobre la vasta extensión de sus tierras. Imaginó armoniosos y feraces sembrados. Muerta la vieja pasión, renacía una nueva que venía distraída desde años atrás, en la molicie de otras siestas, bajo la canícula fermentadora.

CAPÍTULO IX

Al día siguiente Marcelo decidió estudiar el "pedigree" de las yeguas de "Santa Rita". Mientras su hermano paraba rodeo, se encerró en el escritorio a analizar los papeles que había enviado don Saturnino. Era una mañana ventosa, desapacible. En la estancia quedaban tan sólo los de "las casas". Toda la gente se hallaba en "el aparte". Hacían una tropa de novillos. Una nube de polvo se alzaba a intervalos, en el rodeo. Los ponchos levantaban su gran espantada, sus aletazos "paradores", cuando la novillada intentaba dispersarse. El tropero era parsimonioso e iba eligiendo con calma. Los peones giraban en torno del ganado. Nico y el tropero se destacaban en el centro, buscando los ejemplares gordos, el novillo pesado. El comprador señalaba con el rebenque. Nico aprobaba con la mirada. Desde la ventana del escritorio, Marcelo veía crecer el grupo del aparte, cada vez que levantaba los ojos de sus papeles. Bica se interpuso en su visual. Iba a pasos lerdos por el camino de la rosaleda, seguida de un perro que había quedado en las casas. Por viejo y bichoco, pensó Marcelo, el único macho de la estancia que la fiesta del "aparte" no había movilizado.

Adelita trataba de acomodar los flexibles vástagos de una enredadera contra la reja de una ventana del patio. La pajarera alborotada con su proximidad. El arisco benteveo, que tenían separado en una de las reparticiones, y la urraca, que volaba frenética en la parte

baja de la pajarera, eran las pocas cosas vivas en la hora vacía de la casa.

Bica avanzaba por el sendero arrancando hojas al pasar, apretando entre los dedos la fina y olorosa santonina, o la ramita de toronjil, que luego olía con fruición. Caminaba lentamente. Algo buscaba entre las matas. Marcelo la seguía con los ojos, calculando los movimientos de sus brazos, el armonioso vaivén de sus caderas, la vibración de su cintura, de jocunda matrona campesina.

Debía alzarse una penetrante fragancia en el viejo jardín. Los mugidos de la novillada avivaban la brisa mañanera, que penetraba, liviana y tenue, en el escritorio de muebles pesados y antiguos.

Bica dobló a la derecha. Entre el follaje, resaltaba el color de su bata azul-marino. Por instantes desaparecía al agacharse a observar las matas de arbustos.

Marcelo salió a la galería. Se adelantó con la mirada puesta en el rodeo. La movediza mancha vacuna, a pocas cuadras, sacudía una gran nube de polvo que iba desapareciendo hacia el sur.

Marcelo salió al encuentro de Bica. Aspiró el aire fuerte que andaba entre los árboles. En seguida estuvo al lado de la muchacha. Ella le sonrió por entre el ramaje lujurioso de una glicina.

Los gritos de la peonada y el ladrido de los perros en el rodeo hacían más aislado el sitio. La gente trabajando en el remolino confuso de animales, que lanzaban balidos y mugían en son de protesta. La faena había producido como un vacío en la estancia.

"Don Juan", alarmado por las carreras de los peones en los "apartes", castigó el silencio con un rápido relincho.

Bica miró hacia el pesebre. El padrillo, asomado a la ventana del box, miraba hacia el campo con la ansiedad enroscada en las orejas. Volvió a relinchar largamente.

Marcelo bajó los ojos. Bica acababa de descubrir un abundante nidal. Estaba tan oculto entre las ramas que ambos participaban del escondite. Al inclinarse, los brazos juntaron los senos hinchados, mas se separaron al instante, cuando dejó caer cuidadosamente en su delantal desplegado, uno a uno, los huevos del nidal.

—¿Quiere que le ayude? —preguntó Marcelo, insinuante, apenas agachado—. Son muchos... ¡Cuidado!

Bica sonrió.

—No es trabajo para usted... —dijo ruborosa, pero con firme voz.

Rodeados de arbustos, escondidos, lejos de toda mirada, parecían niños ocultos. Estaban unidos por una atracción infantil. Sólo "Don Juan" rompía el silencio con sus vibrantes relinchos. Las glicinas, a pocos pasos, se retorcían lujuriosas en los enmohecidos tramos de hierro.

—Ya está —aseguró Bica irguiéndose y sosteniendo con las manos el delantal, que le pesaba.

Marcelo se puso a su lado. La miró con insistencia. Volvía a sentirse confundido con la anatomía del pescuezo de la muchacha. El arranque violento del cabello, tan semejante al de Adelita, su extraordinario parecido, lo precipitó a una interesada comprobación.

Bica lo miró sonriendo. Una sonrisa fácil, de animalito agradecido. Marcelo se adelantó. La boca de la muchacha, entreabierta, se ofrecía húmeda, sin reparo alguno. La tomó de los hombros. Lo movía un ciego ímpetu. El parecido con Adelita se remarcaba a la luz de la mañana, abundante de trinos y relinchos. Iba a besarla, porque toda la sangre de Bica buscaba su boca, la boca del hombre "capaz de tumbarla", el que debía venir caminando a su lado desde la pubertad, sin atrevérsele. Iba a besarla, cuando la muchacha dejó caer la nidada a sus pies, alzando sus manos hasta los hombros de Marcelo. Los ojos cerrados, la boca vencida, despertaron con violencia. Bica crispó sus dedos en la camisa de Marcelo, y antes de que éste la pudiese retener, desapareció entre el ramaje, como espantada del relincho de "Don Juan". Marcelo bajó los ojos. A sus pies brillaba la docena de huevos, en una plasta amarilla y blanca.

La peonada regresaba del rodeo. Nico y el capataz punteaban en el montón. Los vacunos se dispersaban por la ladera.

A la hora del almuerzo se habló de la escasez de huevos. La señora Micaela, indignada, culpaba al casero que no sabía dar con los nidales.

Marcelo se sintió disminuído al verse mezclado en un secreto entendimiento con la criada. Observó que Bica le sonreía. Una sonrisa imperceptible, la idea de una sonrisa, a él dirigida. En aquel acto había un dejo de pasiva animalidad, de oscuro sometimiento, que significaban la entrega de "la gaucha". Comprendió que la lozanía y el entregustado sabor salvaje le seducían

mientras estaba lejos de su mano. Tal vez en pleno campo, bajo los árboles.

La mirada de Adelita lo volvió a la realidad. Siguiéndola con los ojos, se dijo para sí: "¡Qué rostro melancólico, merecedor de otro destino! ¡Qué mezquino mundo el que la rodea!" Pensó que su dulzura debía tener mejores testigos. Siempre en las discusiones, en la entreverada conversación, el salvador gesto de Adelita, dispuesto a serenarlos. Equilibrio para los nervios alterados por la áspera soledad, la agresiva soledad del campo virgen, poblado de vacunos irritados por el tábano. Adelita seguía sonriéndole, cargada de una dulzura inefable. Desde su llegada —habían transcurrido tres meses— seguía preocupado por su destino. Llegó a pensar que los tres Azara —su hermano, su madre y él— eran los victimarios de aquella delicada mujer. La miraba largamente. No era posible evitarlo. En las horas de soledad y en las turbulentas de las discusiones. Tres Azara, acorralando con agrios desplantes a una dulce mujer, de muy distinta categoría espiritual. Si no se llevaba las manos a los oídos para evitar el vozarrón de Nico, era por su natural delicadeza. Si se mostraba condescendiente y tierna con su suegra, era para mantener la armonía familiar. Ella debía padecerlos y perdonarlos. Las horas de aislamiento, cuando Adelita miraba el paisaje como si anduviese por él, Marcelo tenía que contener su impulso de correrse por atrás en puntas de pie, abrazarla y decirle cuatro palabras tiernas. Ella las esperaba. Su sonrisa lo hacía suponer así.

Pero aquellas dudas no llegaban a perdurar ni siquiera como un pequeño martirio para Marcelo. Los Azara se conformaban muy pronto. Y él, Marcelo, el hombre que había traído a "Don Juan", no quería dejarse dominar por ideas vagas o inexplicables. Tenía el problema de su intervención en el contrabando blanco. Prefería pensar en él.

Salió al campo, sin rumbo fijo. Quería mover a "Don Juan", andar por las cuchillas, solo, como si caminase al azar por las calles.

—¿Qué andarás haciendo por aquí? —preguntó a Bica don Ramiro al percibir una humilde brisa de cedrón.

El ciego arrastraba sus pasos hasta el membrillar.

Iba en busca de frutas para su puchero nocturno. Él lo saboreaba con una gran porción de membrillos. La papa escaseaba. "La rata" no quería que uno solo de aquellos tubérculos rodase hasta las ollas del galpón, y el puchero quedaba sabroso con membrillos pintones. Don Ramiro tanteaba las ramas agobiadas de frutas. Al avanzar, topó con una ráfaga inconfundible. Bica debía de estar escondida por ahí. Y así era, en efecto. Sentada de cara al poniente, miraba la puesta del sol. Había visto venir al ciego, bordeando el alambrado. Creyó que pasarla sin advertirla.

—¡Si no fuese por el aroma del cedrón, lo mismo hubiese dau con vos!... Estabas riyéndote picadito... ¿Miento?

Bica reía nerviosa. Jugaba infantilmente con la noche que a don Ramiro le colgaba de los párpados. El ciego caminaba con sendas luces en las manos. Pero el aire crepuscular le mandaba su presencia, la *voz* olorosa de la muchacha.

—Te pasa algo, ¿eh? Y no querés decírmelo... Hace días que te pasa algo —insistió el ciego, encendiendo el pucho con su marlo de maíz, de recóndita brasa.

Bica le ayudó a elegir los membrillos. El tacto de don Ramiro seleccionaba mejor. Y se cargó los bolsillos hasta decir basta.

Bica lo fué alejando del membrillar. Algunas vacas que pastaban a pocos pasos, levantaban la vista para mirarlos pasar. Otras, asombradas, seguían a la pareja, paso a paso, como queriendo adivinarles el destino.

—Tengo algo pa contarle... don Ramiro. ..Tiene razón... y no me animo... ¿sabe?

—Desembuchá nomás... Pero —se detuvo—, ¿pa dónde me llevás?

—Vamos hasta el rodeo...

—Mirá que hay muchas cuevas e toro... hijita... Si no me agarro bien...

Ella le extendió la mano.

—Me anda buscando un hombre... ¿sabe? Uno que... —dijo Bica, sin atreverse a entrar de lleno en la confidencia.

—¡Ah, ah!... Ya sé, no me digás el nombre, que no lo necesito...

—¿Cómo lo sabe?

—Ricuerdo la noche del fogón y me basta y sobra... No andaba mal rumbiau el atrevido... —observó don Ramiro.

—Si sabe el nombre, mejor... —Hizo un silencio, un silencio acribillado de pesuñas. Caminaban seguidos por una tropa de vacas expectantes, fijas sus miradas en las dos figuras, ya destacadas en la indecisa oscuridad. Los animales husmeaban el paso de los "cristianos", por la tierra anochecida.

—Uno que reciencito llegó... ¿No es ansina?

—Sí, ése...

—Yo te contaría una historia, pero no te serviría de nada —dijo don Ramiro, parándose de golpe—. Un caso muy parecido que aconteció en esta misma estancia de "El Palenque".

Las vacas se dieron vuelta, giraron sobre sus patas en atropellado tropel, como si hubiesen sido amenazadas. Sus patas retumbaron en el suelo y se oyó entrechocar de huesos y de cuernos.

—Me parece que andamos alborotando el vacaje... ¡Vamos a dar vuelta!

Bica se asustó. Alborotar a los animales, andando de a pie por el campo, era una falta grave para el patrón. Pensó en Marcelo:

"Tal vez salga a defenderme", imaginó gozosa de provocar semejante prueba. Y olió una hoja de cedrón sin estrujar, de una ramita que llevaba metida en el pelo. La apretó bien, la desmenuzó con nervioso ademán.

—¿Te pastorea mucho?... —preguntó don Ramiro, y sin dar tiempo a la respuesta, continuó—: Si te gusta mucho, no vas a poder negarte... Así es la vida... La historia que yo quiero contarte es de la finadita Malvina, tu madre...

—De tanto amenazar con contarla, voy a soñar con ese cuento, don Ramiro. Siempre me habla de mama... ¿Por qué no me dice algo de mi tata? Me tengo que conformar... El otro día, cuando murió "La Marinera", casi, casi me le tiro encima a llorar... Yo no lloré a mi mama... don Ramiro... Y no sé quién fué mi tata... Si no le digo estas cosas a usté... no sé, no sé...

Bica miraba hacia la tierra, tan ciega como don Ramiro.

Regresaban. Eran dos sombras seguidas del bravío vacaje que olfateaba el paso de aquellos seres humanos, a pie por el campo abierto. Porque la hacienda era casi cimarrona, un ganado criado lejos, venido de tierras vírgenes. El hombre de a pie, corriente en chacras y colonias, les parecía un ser incompleto, casi monstruoso.

—Tu padre... murió, muchacha... Así me lo dijo la Malvina.

—Pero... ¡ya sé, ya sé!... Lo que quiero saber es cómo se llamaba... —se impacientó Bica—. Tienen nombre los padres de "La Marinera", de "Don Juan"... ¡Y yo soy orejana, bien orejana!...

—Ya se me olvidó su nombre. Era tropero, creo... Vivía en el pueblo y andaba por el campo algunas veces... Hombre bueno y formal...

Bica observaba la estancia. Ya se habían encendido algunas luces. "La rata" estaría esperándola. Don Nico, ¿habría visto el alboroto del ganado?

Los perros salieron a ladrarla, pero venían hacia ellos con las colas en movimiento amistoso.

—¿Qué hago, entonces... don Ramiro? —preguntó Bica.

—Si te gusta... —se encogió de hombros— no vas a poderlo parar... Pero andá con cuidau. Esos hombres del pueblo vuelven al poblau. Preparate pa quedarte sola...

Al oír la advertencia, la estancia se le presentó otra vez deshabitada, en soledad, como en los días de su infancia. Estancia con hombres y animales y perros y árboles. Sólo la fragante amistad de algunas plantas aromáticas, y siempre la mano de don Ramiro, seca y recia, pero con un temblor amistoso cuando la buscaba.

Al enfrentar el camino de las acacias, pudo ver a "Don Juan" esperando la ración, y a Marcelo encendiendo la pipa, con el pie suspendido en un hilo del alambrado.

Le estorbaban las polleras para correr, acicateada por el miedo, perseguida por sus pensamientos de mujer.

Nico, jineteando a "Don Juan", salió en seguida del desayuno. Churrasco y mate y la compañía matinal de la radio a media voz, para no despertar a los demás. El noticioso abundó en datos concretos sobre el "affaire" de la introducción de extranjeros considerados indeseables por el país. Algunos nombres y alusiones veladas de ciertos apellidos de figuración. Entre ellos, no era difícil vislumbrar la inclusión de su hermano. La noticia que aguardaba ya era más cierta, casi segura. Marcelo demoraba su permanencia en "El Palenque" para evitar encuentros en Montevideo y, en última instancia, para preparar un oportuno destierro.

Nico resolvió interpelar a su hermano. Al tranco nervioso del padrillo, descendió la hondonada. Iba preparando el plan. Quería enfrentarse en algún paraje solitario, a fin de evitar el disgusto a su madre y, sobre todo, no hacer partícipe a Adelita de su determinación. Marcelo acostumbraba, desde hacía unos días, dar un largo paseo a caballo. Esa mañana lo esperaría a campo abierto, que era como él se sentía mejor, a sus anchas. Más de un negocio lo cerró en pleno rodeo, a la manera antigua. Y aquello se asemejaba a un negocio capital.

Pensó en su padre. Sobre el lomo de su caballo, proyectaba y ponía término a cualquier empresa. Le había visto hacer efectivo el pago de una tropa numerosa, de pingo a pingo. Salir del rodeo, correr el cinto y pagar la cuenta.

Él heredaba sus grandes rasgos. A campo abierto, sin protección, sin testigos, compenetrado del vigor animal de la bestia que montaba. Sentía entre las piernas la vitalidad del equino.

Hizo galopar a "Don Juan". El impulso del padrillo vigorizó su cuerpo. Pudo haber sido un buen militar, al frente de un escuadrón. Cuando divisó a Marcelo, que se alejaba de "las casas", torció las riendas y le salió resueltamente al cruce.

Marcelo lo vió acercarse. No por eso detuvo la marcha. Su hermano se encaminaría al Puesto 9. Pero, de pronto, le vino a la mente la posibilidad de que Nico aprovecharía la circunstancia de hallarlo solo, en medio del campo, para hablarle de Bica... o del contrabando de judíos. Tal pensamiento le produjo cierto recelo. Conocía los hábitos familiares. Hablar en la intemperie, de hombre a hombre, como solía hacerlo su padre. Volvía en su hermano Nicolás la olvidada presencia. "El viejo" los retaba en descampado y no fué una sola vez que los zurró en las orillas del "Viboritas", con una vara de sarandí arrancada allí mismo.

La costumbre familiar volvía a repetirse. Para probarlo, estaba el hermano mayor, heredero de la característica. A Marcelo no le disgustaba ese duelo fraterno, tan peculiar de los Azara. No bien se le acercó Nico, le adelantó las tres palabras de otros tiempos:

—¿Qué te pasa?

Así empezaron memorables reyertas. En la adolescencia, se desafiaron en los galpones:

—Salí pal bajo...

Evitaban la intromisión de los peones, testigos inoportunos.

—Salí pal bajo...

Y, sin que nadie se percatara —algunas ocasiones en sus petisos—, se alejaban de las casas e iban a medirse a sus anchas, como buenos criollos, a correr carreras, cuyos desafíos tenían las características de duelos sin perdón.

—¿Qué te pasa? ¿Qué querés? —preguntó Marcelo al verlo adelantarse.

—¡Lo que me pasa es que tenés que preparar tus petates e irte cuanto antes de la estancia! —gritó Nico—. ¡Esto no es un refugio para sinvergüenzas como vos!

—Más despacio, ¡eh!..., más despacio —advirtióle Marcelo—. ¿De qué se trata?

—Se trata de ese proceso que te van a seguir por complicarte en el contrabando de rusos... Ya estoy enterado, y no quiero hacerme cómplice tuyo...

—Estás hablando demasiado... Nico. Y no te voy a permitir que sigás por ese camino... ¡Yo nada tengo que ver en ese asunto!

—Tengo datos concretos. Estás complicado, no quiero que te quedés más aquí...

—¡Cómo se ve que querés hacerme sentir tu mando, desgraciado! ¡Si estoy en la estancia es por la vieja, entendélo de una vez!

—¡Que por mamá!... ¡Inventaste lo del padrillo para venirte!... Recién me doy cuenta... Es increíble que seas tan hipócrita.

—Bajá el tono, Nico... Mirá que ya no somos gurises... —amenazó Marcelo, alzando las riendas de su caballo. El pingo tuvo la misma actitud de prevención que su jinete.

—¡Por eso mismo!... ¡Quería encontrarte solo para decírtelo! ¡Aquí estás de más!

—Todavía queda la parte de mi madre... Esto no es sólo tuyo. Mandarás en las tierras de tu mujer... ¡Pero en las de mi madre, no! ¡También son mías!

Al decir "mi madre", encubría la intención de separarlos, como si dejase entrever que haría valer su condición de heredero de una parte de aquellos campos vecinos.

—Yo les arriendo a ustedes y les pago puntualmente. Y aquí mando yo... —protestó Nico.

—¡Mandás vos porque te casaste con Adelita! ¡Si no serías un desgraciado cualquiera!

Había dado en el blanco de la debilidad de su hermano.

—¡Esto lo he formado yo, mientras vos tirabas tu parte con tus amigotes políticos! ¡Si hubieras sabido conservarla no tendrías necesidad de coimear y ensuciar nuestro apellido!

—Peores cosas se han dicho de vos... Esclavizando a tu mujer en una vida inferior, sin darle el lugar que se merece. ¡Eso sí que es una porquería!

Nico hizo un esfuerzo para contenerse. En otros tiempos, a rebencazos habrían peleado hasta que uno de los dos quedara tendido en el pasto.

—Bueno... no quiero darte más explicaciones... Tenés que irte... Decíle cualquier cosa a mamá y andáte... No quiero verte más en "El Palenque".

Torció las riendas.

—¡Ya me las pagarás, desgraciado! —gritó Marcelo—. ¡Ya vas a estar más arruinado que yo, miserable!

Nico se alejaba.

—¡Buena porquería! ¡Con razón se habla de vos como del último gaucho sucio! ¡Cualquiera de esos chacareros que llamás judíos, vale más para el país que los de tu laya!

Nico sofrenó a "Don Juan". Volvió la cabeza.

—¡Ahí te quería agarrar! ¡Defendés a esa gentuza porque te han pagado bien! ¡Me da asco pensar que un Azara se venda a esos rusos muertos de hambre! —y tocó a "Don Juan" para alejarse.

—¡Así son ustedes... los patriotas! —le gritó Marcelo—. ¡Hasta tu mujer está avergonzada de lo que hacés... retrógrado de porquería!

—¡Como te dé la gana!... —le respondió Nico—. Pero ya sabés: preparáte para irte... ¡No te lo voy a decir dos veces!

Metió los talones en los ijares del padrillo y galopó, azotado por los insultos de Marcelo.

—¡Canalla de m...! —gritó Marcelo conteniendo a su caballo, que escarceaba brioso por seguir a "Don Juan"—. ¡Algún día me las vas a pagar!...

Bordeó una cercana "divisa", al tranco.

A lo lejos, regresaba su hermano, al galope tendido, apartando la majada, que se abría en dos bandos.

—¿Qué pasa entre ustedes? —preguntóle a Nico la madre. Y, como Nicolás demorase en contestarle, trató de disminuir la importancia del requerimiento, agregando—: Porque veo que no se hablan...

—Le he pedido que se aleje de la estancia... Cosas nuestras —cortó Nico, sentándose a ordenar su correspondencia.

Aquel rincón de la estancia era el recoleto, el más respetado, el cuarto de los muros solemnes. Fotografías de reproductores premiados, el cuadro con medallas; diplomas desvaídos y el retrato venerado del fundador de la estancia, el padre de Adelita, junto al de don José Eulogio Azara. Ambos presidían las horas estrictamente comerciales de la estancia. Desde sus marcos, vigilaban el pasado, recogido en machucados biblioratos y en documentos donde estaba escrita la historia de la familia. Frente a frente, los dos patriarcas, graves, de vaporosas barbas, en la penumbra del escritorio. La caja fuerte, la biblioteca de jacarandá, la alfombra raída. Cuando los Azara se reunían en el rincón, las voces se engolaban, los modales se tornaban misteriosos. A veces, transcurrían semanas enteras sin que la luz solar bañase los muros de la habitación. Allí se habían gestado negocios, finiquitado sociedades y los más abultados cheques fueron firmados en el silencio del escritorio. Por eso, cuando la conversación amenazaba tomar el giro corriente, oíase el tintinear del llavín. Un cerrojazo y a conversar afuera. Aquellas ilustres paredes no podían ser testigos de temas vulgares, de charlas sin importancia. Y otra vez los documentos volvían a caer en el silencio, los libros en riguroso orden y los retratos, como en un sepulcro.

La pregunta de la señora Micaela formulada allí, adquiría singular categoría. Hacía meses que ella no pisaba la alfombra histórica, que no se acercaba al escritorio ni a la caja fuerte. Sus palabras en aquel reducto de confidencias y cabildeos, sonaban a arduo problema.

—Le he pedido que se aleje de la estancia... Nada más.

Una resolución de tan grave naturaleza merecía ser aclarada en un ambiente propicio a las confesiones. La madre deseaba saber las causas. Una muy vaga sospe-

cha la castigó con insomnios y cefalalgias terribles. En el "santuario" de "El Palenque" no iban, seguramente, a levantar la voz. Ella sabía que las discusiones se ventilaban a campo abierto. Si Marcelo, por casualidad, llegase a verlos deliberar, se guardaría muy bien de traspasar el umbral.

Cerraron la puerta.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar la madre.

El corto silencio de Nico le hizo aflojar las piernas. ¡Si fuese lo que ella sospechaba!... Si Marcelo había llegado a sembrar la duda en el corazón de su hermano, la madre iba a exigirle que abandonase la estancia esa misma noche. Ella sabía que el campo enceguece los sentidos, que la agresiva soledad transforma los espíritus, que las leguas de tierra bajo el sol se meten en las almas de la gente y galvanizan los seres, los colocan al borde de la animalidad.

Nico tardó en responder y su madre tuvo tiempo para arrepentirse de intervenir. Adelita no podía verse mezclada en ese duelo de dos hermanos desavenidos. ¿Y si fuese ella la culpable? Le dió miedo enfrentar el retrato de los dos limpios varones, con tales pensamientos en la mente.

—No sé si usted se ha dado cuenta, mamá —dijo Nico con la gravedad que le transmitían las sombras de la habitación.

La señora Micaela se dejó caer en una silla. Iba a escuchar las desdichas de un hijo.

—Se habrá dado cuenta —prosiguió Nico— de que Marcelo, para vergüenza nuestra...

—No hablés así... —se interpuso la madre—; decime lo que sospechás, pero no lo juzgués todavía...

—No, no voy a ser yo quien lo va a juzgar... Son los jueces, ¡la justicia!

El rostro de la madre cambió de golpe. ¿No era lo que ella pensaba, entonces? ¿No era por Adelita, por terribles celos, que ambos hermanos dejaban de mirarse, de conversar?

—Sí, lo van a meter entre rejas. ¿No leyó en los diarios la marcha de las investigaciones? El contrabando de judíos. ¡Él es uno de los principales, el cabecilla! Ya ve quién es el que nos está infectando el suelo patrio. ¡Lo tenemos en la propia casa!

La señora se puso de pie, como tocada por un resorte. Había sentido un alivio inmenso. Podía mirar a sus hijos cara a cara. No se disputaban una misma mu-

jer. El resentimiento era por algo exterior, algo que pasaba fuera de los muros de la estancia. Asunto del campo, de la tierra, del ganado y de las mieses, de una lucha entre quienes tienen dos sistemas por delante para elegir. De inmediato, el sitio le pareció impropio para aclarar su problema. Abrió la puerta para dejar que entrase la luz del corredor, o para que saliese del seguro recinto el palabrerío inútil, la ira de Nico. Ella no creía en los diarios, en la política, en los procesos y los juicios. Entre gente de fortuna, todo se arregla. Temía a los problemas económicos, a las hipotecas y a las deudas, a los vencimientos o los pagos imprescindibles. Temas de escritorio. El más temible, por fortuna, se borraba con las palabras de Nico.

Se alejó indiferente, sin discutir el asunto del contrabando de judíos, en el que Marcelo se veía envuelto o complicado. El otro, el que ella temía, sobrepasaba esos límites. El de una traición entre los graves muros de "El Palenque". Las publicaciones en los diarios, la vecindad de un escandaloso proceso que no iría más allá de la intervención de abogados notables, le parecieron juegos de niños, necedades, comparados con las sospechas que la mantuvieron desvelada.

Nico se quedó mirando la puerta entreabierta. Oyó los leves pasos de su madre que se apagaban en la amplitud de los corredores.

Micaela resolvió hablar a Marcelo. Y aprovechó la ocasión cuando lo vió solo, apoyado en la tranquera, contemplando el crepúsculo. Se le puso al lado.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

Marcelo se detuvo a mirarla un momento. Buscaba en el rostro de su madre el objeto de la pregunta. Y respondió, enigmático:

—Pienso que el hombre propone y Dios dispone...

Volvió a escudriñar el horizonte enrojecido.

—Ya sé lo que querés decir —habló persuasiva—. ¿Has tenido un disgusto? ¿Por qué... apenas se miran? ¿Eh?... ¡No está bien... dos hermanos!...

—Me doy cuenta de que también usted, mamá, busca ventilar los asuntos de familia a campo abierto... ¡Está bueno!... Quería hablarme a solas... ¿eh? Recién me doy cuenta...

Volvieron a permanecer callados unos instantes. El sol era una bola de fuego detenida en el ígneo hori-

zonte. El rostro de Marcelo aparecía encendido, con los ojos iluminados. La madre investigaba en él, sin apartar la mirada.

—Me gustaría saber qué pasa entre ustedes... Nico tiene sus razones... Dice que vos...

Marcelo la detuvo:

—No siga, mamá... No quiero saber qué piensa Nico de mí... Me iré mañana. Y quedará tranquilo. Me había propuesto no chocar con él, pero ya ve...

—No le gusta que te metás en sus trabajos, en su manera de pensar... ¡Nada más!... —explicó la madre, sin ocultos reproches.

—¿Por qué dice eso?...

—Pues... porque desde tu llegada no has hecho más que criticar su modo de gobernar la estancia... Sobre todo... que lo comentés con Adelita. Ya sabés que ella es muy impresionable...

La madre quería explorar en la cara de su hijo el efecto que le producía la alusión a Adelita.

—¡Adelita vale mil veces más que él!...

—No te digo que no... Pero es su mujer... Debías evitar tantas críticas relacionadas con su trabajo... —le replicó la madre acercándose al punto neurálgico de la entrevista.

—Es que con ella se puede conversar, hablar de cualquier cosa... Es una mujer superior.

Las últimas palabras salieron de los labios de Marcelo con una vibración que a su madre no le era desconocida.

—Siempre has pensado así de Adelita... —le contestó Micaela—. No has cesado de alabarla... Y... ¡quién sabe si a Nico le gusta!... Porque aprovechás de paso para herirlo, tocar su amor propio.

Marcelo miró resueltamente a su madre. La interrogaba, quería saber si era cierto lo que él pensaba en ese momento.

—Adelita, además, se entretiene mucho contigo... Te da la razón...

Marcelo comprendió hasta qué punto habían llegado sus sospechas.

—¿Usted cree que Adelita... —Marcelo se interrumpió— que Nico... se ha molestado por eso?...

—No te digo tanto. Pero debés comprender... Entre ustedes dos hay una gran diferencia de gustos, de maneras... Nico es un muchacho que no ha podido ser

más... Vos, viviendo entre otra gente, has ido más lejos...

El sol se puso. Por la avenida de las acacias volvieron en silencio. Él, trastornado con las sospechas. La madre, temiendo que Marcelo prolongase su estada.

—Me iré pasado mañana —le dijo al enfrentar las madreselvas.

—Quizá sea mejor, Marcelo —convino ella alejándose, con cierto temor de lo que había dicho.

Cuando se separaron, entre el follaje vencido de las enredaderas, Marcelo descubrió la silueta de Bica. Rondaba sus pasos, lo buscaba, quería hablarle. Cada vez que se veían en su cuartucho de madera y cinc, ambos enmudecían, y ella no se atrevía a iniciar una conversación. Al empezar una frase, sentíase interrumpida por el canto de un grillo o quebrada su palabra inicial por una brusca resolución de Marcelo. Además, él le imponía respeto, respeto y miedo. No era tan sólo su presencia pueblera, agrandada a la luz del día, la que le impresionaba. Era algo más, era su vértigo amatorio, aquella muda pasión animal que desataba Marcelo por las noches. Cuando una palabra amanecía en su boca, se le estrangulaba la garganta. Y entonces, reía, reía... A Marcelo la mudez de Bica le daba un sabor auténticamente campesino. Decidida a contarle todo, a revelarle su estado, ella sólo tenía fuerzas para abrir los labios, cerrar los brazos y ceñirlo contra su cuerpo.

Al topar con él, en el confuso rincón del jardín, no quiso perder la oportunidad de hablarle fuera del alcance de sus besos, en la calma vesperal. Se le acercó y, por entre los sarmientos de una vieja parra, tuvo fuerzas para romper el silencio.

—¿Qué anda haciendo?... ¿Pasiando?

La torpeza de las preguntas, aquella intromisión extemporánea, casi insalvable, le molestaron a Marcelo. La muchacha sonreía, separando con sus uñas la seca corteza de un tronco. Como Marcelo no le contestara, limitándose a mirarla con pesado reproche, Bica continuó:

—Pasiando, ¿eh?... Yo quería decirle una cosa, ¿sabe?

—¿Qué querés? Apuráte, porque no está bien que te vean aquí, conmigo...

La premura, el llamado a la realidad, desarmó a "la gaucha". Bajó la vista:

—Güeno... si tiene tanto miedo... no se lo digo... ¡usted siempre apurau!... —se atrevió a reprocharle.

Él miraba hacia la galería, desentendido del encuentro.

—Decí lo que querés y andáte... o yo me voy primero... no vamos a salir juntos de este rincón —protestó Marcelo.

—Lo que tengo que decirle es medio largo de contar... es una cosa muy seria... ¿sabe?

—Por eso mismo, dejáte de vueltas y... hablá... hablá de una vez...

Adelita apareció en la galería, iluminada por un farol de tormenta, de luz blanca y fuerte. Lo colgaba en la pared, para dar luz a los senderos del jardín y a la avenida de las acacias. Bica se escondió.

—Yo quería contarle... que...

Iba a decidirse a enterarlo de su estado, cuando Marcelo —que observaba los pasos de Adelita en el alero— no pudo contener su malestar:

—¡Oh, dejáte de embromar! Si no sabés hablar, no es mía la culpa...

Y se alejó por un camino que olía a santonina y a malvones triturados. Se encaminaba al encuentro de su cuñada. "La gaucha", recostada a los troncos retorcidos de la vieja parra, acarició las ásperas cortezas, para clavarles las uñas con ira. Padecía su falta de valor para comunicarle su estado. Cada encuentro con Marcelo era una muda comunicación animal. Una vez más, las palabras deshacíanse en ademanes o se trocaban en caricias. Al empezar el relato, invariablemente se interponían sus manos, levantándose para acariciarle. Tenía más coraje para una caricia que para una palabra. Él, por su parte, apagaba el despertar de su voz con la vehemencia de un beso... Y así las frases eran tristemente breves, nada más que las imprescindibles:

—"Esperáme luego"... "Andáte, andáte"... "No venga tarde, ¿eh?" "Cuidado que pueden verlo"... El tuteo del patrón. El trato respetuoso de ella... Y nada más.

Una historia de amor con el mínimo de palabras. No fué necesario explicar las sensaciones.

Bica lo siguió por entre el follaje. Al día siguiente volvió a buscar la ocasión de hablarle, de decirle en cuatro rápidas palabras que tenía un hijo suyo en las entrañas. Pero Marcelo evitaba todo encuentro. Apenas si la miraba. Bica, cada día menos dueña de su voz, vivía para adentro, como los surcos.

Marcelo dispuso su partida. Una orden breve en los galpones y los peones se pasaron la palabra. Don Marcelo regresaba a la ciudad. Adelita se dió por enterada al tropezar con las valijas en el corredor. Bica iba de un lado a otro, más diligente que de costumbre, juntando la ropa blanca del huésped, que su imprevista partida sorprendía en el secadero, oreándose al buen sol de la estancia. Ropa de pueblero, fina, con lujosos monogramas que ella acarició con la punta de los dedos, recibiendo con una sonrisa la mansa suavidad de la seda. Le ayudó a reunir prendas dispersas, a preparar las maletas.

—¡Deje nomás! Vaya a arreglar sus papeles. Yo le acomodo la ropa —dijo Bica, apilando las camisas, haciendo con las medias prolijos ovillos.

Marcelo la miró sorprendido. Ella seguía contando las camisas, los pañuelos. Desde su llegada a la estancia, no había escuchado de sus labios tantas palabras juntas, dichas en tono familiar. Bica, dilatando el tiempo, parsimoniosa, amenazaba decirle algo. Él temía una declaración que sospechaba. En los últimos días, dos o tres veces cerró el camino, puso oídos sordos. Una revelación de tal naturaleza trastornaría todos sus planes. Observó que Bica luchaba por dar cabida en las maletas a esa ropa agrandada en los viajes, siempre mayor que la capacidad de las valijas. "Breeches" con manchas de sudor del caballo, camperas arrugadas. Quiso ayudarla y ella se negó: "¡Déje nomás!... Vaya al comedor, que llamaron para la cena".

Marcelo salió, confiándole los últimos detalles de sus maletas. Y cuando volvió, después de la comida, al cruzar el umbral, aspiró una violenta fragancia campesina que le recordó la primera noche de la estancia. Pensó en Bica, escapando en las sombras con aquel perfume agreste que la particularizaba. Era su olor que flotaba en el aire, protegido por la noche. Al acercarse a las valijas, de entre sus pañuelos asomaba un manojo de hierbas olorosas. Lo tomó con cuidado, lo miró largamente y dejó caer la mano como vencida por un gran peso. De entre sus dedos, se deslizó el ramillete sobre la pila de pañuelos. Luego se llevó las manos hasta las narices y recogió el aroma que impregnaba sus dedos, con un suspiro inevitable. Movió

la cabeza de un lado a otro y se asomó a la ventana, arrepentido y culpable.

Era su última noche en "El Palenque". Miró hacia el campo, hacia la noche impenetrable. A lo lejos, la ventana de Bica, iluminada. Era la señal convenida. Semáforo para su pesado exilio. Encendió la orgullosa pipa y esperó que se acostase su hermano, para ir al comedor y oír radio. Necesitaba un poco de música antes de resolverse a atravesar el espacio de noche que había entre él y "la gaucha".

Hizo girar el dial. Del parlante salieron voces extrañas a su fracaso, a su desdicha. Detuvo el movimiento de la mano al alcanzar unas notas gratas a su oído. Las de un piano que invadieron la estancia como un agua milagrosa. Una sonata de Bach que lo levantó en vilo, separándolo del barro opaco en que se sentía hundido.

Oyó la sonata, siguió su curso hasta olvidarlo todo. Hasta que el ladrido de un perro lo volvió a la realidad. La noche se hizo angustiosa, con lechuzas agoreras. Y en un intervalo de la transmisión el silencio campesino marchando a grandes zancadas.

Volvió la sonata. Venía de muy lejos, del otro hemisferio. El dial marcaba una estación de Londres.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Llegaban desde el Viejo Mundo las notas de un piano. Guillermo Hoffmann velaba en la Colonia mientras dormía el exhausto vecindario. Las semillas vencían a la noche. Fermentaban los granos en la oscuridad de los depósitos.

El extranjero velaba. Su rostro, ya curtido por el sol y el viento de América, aparecía duro y reconcentrado. La luz amarillenta del dial y el ojo mágico, con su gota de esmeralda, se reflejaban en sus pupilas grises.

Venía desde Londres una sonata de Bach. Su prodigioso caudal entraba en el rancho, o en las casas de ladrillo rústico, con igual fidelidad que en las mil residencias de los cuatro horizontes, de los dos hemisferios.

La noche separaba, de la parva humana y heterogénea de la Colonia, a aquel ser de pupilas en vigilia, como se separan los granos de tipo excepcional del opulento montón.

Guillermo Hoffmann escuchaba una estación de Londres en el aparato de onda corta. Su armónica le pesaba en el bolsillo. Aquella música lo elevaba por encima de los surcos, por arriba de los alambrados, límites grises de las propiedades. Se desenroscaban las volutas del humo de su pipa. Y la soledad, en él, era tan sólo una palabra con menos sentido que un grito para acicatear las bestias.

Su cama de hierro se confundía con los tramos de alambre, las ruedas brillantes, las poleas y engranajes de una futura máquina desgranadora para el girasol, tan rudimentaria y confusa como un feto en la entraña materna.

Hospedábase en casa de un colono piamontés, entusiasta del invento. Su vago protector —que se llamaba Toribio Rossi— había luchado en la guerra de 1914. Herido en el hombro, en una acción contra los austríacos,

operado en forma deficiente. Le quedaron los brazos separados del cuerpo, como alones. Por tal característica, se ganó el apodo de "El desplumau" que le colgaron los paisanos del pago. Hombre simpático, bonachón y muy matero. El "amargo" lo acriolló en poco tiempo. Alto y fornido, ágil, a pesar de su traumatismo, poseía esa estampa desenvuelta y sencillota que hace simpático al hombre. Lo sabían comedido, amigo de "gauchadas" sin hacerlas sentir. Su natural bonhomía hizo que se casara, luego de seis años de *juntado*, con Clara, hija de unos gallegos, serenos en un molino de las inmediaciones. Tenían un hijo de cuatro años. Le llamaban Bambino.

Si había una criatura limpia en aquellas chacras, era la de los Rossi. Demasiado limpia, ya que, según algunos chacareros, la excesiva higiene conspiraba contra la salud. Habría que revolcarlo más en la tierra para que asimilase mejor su rudo destino. La gente, al pasar por el rancho de Toribio, podía ver la ropa blanca que empavesaba el "barquichuelo" de paja y barro, anclado en la marejada de los surcos. Las mudas del crío, las camisas de Rossi, las sábanas desplegadas al viento, alegraban la pobre vivienda.

La ingenuidad de "El desplumau" le venía bien a sus maneras de hombre desprevenido. Lo habían hecho ciudadano uruguayo para comprometer su voto. Desde la posesión de su carta de ciudadanía, sintióse más padre de su hijo. Fué la mujer de un politicastro figurón quien convenció a Clara de que debían casarse y santiguar al niño, para pisar con más seguridad la tierra que habitaban.

Admitieron todas las maquinaciones, dejándose convencer hasta la emoción inesperada de agregar a sus papeles una "balota" para ejercer el voto y una libreta para anotar los hijos.

Toribio Rossi entreveía el porvenir con velado entusiasmo. Preparaba la tierra, sembraba y cosechaba con naturalidad, sin excesivo cálculo. Como no sabía hacer otra cosa desde niño, no pensaba en vivir otra vida. Por eso, las idas y venidas del austríaco, su actividad, sus gustos diversos, el aparato que perfeccionaba y aquellas manías de las largas caminatas por el campo, lo tenían desconcertado. ¿Cómo se puede vivir así? —se preguntaba Toribio—. Hay que dar tiempo a que maduren las semillas, a que llegue la siega o vengan

a levantar la cosecha. ¡Nada más! Ése era el ritmo del tiempo.

Cuando lo veía trabajar en su invento, se rascaba la cabeza para avivar su inteligencia. Pero no entendía el aparato.

Un día irrumpió en el cuarto de Hoffmann con cara trágica.

—¿Sabe lo que sucede? —le preguntó demudado—. Y, sin dar tiempo al pocero para la respuesta, le contó lo que acababa de pasar en las nuevas chacras de "Santa Rita".

—Una trilladora se rompió al empezar el trabajo. ¡Le habían metido piedras para hacer saltar los engranajes! ¿Por qué será? —preguntó "El desplumau" con los brazos más separados del cuerpo que nunca.

—¿Le metieron piedras?... —interrogó Hoffmann levantando la vista de unos planos rudimentarios que estudiaba.

—Sí, ya es la tercera vez... Pero en ésta el daño fué muy grande. Andan buscando al del atentado.

Hoffmann miró sus papeles con melancólico movimiento de cabeza.

—Ya comprendo —dijo en voz baja—. Los de "Santa Rita" despidieron a más de ochenta peones, porque esa trilladora les ahorraba brazos... Algunos, en desquite...

Se hizo un silencio hasta que ambos se miraron y sonrieron.

—¿Qué me dice, Rossi?... —habló Hoffmann—. ¿Con esa despojadora, entonces, vamos a dejar sin trabajo a todos esos gringuitos que no esperan otra cosa que la cosecha del girasol para golpear con sus garrotes de la mañana a la noche?...

—Y... llegará un momento en que no darán abasto los brazos para despojar tanta semilla... ¿No es así?... Llegará, tiene que llegar.

—Para ese momento, ya estará lista la máquina —aseguró Guillermo, y le dió un rudo golpe en la espalda que le hizo juntar los brazos al cuerpo y salir de la pieza.

"El desplumau" se puso a tomar mate. El "bambino" se le metía entre las piernas, buscando utilizar sus muslos como paralelas para el ejercicio.

La propaganda del partido gubernista llegó hasta la Colonia. Vino remontando el río lejano como los ima-

ginarios barcos del coloniaje. Traían el proyecto de fincar un puerto en un recodo del río, para facilitar la salida del cereal de la región. Los colonos rodearon a los políticos. Se hablaba de vísperas de grandes acontecimientos. Los votos podían determinar el progreso. Ni un solo agricultor debía negar el apoyo a tan magna obra.

En la pulpería, un anteproyecto, prolijamente dibujado en atrayentes colores, era motivo de admiración y charla. Algunos —los más viejos— lo miraban con escepticismo.

Se necesitaba extender el área de tierras laborables, acercarla al río. Nuevas familias llegaban del sur. Se metían en casas de parientes. A reproducir o a fermentar, como los granos en los silos. Allí soñaban con un pueblo para ellos, un pueblo con salida a ese río que pasaba lejano, turbulento y solo. Muy pocos lo habían visitado. Para ello era menester atravesar la invernada de los Azara, campo privado, propiedad ajena...

La Colonia carecía de nombre. Iba a cargar con el del Presidente de la República. La piedra fundamental, bendecida por la más alta autoridad eclesiástica del país, tomaba formas en la imaginación de los políticos. El puerto, para el grano; el puerto, para los barcos; el puerto, como ese tajo calador que los expertos dan en las bolsas de cereales. Sólo podrían oponerse las compañías de ferrocarriles. ¿Permitiría el gobierno, tan dócil al capital extranjero, esa traidora "sangría"? "En Diputados —era frase corriente— se gestiona la concesión para una flota fluvial a la misma compañía que explota los ferrocarriles." ¿Bajarían los fletes por agua? Algunos aseguraban que no.

—Nos hace falta ese puerto... —explicó un italiano que llevaba muchos años en la Colonia—. Aguas abajo, los barcos cargados de trigo estarían en poco tiempo en los muelles del molino.

—Ése es el plan —aprovechó para explayarse un enviado del gobierno, que venía a "pulsar" a los chacareros—. Hay que abrirse paso hasta el río, cueste lo que cueste.

—¿Quién atraviesa esos campos de los Azara? ¿Quién puede comprárselos? —preguntó el italiano—. ¡Si se expropiaran!...

—Cuando tengamos el puerto, no se aflija, se hará un camino —aseguró el hombrecito de la ciudad.

—Mejor sería obligarles a fraccionar, a vender en chacras... Hace falta tierra... Usted lo está viendo... Cada día llega más gente de "abajo"...

"Abajo" era el sur, y el sur tenía la puerta grande de la capital. Y altos empleados cobrando "la entrada"... Ignorantes de que acrecentaban el bien del país, sólo sabían de un pingüe negocio, de un "tráfico blanco"...

Los oradores políticos proyectaron el futuro en esa pantalla gris que el hombre del campo levanta ante sus ojos para dejarse engañar por la ciudad.

Pero en la Colonia los sabatistas, que formaban una importante mayoría, guardaron inconmoviblemente sus ritos en aquel sábado alcoholizado. Ese "leader" pasó por el caserío, vertiginoso de promesas. Ellos no pudieron oírle. Encerrados en sus casas, con sus libracos, lloraban sobre las páginas su milenario dolor. Y vagamente, los lunes, mientras despojaban el grano de girasol —cultivaban con predilección ese cereal—, en la rueda castigadora de los galpones supieron que tendrían "piedra fundamental" en el imaginario desembarcadero. Un pulido bloque de granito con fechas y datos, encajado en las rocas ásperas. El río seguiría pasando desconocido para muchos, con sus horas innumerables y sus años cargados de cosechas.

Despojaban la semilla del girasol. Las flores como diminutos soles negros, con un mango marchito. Los granos saltaban en el aire, con brincos de grandes pulgas. Y poco a poco, castigo tras castigo, la flor íbase convirtiendo en un redondo panal que maquinalmente arrojaban a un lado.

Caras secas, rostros curtidos, manos ásperas. Ojos vivos, despiertos, cerrando un círculo silencioso. Y, entre la semilla, las piernas huesudas con sus tibias afiladas y los escudos ennegrecidos de las rótulas.

Era el sistema primitivo, sencillo. No había otro. En la Colonia se hablaba de un tal Hoffmann, un huraño austríaco, hábil mecánico que se ingeniaba para poner en funciones un aparato destinado a ahorrar ese esfuerzo y economizar brazos. El "leader", en un aparte, habíale dado un golpecito en la espalda. Ese golpecito de mano abierta de los políticos que anima ilusiones y precipita sueños. ¡La criolla invención de una despojadora mecánica! Alto ideal que corrió hasta el desembarcadero en la mente imaginativa del austríaco, cuando el orador puso sobre las aguas del cambiante

río barcos de panzuda bodega. Su discurso fué la descripción de un portentoso cuadro.

En la rueda del galpón —cincuenta hombres esgrimiendo otros tantos palotes contra las flores apagadas del girasol—, el invento, afantasmado, se erguía entre las primeras lámparas a kerosene.

Breves diálogos en las más diversas lenguas cuando cesó el machacar rítmico. Afuera, un cielo alto y limpio, para criollos y extranjeros, para las mieses y los hombres.

Por el camino, se oía un apagado rumor de jinetes.

—Son los esquiladores que pasan —dijo uno de cascada voz extranjera.

—Van pa lo de Azara —comentó alerto un muchacho criollo, y se quedó pensativo.

Él estaba entre rusos, polacos, lituanos, despojando girasol. Sus compañeros volvían de la esquila, con algunas "latas" en el cinto.

Y vino la noche de la Colonia, noche de vegetales fermentados —olor a tierra, a raíces y estiércol—, atravesada por los jinetes que huelen a sarnífugos, a lanolina.

El paisanito avanzó hasta la divisa. Alambrado de siete hilos, duro como las madrugadas de julio. Escuchó el tropel de los cascos. Una voz conocida entre el sonar de las coscojas, el tintineo de los estribos y el opaco latigazo al lerdo mancarrón. Los caballos bufaban en la noche, tascando el freno, insegura la pisada. Las lucecitas de los cigarrillos rayando la oscuridad. Se perdió su lento fragor en la espesura de la noche. Pero el paisano aún tenía sus ruidos familiares en el oído, el eco de las faenas criollas... Habían pasado de largo, veinte, treinta gauchos de su tipo. Un silbido se abrió en el fondo, donde se hundía el rumor. El paisanito lo sintió como un filo cortante y no pudo soportarlo por más tiempo. Escupió por el colmillo, blasfemó por lo bajo y volvió al galpón, donde se amontonaban girasoles y hombres vivos.

El camino recto separa los sembrados, ordena el caserío y se estira sobre el campo raso hasta poner un punto indeciso en el horizonte. Allí donde disminuye el trazo de las huellas, en la alta noche de octubre, Olga, "la alemanita", ha creído ver el cárdeno resplandor de la ciudad. Si hubiese comunicado tal ocu-

rrencia a sus vecinas, las rusitas, seguramente recogería una estruendosa burla. Por eso, como un secreto, guarda en su retina la visión nocturna de una ciudad soñada.

En veinte leguas a la redonda, nadie padece tanto el camino. Hormiguea en su sueño, se alarga más aún en sumisos atardeceres. Ha terminado por ser una presencia constante, la única tierra que conquistaría si fuese libre.

Acodada al portón, se queda quieta aunque pase algún auto veloz y la cubra de tierra. Es polvo del camino que, a veces, cuando el viento se empecina, cruza de largo levantado por ruedas veloces y va cayendo, primero en el sembrado; luego, empolva el pequeño jardín, y se posa sobre los techos; después, como una neblina. Cuando la llaman, regresa de mala gana. Le gusta estar en la proximidad de las huellas, que se parecen a las ondas del río.

Para ella, el camino es un río, pero un río que tan pronto corre hacia el norte como hacia el sur. Desde su ribera lo oye crecer, opulento, cuando la cosecha rebasa los precios y se vuelca por los caminos, dirigida hacia ocultos destinos.

Olga regresa a la casa bordeando los establos, sintiendo el vaho tibio de los pesebres. De allí, casi siempre sale un grito como una coz. Es el botarate de su hermano o es su padre, criollo malhumorado, que al fin de la labor amargan la tarde con sus protestas.

Hay que acarrear el agua de lejos, y los animales no se sacian fácilmente. También el jardincito consume una considerable cantidad de regaderas. Porque la madre, doña Paulina, quiere asomarse a las ventanas y ver un poco de verde en las cuatro estaciones del año. Las cuatro estaciones que para la extranjera resultan dos: el rabioso verano y el implacable invierno. La primavera y el otoño son tan confusos y fugaces que sólo permanecen firmes en el almanaque.

Doña Paulina es una judía alemana. Judía desde su energía a su cabello, desde sus manos a sus palabras. Su hija ha heredado el físico y el impulso tenaz de la raza. En cambio, su hijo Juan ha quedado encerrado en las cuatro letras de su nombre y algo así como envuelto en la baba verde del mate. En el sitio donde los hombres de aventura y audacia de otros climas llevan el revólver, Juan acomoda el mate que entibia la piel de su barriga. Fumador y matero en las casas.

Y farrista, de sábado a lunes, en la pulpería. Sus veinte años ya conocían juergas de boliche, en las que ponía en juego su rara habilidad de malabarista. Tres nueces en el aire y las manos moviéndose velozmente. Manipuleo de barajas, suertes de alambre, trampas, prestidigitación... Juan, a quien nadie se atrevió a llamar como a su hermana "el alemancito", se jactaba de ser pruebista ingenioso. No era haragán, pero lo parecía. Escamoteaba pollos y huevos, sobre el mostrador del boliche, pero era incapaz de escamotearle una hora de trabajo a su padre, viejo silencioso, taciturno y hosco.

—¡Si te ve en éstas don Prudencio!... —le decía el pulpero al no poder descubrir las tretas del pruebista—. ¡Te parte por el eje de un latigazo!

Tal cosa, sin duda, habría hecho don Prudencio Regules, de hallar a su hijo en cosas tan informales. El hombre, en los momentos de ocio y los obligados domingos, se entregaba a una tarea que lo rejuvenecía: "trabajos de guasca". Se había dejado acorralar por los sembrados, pero le quedaba el placer íntimo de arreglar los arreos con sus propias manos y hasta venderle a algún caminante —¿por qué no?— un lindo bozal, un "cabresto", un pretal a la manera antigua, destinado, según él, a mejor suerte.

Si cultivaba la tierra, no era por amor a la agricultura, sino porque un buen día se descuidó y resultó como pialado por el surco. Había torcido su destino Paulina, la alemana, que tuvo de enfermera en el hospital del pueblo. Un poco por los resultados de una operación que no le permitía jinetear como antes y otro poco por ese abrojo extranjero que se le prendió al poncho, lo cierto es que acampó —se le hizo de noche— entre sementeras y trigales. Las buenas cosechas hicieron lo demás. La casa dejó de ser un rancho, llenándose de colores: cortinas, manteles, servilletas y porcelanas, que Paulina parecía agrupar para convertirlo a su raza.

Y Prudencio Regules debió alzar mucho la frente a fin de poder entrever un poco de campo verde, con caballadas y reses... Acabó por tener semanas gringas y tan sólo domingos criollos; él, acostumbrado a rudas semanas gauchas y escasos domingos de maturrango, agringados, en el pueblo vecino.

No sabía si agradecerle a aquella mujer cuanto por él había hecho, o avergonzarse de su renunciamiento.

A veces, el viento le traía un olor a campo virgen. Entonces deteníase a mirar con ternura el cinto, las espuelas, las botas, retazos de una indumentaria sin sentido ya. Uno que otro campesino las usaba por aquellos pagos, pero a lo mejor, más arriba de su invariable posición en el jinete, coloreaba la estridencia del piyama a rayas... A Prudencio se le caía el alma a los pies.

Las ganancias se hacían tan efectivas, cosecha tras cosecha, que evitaba ser injusto con Paulina. Allá iba su girasol con el de los otros gringos de la Colonia. Y él con una lezna, una lonja de cuero de potro, un rebenque, unos tientos en la mano, creía recuperar su campo perdido. No se explicaba cómo su mujer, tan rubia, podía soportar aquel sol, a veces rajante. Pero no alcanzó jamás a comprender que en los manteles de colores, en los potes de crema y a través de una cortinita de vivo color, Paulina veía también su infancia, la mocedad de una tierra distinta. Prudencio no sabía ver en las dos o tres estampas de almanaques con paisajes de la Selva Negra —conservados como reliquia— las cosas que pueden ver unos ojos alemanes. El trabajo de Olga y Juan, laborando casi a la par en la tierra, en la trilla, en la cosecha, resultaba para don Prudencio tan natural como el brotar del lino. Vinieron sus años, señalando las buenas y las malas épocas. Ahora estaban, la una mirando el camino dominguero, como se mira el curso de las aguas de un río, y el otro, en la pulpería, entreteniendo a los colonos y paisanos con su destreza y habilidad de pruebista de circo.

En la casa, el domingo ponía en movimiento la aguja y la lezna. Sobre el rasgón del mantel, Paulina, y, en el trenzado de cuero, don Prudencio.

Pero vino una sequía de esas que se padecen mejor en campo raso, en pleno desierto. Falta de agua para animales, árboles y hombres. Y una implacable peste en los yeguarizos.

Don Prudencio recordaba otros veranos de tierra rajada, zanja seca, pasto con la raíz al sol, como una llaga. Viento como yesca. Recordaba un desastre en la estancia de "Los Paraísos", pero allí el lamento se perdía en el gran vacío. Solo, en su caballo, recorrió los campos; solo padeció, solo vió lamer el barro a una

tropa. En cambio, en las chacras, por los sembrados, aparecían millones de vidas clamando por agua y muchos hombres trenzaban sus lamentaciones. Crecía un clamor sordo desde las raíces. En la noche, una lengua áspera y salada le hacía blasfemar. Algo terrible para don Prudencio era el polvo, insoportable, nuevo, en esta nueva sequía que se le atravesaba en la vida. En la estancia, nadie sabía levantar la voz. Una total resignación. En cambio, en las chacras alzábanse nubes de polvo castigando la impotencia de sus pobladores. Se diría que la tierra cultivada había adquirido una inteligencia superior a la del campo raso, virgen, y hacía sentir sus protestas ante el poblador impasible. Los surcos tienen alma. Por sus ondas resecas corre el escalofrío de la tierra. Las nubes de polvo ensayan un vuelo de emigración.

—¡La tierra se quiere ir 'pa otro lau!... —dijo don Prudencio al ver alzarse una más densa y correr por el camino.

Juan bebió, bebió con una sed nueva en él. Tuvo una violenta crisis alcohólica. Quería falsamente aparecer tranquilo, inventando nuevas pruebas de baraja en las apretadas noches de la pulpería.

Su madre, de visión clara y certera, acabó por convencer a don Prudencio. Era urgente y necesario mandar hacer un pozo semisurgente.

El molino de la comisaría surtía de agua a un sector de la Colonia. Y en el extremo norte ya existía un pozo, en la chacra de un italiano.

Lo decidieron en la mesa. Doña Paulina dijo, mirando la tierra reseca:

—No hay mal que por bien no venga.

Juan exageró su entusiasmo por la idea. El pocero Guillermo Hoffmann terminaba una perforación en la estancia de los Chaná. Don Prudencio no autorizó a su hijo para entrar en conversación con el mecánico. A pesar de su velada aprobación, el viejo gaucho que firme se mantenía en él, no podía dar el brazo a torcer. Lo que sus hijos planeaban con antelación a su lenta y mañera imaginación, era siempre reprobado. A veces, la tenacidad, el carácter y la persuasión de la madre extranjera conseguían vencer la terquedad criolla. Era entonces cuando don Prudencio se ponía ensimismado, melancólico. Con honda tristeza acariciaba a su viejo perro, haciéndole partícipe de su fracaso.

Juan se ofrecía para tratar con el pocero.

—¿Me creés tan sonso, viejo? —preguntaba el muchacho, molesto ante la negativa del padre.

—No sonso, ¡tierno! nada más, tierno pa tratar cosas serias —respondía—. Ya tendrá tiempo, cuando me muera... Mientras tanto, ¡aquí mando yo!...

—¡Pero es demasiado tenerlo a uno como un borrego!... —Juan insistía en un arranque de hombría.

—Usté se calla y nada más. Que venga el "ruso" ese a tratar conmigo.

Y vino el hombre aquel, pero a tratar con su mujer. Ella ajustó el precio, cantidad de agua que debía dar el pozo y otras condiciones. Doña Paulina sacó a relucir sus conocimientos de hidráulica. O los había leído o los conocía desde los días de su tierra lejana. Se entendieron en alemán, en larga y alegre charla. Don Prudencio se quedó mudo, oyéndola hablar con el pocero en su lengua nativa. Le pareció tan inferiorizada, tan disminuída su condición varonil, que se engañó en la mesa con sus hijos, criticando el régimen de trabajo. Algunos consejos suyos, de viejo criollo, quedaron en ridículo.

—¡El que manda aquí soy yo! Y usted, mañana, a la tardecita, se trae el carro cargado de pasto y se acabó.

Mandarlo a tan insignificante tarea, irritaba al criollito.

A Don Prudencio le iban quedando nada más que arrestos extemporáneos y órdenes que se cumplían tan sólo para no contrariarlo.

Olga, en el camino, acodada en el portón, hasta que el cielo se llenase de estrellas. El camino seguía atrayéndola con los vehículos que cruzaban los sábados, con mujeres, con hombres alegres... Y don Prudencio, inmóvil, tomando mate en el lado opuesto de la casa, contemplaba la lejanía, el desierto. Era un mojón de cara al pasado, azotado por el miedo y la desconfianza, el miedo al mañana, poblado de "rusos", de alemanes, de polacos...

Al día siguiente del que cerraron trato con el pocero, Juan Regules se quedó en la pulpería hasta caída la noche. Distrajo a los gringos con sus habilidades. Afuera lo esperaban cuatro tordillos y su carro de trabajo, rebosante de pasto. Los caballos, pelo lustroso, bien alimentados —orgullo de los Regules, íntimo orgullo de doña Paulina—, dormidos, con las cabezas gachas. En las sombras se esponjaba la carga, una joroba de pasto que se derramaba sobre las ruedas. Juan fu-

maba, bebía, jactancioso de su supuesta y ambicionada responsabilidad.

—El viejo me va a entregar todo y se va dir pal pueblo...

Mentía, pero la mentira le despejaba la cabeza, ya trastornada por el alcohol. Salió con paso desigual. Subió al carro, hizo andar los caballos. Primero al trote, hasta apartarse unas cuadras de los ranchos que rodeaban la pulpería. Después, por el camino llano, los castigó como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Media legua tenía por delante. El viento de frente, una fresca sudestada nocturna, no prometía agua. Todo lo contrario. Iba a refrescar, a lo sumo. El carro y los cuatro caballos levantaban una nube de polvo que el soplo arreaba para atrás. Avanzaba fumando, mareado, llena la cabeza de invenciones, de ideas de grandeza. Al divisar los campos que rompiera con el arado, las tierras de su segura herencia, marcadas por una hilera de paraísos, se sintió henchido de orgullo. Eran suyas y las transformaría en fecundos sembrados de un trigo especial. Tierras para la semilla mejor que se vendiera en la capital. Iba forjando un futuro grandioso. Al entrever los techos de su casa, se le presentó la valla del padre autoritario, reacio a toda innovación, enemigo suyo, enemigo del hijo ingenioso y admirado, que inventaba cosas, que quería modificar los útiles de trabajo, los medios de transporte. Y sintió una repentina cólera.

El viento silbaba en sus oídos, encendía su condición de hombre sometido a una tutela inmerecida. Y sin detener la marcha, castigando los caballos, al enfrentar el paraíso grande que marcaba la entrada de sus futuros dominios, sacó del bolsillo el encendedor de llama y lo acercó al pasto, que en pocos segundos ardió como una antorcha. Se corrió un poco sobre la lanza para evitar el calor. Las llamas se alzaron al cielo nocturno y los caballos corrieron desbocados. Por el camino rodaba el carro en llamas como una bola ígnea. Los animales, cada vez más azorados, siguieron la senda iluminada en veloz carrera. Juan nada hacía por detenerlos. Todo lo contrario. Mascando el pucho, con la mirada fija en las huellas y las llamas a sus espaldas, podía ver de rabo de ojo los manojos encendidos que desprendíanse del carro. "Como un bólido", pensó Olga, al verle rodar por el camino.

Para ella, el espectáculo fué deslumbrador, feérico. No tuvo tiempo de gritar, pues la antorcha ya iba a

pasar frente al portón. De pronto, el camino le enseñaba su duende loco, su alma diabólica.

Al cruzar el carro reconoció los caballos y vió claramente a su hermano. Se perdieron en el camino, hasta que el pasto se apagó poco a poco, como una hoguera que se extingue a lo lejos. En el rancherío y las casuchas cundió la alarma. Puertas y ventanas, testigos de la locura.

Juan, con una horquilla, arrojó los últimos vestigios de fuego. Y regresó al tranco, olfateando la brisa que ahora le mandaba un tenue olor a fogón apagado.

Cuando llegó a la casa, Olga, por la ventana, pudo ver el manotazo que aplicaba su padre al "incendiario". Vió rodar a su hermano por el suelo, y cerró la ventana cuando sintió a su madre que por encima del hombro se asomaba a ver lo que sucedía.

Y vinieron las largas siestas con el alto sol de diciembre. El golpe de barreta de la perforadora, seguido de la explosión del motor, punteaba las horas de más rudo calor. Bajo un toldo de lona, manchado de grasa y aceite, el austríaco maniobraba, sudoroso, con los brazos fuertes al aire, la ropa liviana, la mirada atenta.

Ya estaban satisfechos los curiosos de la casa. El funcionamiento de la perforadora, si no delicado, era seguramente de suma atención. La primera en salirle al cruce con preguntas fué doña Paulina. Quería conocer con lujo de detalles todo lo concerniente al mecanismo. Hoffmann, al verla tan francamente decidida, se distrajo enseñándole el manejo, el cuidado de aquella máquina:

—Es algo de capital importancia no desviar la barreta. Tiene que caer vertical, sin la más mínima inclinación —le dijo en alemán.

Puso en marcha el motor. Las poleas corrieron. Se alzó la barreta, cayó, volvió a subir... El mecánico hacía girar aquella barra de hierro con más cuidado que el que era menester, a fin de impresionar a "la alemana".

—Si se me entierra una barreta de estas... ¡tiempo perdido!... Por eso requiere mucha atención —agregó.

La máquina funcionaba con sus golpes rítmicos y violentos.

—Yo me comprometo a dar agua —gritaba ahora—. Cuanto a menos metros perfore, ¡mejor!...

La dueña de casa se mostró muy segura al contar a su marido lo que sabía. Éste, medio descreído, siempre desconfiado de aquellos inventos, fué el último en trabar conversación con el pocero. Doña Paulina, viendo más tarde a su marido empuñar con alegría de niño los manubrios de la barreta, llamó a sus hijos. Se hallaban sentados a la mesa del almuerzo. La madre les hizo asomar a la ventana. Empezó a darse golpes en la cabeza... Quería refrescar su memoria con un refrán criollo, pero no acertaba con el adecuado para el caso. Tanta fué su insistencia, fueron tantos los refranes que les hizo decir a Juan y Olga, que al fin salió el suyo:

—"Hasta la hacienda baguala
cae al jagüel con la seca".

Sus hijos rieron. Aquél cuadraba bien al pobre viejo caprichoso.

Pero a Olga la maquinaria le producía una rara desazón. El incesante ¡paf!... ¡pum! ¡paf-pum! taladraba la modorra de la siesta, circulaba por la casa, rebotaba en los muros, se repetía, en ecos netos como impactos, en la cocina; rodaba bajo las camas, sonaba en el techo, hacía vibrar los cristales de las puertas y ventanas. ¡Paf-pum! ¡paf-pum!...

Olga se sentía perseguida por los golpes. La seguían hasta el camino, cuando se apostaba en el portón, al atardecer. Porque el pocero no regía su trabajo con un horario fijo. Su interés era darle término cuanto antes, bombearles una buena cantidad de agua potable y marcharse con la máquina a otra chacra.

Olga iba hasta el portón y regresaba como llamada por el repetido golpetear. Volvía sobre sus pasos, se acercaba al pocero, le hablaba unas palabras y comprendía que importunaba. Hoffmann se mostraba frío, indiferente. Se concretaba a su trabajo. Viril, saludable, relucían al sol sus brazos hercúleos.

A medida que pasaban los días, se fué tornando más reservado. De sol a sol, sin darle descanso al trabajo y con pocas palabras. Llevaba muchos metros más del cálculo, en la profundidad del pozo. Iba resultándole difícil encontrar la veta de agua. Examinaba las adherencias en la punta de la barra perforadora. Aguardó la materia que anuncia proximidad de agua, el terreno denunciador de vertientes, y recibía polvo de granito, greda pegajosa, blanca, gris, parda... Algunas esperanzas, pero nada más.

Consagrado a su maquinaria, pasaba horas enteras con la boca seca, sin apartar la mirada del motor que jadeaba.

Olga se le acercó a ofrecerle un mate, en un intervalo difícil. El motor, por falta de combustible, habíase detenido. Esa pausa fué aprovechada por Olga para acercarse:

—¿Un mate, Hoffman?

—¡Por favor!... ¡Dejame tranquilo!... ¡Ya sabe que no tomo mate!

La tuteaba por error. Olga sonrió burlona.

Levantó la vista, sorprendido él mismo por la forma que recibían sus palabras. Tal vez pensó que se encontraba en otra casa, en uno de esos ranchos de gente preguntona. Al mirar a la muchacha, se quedó absorto. Olga, embellecida, arreglada como no lo había estado nunca, de primoroso domingo, lo miraba sonriente. Hoffmann vió, más allá de los ojos de Olga, por arriba de los cabellos rubios de "la alemanita", a la distancia, donde el padre y el hermano rastreaban un sembrado. Lejos, a diez o quince cuadras, envueltos en una nube de polvo. Y, más cerca, inclinada sobre unas sementeras, a la madre, con largas faldas que barrían la tierra. Olga, sola en la casa, inesperadamente sola, había podido arreglarse, quizá por un momento y tan sólo para él. Su certera mirada a la distancia hizo volver la cara a Olga. Ella miró a sus padres, a su hermano, como buscando unirse a la visual del pocero. De improviso reaccionó y, representando ya un papel femenino, marcó su fastidio en el rostro de la manera más patente y agresiva, y se alejó sin decir palabra. Aquella escena duró un segundo. Hoffmann tuvo cabal sentido de su actitud cuando la muchacha entraba en la casa. Un perro la había seguido. Antes de entrar, él también dióse vuelta, miró hacia donde se encontraba el pocero y desapareció.

Al poco rato volvieron a taladrar el silencio vesperal los golpes rítmicos de la perforadora.

Olga, en el portón, cerca de las huellas, esperando la pasada de los carros de los rusos, los de todas las tardes, y de algún camión veloz, camino del pueblo o de la estación.

Hoffmann echaba de menos su habitual tranquilidad, su pulso sereno y firme... Pero los golpes en la tierra de la barreta seguían lastimando los nervios en flor de "la alemanita".

A la hora de las comidas, la charla los iba acercando.

—¡Campo flor, ese de los Azara!... ¿Usté viene de ayá, no? —Y ante la afirmativa de Hoffmann, don Prudencio continuó—: ¡Campo lindo pa dejarlo tal cual, así, de pastura, pa los animales!...

—Por tenerlo en tales condiciones —respondió el extranjero— esa gente se irá barranca abajo... —Hablaba con dificultad, pero se hacía entender muy bien.

—Es un gustazo como otro cualquiera, amigo. Es la única lonja 'e tierra donde se ve parar rodeo...

—Bueno, hay que pensar que los Azara lo tienen como pasatiempo... Criar caballitos de carrera, pasar las vacaciones —se atrevió a terciar Olga—. Hace poco llegó el cuñado de la señora Adelita, con un parejero...

Don Prudencio la miró. Ya sabía ella lo que significaba el entrecejo fruncido y la palabra anudada en los labios. Después, el viejo siguió con el hilo de la conversación:

—Pues, como le decía, es un gusto como otro cualquiera. Yo, si pudiese, usaría el campo como invernadita, pa la ganadería... Y ¡nada más!...

—Tendrán que vender... —dijo el pocero—. Algún banco se quedará con todo.

—¡El banco, el banco!... ¡Buena cosa!... Empresta, pa luego meter bandera de remate, como lo ha hecho en otras chacras... Conozco esas mañas...

—No saben trabajar lo que tienen —comentó Hoffmann.

—Mire, amigo, sea lo que sea —insistió don Prudencio—, los Azara son flor de vecinos. No hay gente más criolla, ¡verdaderos gauchos! Es lo único que va quedando por estos pagos...

—No saben trabajar la tierra. Se van a fundir... —sentenció el forastero.

—Pero, en su lay, que lo sepa... *¡en su lay!* —levantando la voz repuso el viejo gaucho, fastidiado.

Comprensivo y sin mirarlo, mientras se disponía a mondar una fruta, Hoffmann concluyó:

—Y, así será no más... Hasta que hagan el puerto..., después.

El viejo salió a dar de comer a los perros.

—¿Cuánto pedirán por la hectárea? —se interesó doña Paulina en alemán.

—¡Vaya a saberlo! Tienen muchos gastos inútiles... Cuidan la cabaña, pero no levantarán cabeza. Les tiene que rendir más la tierra. Más adelante van a comprar por poco dinero, señora... —respondió el pocero.

—¡No, no pensamos!... ¡Es curiosidad, nada más! —Y para cambiar de tema—: ¿Qué tal le va al "desplumado"? ¡Qué buen hombre es ese italiano Rossi! Me contó que usted trabaja mucho por la noche... ¿Cómo marcha ese aparato que está armando? —preguntó al tiempo que sostenía un montón de platos a la altura del vientre, como si llevase un niño dormido.

El pocero la miró, extrañado.

—Hay mucha gente que lo sabe... —prosiguió la mujer—. Unos están muy contentos... Otros, que ven más lejos, le tienen miedo a una máquina para despojar girasol... Va a economizar brazos. ¿Ya sabe lo que pasó en "Santa Rita"? ¡Me parece criminal meterles piedras a los engranajes! ¿Volverá a pasar eso?

Hoffmann encendió un cigarrillo, poniéndose de pie. Hizo un gesto afirmativo y, sin dar importancia al hecho, prosiguió:

—Ando ensayando, nc más... Es muy difícil dar con lo que necesito... si ni herramientas tengo... Una california, una llave inglesa... lo que me deja el dueño de la perforadora... Me hacen falta unos elásticos de acero. Sin ellos no puedo seguir... El orador de la vez pasada prometió mandármelos... Y sigo esperando... Mejor no hablar de esas cosas.

Paulina lo miró con lástima.

Olga se asomó a la ventana. El tema de la conversación le aburría un poco. La sola idea de seguir en la Colonia, de que se intentase agrandar sus límites, la ponía fuera de sí. Prefirió ayudar a su padre a cortar carne para los perros.

—¿No sabe de algún buen caballo que quieran vender? —preguntó Hoffmann a Paulina.

—¿Caballo? ¿De tiro? —interrogó.

—No, un lindo caballo para andar... Puedo comprármelo... ¡Aquí en la Colonia no hay más que sotretas de la arada, caballos deshechos!

Por el camino pasaba una tropilla de caballos bichocos, mancos, cabeceando al trotar con sus vasos rajados. Con las cabezas gachas y los ojos somnolientos, en fila triste y doméstica. Hartos del surco y las blasfemias. Caballos plagados de mataduras, de orejas rotas, crines mal tusadas, el pellejo indefinido, sucio y colas comidas

por las vacas. Caballejos flacos, "aspeados", matungos de patas peludas. Trotaban como si aún arrastrasen los arados o los carros. Una tropilla enfermiza, camino del potrero de aguada escasa y pasto ralo. Siempre amontonados, como transmitiéndose sus desgracias. Sobre sus lomos con costras, el tordo audaz, el jinete de los mancarrones.

—Mire, mire —dijo Hoffmann—. ¡Si dan lástima!...

Doña Paulina miró la tropilla.

—Es cierto... No se ve un caballo bonito por aquí. ¿Por qué no se corre hasta "El Palenque"? Puede ser que le vendan un lindo caballo.

—Ya averigüé —respondió el pocero—; no les venden a los de las chacras.

—Claro, nos tienen rabia... ¡y con razón!... —dijo reflexiva la vieja.

Hoffmann, apartando unas migas, juntando las cáscaras en el plato, se dejó llevar por la imaginación:

—Quiero tener un caballo para mí... Yo estoy acostumbrado a caminar al tranco por el campo. Y el caballo, al paso, es lo más hermoso que puedo ambicionar.

Hablaba en un lento alemán.

—¿Cuántos años lleva de América? —preguntó Paulina recogiendo el mantel, como si arriase una bandera.

—Catorce, catorce años de a pie... —respondió melancólico—. Llevo tres con la perforadora. Ya me acostumbré a caminar, a acortar campo entre el ganado y la caballada. Cuando no tengo trabajo, no lo siento, porque para irlo a buscar, muchas veces pongo diez días de viaje... Y pasa el tiempo...

Miró el reloj del comedorcito. Se acercaba la hora de volver a la perforadora.

Y al rato nomás, toda la Colonia volvió a oír las explosiones del motor. Para algunos vecinos, el pozo de los Regules podía ahorrarles trabajo. Iba a suspender el desfile de chicos camino de la zanja, para proveerse de un agua no siempre clara. El pozo oficial, vecino a la comisaría, era insuficiente y resultaba a trasmano. Preferían las puntas del arroyo "Viboritas", unas zanjas cortadas, barrosas.

Olga quería ver en el austríaco su liberación. Cuando supo que Hoffmann hablaba de comprar un caballo como de la realización de un sueño y que trabajaba sin descanso en un invento para facilitar la recolección del girasol, volvió a contemplar el camino que pasaba como un río, agrandado por las noches del sábado. Ella lo creía otro hombre, menos atado a la tierra. Como ella.

CAPÍTULO II

Tres familias polacas, quince vidas en total, contando adultos y niños, fueron contratadas por Saturnino Chaná para trabajar de medianeros. Desde el camino se les veía levantar alambrados, parcelar la tierra. La Colonia dilataba sus fronteras hacia el norte. Pero el río aparecía en dirección al poniente, cada vez más lejano. El puerto, un sueño de barcos. La cintura inconmovible del latifundio de Nicolás Azara impedía el desarrollo de la agricultura. Sobre las costas del río, la invernada con las mejores aguadas, en afluentes y "sangradores". Los chacareros sabían de las hostilidades del estanciero, de la guerra sorda a los transportes de la cosecha. Regules, sin renunciar a su condición de viejo paisano, cuando andaba de recorrida por su potrero, solía encontrar animales lanares colgados de las divisas. A los Azara les carneaban nada más que para molestarlos. Allí quedaba el capón o la oveja, ensartados en los postes, con un cuarto de menos y el cuero perdido. Mala entraña de algún "grandote", aunque siempre pagaban el pato los muchachos. El comisario conseguía meterlos en el calabozo un par de días. Pero los atentados a la propiedad del latifundista no disminuían por eso. Don Prudencio Regules, "Don Prudencio, el de la alemana", como le decían algunos, repudiaba a aquella gente incapaz de respetar lo ajeno.

Uno de los nuevos colonos —Antonio Zacarías—, llegado del sur, donde escaseaban las tierras o se desnutrían por deficientes métodos de trabajo, fué una tarde a verlo, llevando de tiro a una yegua zaina. Don Prudencio, que estaba en el portón del camino, no lo invitó a pasar, de puro desconfiado.

—Ésta es la yegua —dijo Zacarías—. Está alzada y me gustaría hacerla servir con el pastor de "El Palenque". ¿Se anima a llevarla?

—Como animarme, me animo... Aura que... —miraba a la yegua como midiéndola— me parece poca cosa pal alazán de los Azara. Me van a recular el pedido...

—Eso no importa... Yo pago —contestó el hombre un poco amoscado.

—Es muy gruesa, mi amigo... —don Prudencio miró la yegua con atención—. No va a dar una buena cría —argumentó.

—No me importa. Yo no quiero la cría para correr carreras... —aclaró—. La tengo vendida al pocero Hoffmann.

—¡Acabáramos! —despertó el criollo—. Ya me parecía raro...

—La tengo vendida... —recalcó el visitante— y como no hay otro padrillo por aquí...

—...Y, güeno, si se aplica... ¿Cuándo quiere que se la yeve? —preguntó para terminar.

—Cuando guste... Pero es bueno aprovechar ahora que está así...

—Es cierto... La cuestión va a ser si no le gusta la pinta a don Nico... Claro que no es él que la va a servir... —rió el criollo de la ocurrencia.

—Si usted se lo pide... Nadie más que usted puede pedirle algo... Porque a nosotros... —prosiguió el extranjero sin reparar en la broma de Regules.

—Y, ¿no le da lo mismo otro pastor? —le interrumpió para quitarse la soga.

—Cualquiera... No tengo preferencia... —se apresuró a declarar el colono.

—¡Ah, bueno!... si no puede con "Don Juan", será con algún otro... —dijo don Prudencio—. La cuestión es que la cubran, ¿no?

—Claro, pero ese Don Juan... ¿es algún vecino suyo?

Rió don Prudencio más a sus anchas, de uno y otro trance cómico. "Cosas de gringo", pensó bajándose el bigote con la palma de la mano.

—¡"Don Juan" se yama el pastor, pues!

El dueño de la yegua se encogió de hombros.

—Si no puedo ir yo —cerró Regules—, lo mando al muchacho. Lárguela en el potrerito, don...

El chacarero echó mano al bolsillo para adelantarle unos pesos.

—¡No faltaba más! —protestó don Prudencio—. Asigún lo que me pidan por cubrirla, será la cosa...

—Muchas gracias —agradeció Zacarías enternecido. Miraba a la yegua con cariño. Ya veía a su zaina con un potrillo a las patas.

—¡Es merecedor!... —contestó Regules.

Y la futura madre se agachó a comer. Arrancaba pasto con ganas, con hambre atrasada. No todos los colonos tenían un pedazo de tierra para dar pastoreo a los animales.

Aquel ruidito campero hizo sonreír al viejo criollo.

—Yo sé que me va a meter las patas —fueron las últimas palabras de Juan a su padre, cuando le ordenó que llevase la zaina a lo de Azara.

Él no era partidario de seguir en buenas relaciones con la gente de la estancia. Más de una vez aprobó las cuereadas de los gurises. ¡Que se embromasen, por no instalar una carnicería como se lo había insinuado el comisario! Era demasiada tentación ver las reses gordas y los chacareros pasando necesidades y sin espacio para criar ganado. Ni tan siquiera una lonja de tierra para pastorear un par de vacas cada uno. La carne había que ir a buscarla a la estación, a más de dos leguas de distancia. Y el día que querían comer más carne o que podían hacerlo —querer no era poder—, los muchachos debían faltar a la escuela. En pago, si alguna noche un novillito manso o alguna oveja refugiada se asomaba a la divisa de la Colonia, la gurisada estaba de cacería. Algún dañino, es claro, se llevaba al rancho unas achuras nada más y, por gusto, de rabia, les dejaba el cuero tajeado, para que ni de eso pudiesen aprovechar. Y bien sabían que ésa era la peor ofensa para Nico Azara. No podía perdonar el desmán.

Otras veces, entraban, nomás, al campo. Cuereaban a medianoche. Del Puesto 9, no aparecía nadie. Los cuatreros sabían que el puestero andaba de parranda por la estación.

Juan Regules atravesaba al trote la cuchilla del Puesto 9. "Cabrestiaba" bien la zaina alzada.

—Pero me parece que te quedás sin darte el gusto, zainita... —le dijo a la yegua tirándole del "cabresto".

Por las cañadas marchaban al tranco. El caballo que montaba era un malacara flaco. Daba pasos largos, se estiraba adelantando la cabeza. Extrañaba la arada, el sembrado, los rastrojos. La yegua continuamente se le ponía al lado, voluntariosa, sacudiendo su cola, ya de por sí levantada.

—Mire que pedirle monta a don Azara —seguía pensando Regules—. Ta que les va a dar un poco de la sangre de "Don Juan"... Si, según mentan, cuentan hasta las raciones que va comiendo. ¡Se me ha agringau el viejo!.... No se acuerda de nada. Ni de tiempos pasaus, de verdaderas gauchadas, daban monta porque sí, pa una mancarrona sotreta como ésta...

Miró a la zaina de reojo. La pobre yegua tenía un robusto "encuentro" para el arado y una cabeza bien hecha, "alpiste". Lindas crines, bien cepillado el pellejo, patas firmes... Pero era zaina, "bicho tapado", pelo que no gozaba de su simpatía. Con todo, no era un animalito para despreciarlo. Pero, de ahí a conseguir semilla de "Don Juan"...

—¡Lambete que estás de güevo! —dijo el muchacho, mientras caían a una zanja y los teru-teru alzaban el vuelo pegando gritos.

Juan no había querido salir antes del mediodía. "¡No vaya a ser que crean que les vengo rondando dos comidas!" —se dijo para sí. Esperó la tarde. Tal vez lo agarrase al dueño del pastor —con la fresca— un poco más mansito. La última vez que quiso verlo fué cuando la cortada en el piquete del pantano. Y no tuvo necesidad de molestarlo porque su hermano Marcelo le autorizó a cortar el alambrado.

Fué llegando al tranco, por el lado de los galpones. Antes que nadie —salvo la algarabía de la perrada— el padrillo saludó a la zaina por arriba de un cerco de membrillos. Lo tenían embozalado bajo los árboles. Prudentemente, Juan ató a su malacara y a la yegua atrás del galpón, para que "Don Juan" no armase bulla.

Y cayó a la rueda del fogón, donde don Ramiro fumaba con su marlo en la mano, curioso por enterarse sobre la visita.

—Es Juancito, el de "la alemana" de la Colonia —le sopló Duvimeoso—. Me parece que la zaina que trae de tiro anda alzada...

—¡Ah, ah! —comentó el ciego alejándose lentamente—, el hijo de Prudencio... Medio agringau, ¿no?

—¡Avise!... ¿Acaso porque ande en las chacras va a perder el pelo? —se adelantó a objetar el correntino Eduardo—. Es un buen criollo, medio alocau no más... Tienen cosas de Mandinga... asigún dicen...

Don Ramiro caminó hacia las casas, solo, precavido. El correntino contó las proezas de Juan Regules, mentadas en la pulpería. Sus "pruebas", sus locuras, aquel carro con paja que incendió al galope de sus matungos. Lo esperaron con alegría. La rueda del fogón preparó un mate para el recién llegado. Y antes de que tuviese tiempo de explicar el móvil de su visita ya la peonada bromeaba con Juan y había adivinado la razón de su arribo:

—Me parece difícil... —opinó Duvimeoso.

—¡Bah! —intervino el capataz—, si lo agarra en la buena, lo deja que la cubra mañana mismo...

—¡Tas fresco! —dijo el correntino—. Andan apuntando en unos papelitos cada monta del padrillo... ¡Van a decirle que no! ¡Ya lo verá!...

—¿Quiere hablarle aura mismo? —cortó Fructuoso—. ¿O mañana?

Juan pensó prolongar la estada, al verse bien recibido en la estancia.

—No conviene —explicó el capataz—, a esta hora no quiere saber nada de trabajos. Con la fresca, se ganan en el escritorio a oír la radio. Espere a mañana.

Juan soñaba con una noche en la estancia. Una noche gaucha, vacía a los cuatro vientos, sin luces en el horizonte, sin ranchos de chacareros y con relinchos venidos "de no sé dónde". Con olor a creolina y a cueros, con fogón prendido a la tierra como una enorme garrapata. Noche criolla, con terneros en el encierro y mugientes vacas. Los perros amontonados, los caballos mansos pastando cerca del galpón, donde crecía la gramilla abonada por los desperdicios. El balar lejano, los árboles gigantes y los teru-teru alerta. Sentirse en campo abierto, "una noche tan siquiera". Allá en la chacra, el surco se venía hasta las tapias de los ranchos, y cuando no quedaba otra cosa que el rastrojo, ni olor tenía la tierra. En cambio, en "El Palenque", los yuyos altos, la gramilla fuerte, el "mío mío", la "lengua de vaca" adornaban los contornos del galpón. Iba a ser como una fiesta, pasar la noche en una estancia tan vieja, tan gaucha.

En un santiamén, Juan recobró su aplomo de peón campero. Fructuoso lo autorizó a desensillar, con una compuesta voz de orden. Daba gusto sentir la natural hospitalidad criolla. Pensó en su padre. ¡Él sí que gozaría con una noche de esas, con posada, mate y abundante asado!

Ató la yegua al palenque. No quería que su zaina ocasionase algún "alboroto"...

—Es mejor que deje pa mañana —opinó el capataz—. Estos días anda de buen modo...

—Por ahí vide al joven Marcelo —dijo el correntino Eduardo—. Algo le pasa a ese hombre... Todos los días, cuando va cayendo la noche, rumbea pal tajamar...

—Y por áhi vide a la Bica... —agregó con malicia Duvimeoso...

Se hizo una pausa cortada de toses y pícaros carraspeos...

—Gente mal pensada —finalizó Fructuoso.

Y miraron hacia la avenida de las acacias, cada uno con un pucho encendido en los labios.

Venía la noche.

Por la avenida de las acacias, Bica conducía a don Ramiro. Habían carpido el camino para voltear el yuyo enviciado que invadía el jardín. El sendero se puso peligroso para el viejo. Se afirmaba a cada paso en el hombro de Bica, al sortear, a tientas, los terrones.

—¿Qué te pasa que andás tan callada? —preguntó el ciego—. Pasás muda por mi lau...

—Nada... Una tiene sus cosas... ¿sabe? Y se las arregla sola —dijo tratando de huirle.

—¿No andás afiebrada? Tenés la mano caliente... La siento como fuego en mi brazo...

—Puede ser nomás... —respondió Bica.

—¿No te duele nada?... Por la lengua muda, algo debe de dolerte —insistió el ciego—. Sos como los vacunos: te ganás en el monte, calladita...

—Pero, don Ramiro... ¿Cómo quiere que se lo diga?... ¡No tengo nada!...

Y se separaron, porque el sendero era llano y venía la hilera de paraísos que don Ramiro conocía al dedillo. Caminó hacia el galpón de la esquila. Luego, a la izquierda. Y, en seguida, el fogón. Más atrás los pesebres y el relincho, o la masticación barullenta de "Don Juan", con el morral cargado de maíz.

Don Ramiro se colocó en un rincón de la cocina, para tomar mate tranquilo. Fumaba con los ojos secos en la llama viva. Por las sombras —algo frío lo separaba, de vez en vez, de la lumbre— casi podía saber quién se interponía entre él y los tizones. Pero los dejaba pasar. Y ellos no le dirigían la palabra. Eran Duvimeoso, el pardo López, el correntino Eduardo, Florencio, Fructuoso, el capataz... Giraban en torno al fogón, ya dorando una achura, ya calentando el agua, ya alzando un tizoncito para dar fuego al pucho, ya colocando una astilla o removiendo un tronco.

Cuando entró Bica, sintió su sombra y su olor a tomillo.

—¿Qué andás haciendo por aquí? —preguntó don Ramiro.

Pensó que hacía más de una semana que no le dirigía la palabra.

Bica sabía que era inútil engañarle.

—Ando cociendo unos yuyos... El fuego de la cocina de las casas es muy lerdo...

Don Ramiro dió un par de pitadas a su cigarrillo de chala, antes de insistir.

—¿Vas a tomar algún cocimiento, muchacha?... ¡Huele lindo! — Y aspiró gesticulando.

—¡Sí —dijo resueltamente Bica—, un tecito de yuyos!... En eso ando...

Alguien dijo que empezaban los fríos. El ciego sentía que con cada uno que entraba en la cocina, la noche le mandaba una brisa fresca, el solapado relente.

—Se están poniendo frías las noches.

—Sí —contestó Bica—, frías...

Don Ramiro pensó: "A ésta le pasa algo grave, ha tenido una atracada con "La Rata" o algo peor"...

Bica seguía con los ojos los vapores de la pavita. Entró Duvimeoso con su caldera. La colocó al lado de la que vigilaba Bica y se fué a matear afuera, con los primeros fríos y los perros querendones por entre las piernas.

Bica se puso en cuclillas junto al fogón, fijos los ojos en los dibujos que la llama hacía en la corteza de los palos. Sus macizas rodillas, casi junto a los hombros, levantaban la pollera como las cabezas de dos niños escondidos. Su rostro, grave, endurecidos los rasgos y el color por el calor y el humo. Iban y venían las manos, acomodando los tizones. Los brazos blancos, de carnes firmes, a medio cubrir por una pañoleta.

El ciego oía el crepitar de la leña, el silbido de la calderita y la respiración de su compañera.

—¡Fuera! ¡Ya!... —dijo Bica para espantar a un perro que la olía.

La vieja cocina, curtida, de techo bajo y piso terroso, parecía una cueva en el mundo. El fuego se ensanchaba en los leños y un humo desordenado salía al campo o se refugiaba en el techo, para ennegrecer más aún el cielo sin estrellas del cuartucho.

Bica se acercaba a las brasas como los hombres, "sin asco", sin cerrar los ojos, sin fruncir la cara. Si había perdido, en contacto con la familia, algo de su aire varonil, acababa de recuperarlo íntegro en la cocina de los peones. Con gestos y ademanes de macho, buscaba solucionar tiernas cuestiones de mujer.

—Y ese cocido... ¿pa qué es? —preguntó don Ramiro—. ¿Alguna recetita?

Bica lo miró en blanco, como se mira a los ciegos. Luego, por arriba de la lumbre, templando su mirada, dejó quemar cuatro palabras, dichas con voz ronca:

—Ando de dos meses...

Se oyó el chisporroteo de unas llamitas verdes, y después el agua, borboteando en "la pava". La noche, chúcara, afuera, y el silencio doblando los yuyos, al pasar.

—Ya me lo parecía... —comentó el ciego—. Y... perdonáme por mal pensau.

—No hay pa qué...

Y volvieron a quedar en silencio los tres: Bica, don Ramiro y el fuego.

Entró un peón y después otro. El primero se fué con un tizón que dejó humo y chispas por el aire. El segundo, con una caldera.

En la puerta apareció, de pronto, Marcelo. Inmóvil, observó a la muchacha, que se conformó con mirarle las botas, nada más. Ya conocía el resto de aquel hombre, el cuerpo que cubrían esas ropas limpias y abrigadas. Allí estaba el padre de un hijo que ella intentaba ahogar con el bullente cocimiento de yuyos.

Duvimeoso, atraído por las simpatías de Juan, se le puso al lado. Quería que el forastero le enseñase algunas de las "pruebas" que lo hacían tan "mentado" en la Colonia.

A Fructuoso le gustaban los juegos de cartas. Dejó caer los naipes sobre una carona puesta ex profeso cerca del fogón. La enramada criolla se achicó, para protegerlos, cuando el mazo hizo viento en manos de Juan.

—Corte —pidió el forastero, con amplio dominio de la situación.

Cortó Fructuoso.

—Elija una carta... —dijo Juan abriendo el abanico de naipes en la jeta del capataz. Él no podía verlas.

—¿Ya eligió? —preguntó Juan.

—Ya está.

—No se olvide, ¿eh? —pidió el barajador—. Aura entreviérelas nomás...

El capataz mezcló las cartas. Cortó. Volvió a cortar. Y Juan, luego de producir cierta expectativa que com-

probó en las caras iluminadas por las llamas, entresacó la carta elegida por el capataz.

—¿Es ésta? —preguntó.

—¡No! ¡Se equivocó! —respondió Fructuoso contento de hacerle fracasar.

—¡No es ésta, no!... ¡Es ésta!... —y le puso bajo los ojos la carta elegida.

—Ésa sí... —aseguró el capataz—. Sabe que no al ñudo tiene menta...

La rueda del fogón se apretó a medida que los leños se consumían. Se oyó el roer de los perros en los últimos huesos. La costilla pelada, el cuarto con los tendones pegados. Se agotaron las "pavas" y el mate renovado ya era una "lavativa" cuando dieron las doce en el reloj de la estancia. No quedaban luces en las casas. Los peones agradecían sin palabras, pero con francas sonrisas, las muestras de ingenio del forastero. Sonreír, era mucho.

—¡Ta que tiene mañas! —dijo el pardo López, impresionado por las habilidades de Regules—. ¡Yo no aprendía eso ni a garrote!

Se sucedían las "pruebas", los "solitarios".

Juan los desconcertaba con sus artimañas. El capataz, para entender mejor, fué a su cuarto y se tomó un trago de caña. A su vuelta, alguien olfateó el aliento de Fructuoso. Y le guiñó el ojo a Regules.

—No estaría mal... un poquito de eso... —dijo el forastero sonriendo, confianzudo.

—Andá —ordenó el capataz a Duvimeoso—. Traéte la "madajuana"... Se tiene ganado un trago...

Se festejó la habilidad de Juan para hacerse merecedor de una copa de caña.

Y esperaron la vuelta del cuidador de "Don Juan", arreglando las cacharpas para tenderse a dormir. Uno, en el galpón. Otro, medio cuerpo a la intemperie. El relente de la noche no se tenía en cuenta. Todos estaban calientes de imaginación, de brasas, de charla alegre.

Vino la caña. Mientras el capataz quería escamotear cartas, mover los naipes con la destreza de Juan, los otros se pasaban la damajuana y contaban los tragos para saborearlos mejor.

El fogón agonizaba. En el filo de la medianoche, la brujería de los naipes iba y venía de mano en mano, calentándoles los dedos.

—¡Ahura sí!... ¡Mire, Regules, mire!

Fructuoso había acertado una de las proezas de Juan.

El pruebista aprobaba satisfecho que una de sus lecciones hubiera afinado el tacto del capataz.

—¿No ve que es fácil?... —lo alentó Juan.

El pardo López se maravilló al descubrir la habilidad de Fructuoso. El correntino Eduardo siempre empezaba y terminaba la "rueda" de los tragos. A Duvimeoso se le encendían los ojos. No se apartaba de Regules, poseído de una admiración infantil. A medida que se iba apagando el fogón, la trasnochada inteligencia de los peones se aclaraba, salpicada de caña.

La damajuana no resultó tan difícil de manipulear como al principio. Venía más liviana... A Fructuoso no le interesaba ya el destino de su caña. Jugaba con los naipes, pero se le cerraban los ojos al final de cada prueba, de cada triunfo.

—Gracias a esa yegua alzada —dijo Duvimeoso palmoteando a Juan— te tenemos por aquí...

La zaina dormía atada al palenque. La noche le pesaba sobre el lomo.

Juan Regules y Duvimeoso se miraron como dos muchachos decididos a marcar la diferencia de edad. Poco sabían manejar esas miradas fraternas. Pero se entendieron.

El capataz tambaleó y cayó como un fardo en su camastro. El pardo López ya roncaba. Eduardo se tendió en un catre.

—Agarrá la yegua... —dijo por lo bajo Duvimeoso—, sacala pal bajo... Es mansita, ¿no?

—¡Como una oveja!...

Juan comprendió la intención desde la primera mirada de su compañero. Caminó hasta el palenque, desató la zaina y la alejó de los galpones.

A pocos pasos ya venía Duvimeoso con "Don Juan" de tiro.

El padrillo avanzaba a largos pasos, inquieto, pero aún frío. Juan los esperó en el bajo, palmoteando el pescuezo de la yegua, que paraba las orejas buscando en las sombras el hálito que engendraba el semental. En el silencio de la noche, y bajo las estrellas, se juntaron los hocicos ansiosos, en húmedo reconocimiento.

Los muchachos se sentaron en unas piedras. Liaron cigarrillos. Juan picaba tabaco y se reía, nerviosamente satisfecho. Duvimeoso apretaba los dientes con rabia, al morder la chala. Aquel robo, aquella decisión, era como un desquite. Mandaban ellos, eran ellos los dueños del padrillo, de la yegua, del campo y de la noche.

No comentaban el "contrabando". Sobraban las palabras. ¿Para qué explicar el odio al patrón, quien seguramente negaría a Regules la cruza de esos animales?

—En la Colonia no tienen padrillo, ¿no? —preguntó Duvimeoso.

—¡No me hagás reír!... —dijo Juancito—. ¿De dónde van a sacar para padrillo?

La noche, sus estrellas, eran los únicos testigos de aquella muda rebeldía. Se contestaban con sucesivas pitadas. De cuando en cuando, un codazo, seguido de una carcajada. Los ojos, adueñados de las sombras, dominaban la escena, el acto animal. Los yeguarizos destacábanse netos contra la tersa superficie del tajamar.

Juan Regules sonreía contento con la treta. Pero Duvimeoso, no. Para él, era algo más que un juego. Para el cuidador del padrillo, era una posesión, un dominio que lo elevaba sobre sus grises días de peón. La noche grande y generosa levantaba su rebeldía hasta las primeras puntas del amanecer. El peón sentíase dueño del reproductor. Oscuro desquite, mientras dirigía a su capricho aquella fuerza, el torrente animal que se erguía en la húmeda hondonada.

En los galpones, y menos aún en "las casas", nadie oyó los fuertes pasos de "Don Juan" en la tierra dura del amanecer. Los perros se hicieron cómplices de Duvimeoso. Tan sólo un teru-teru levantó su tímido grito de protesta y alarma, allá por los contornos del tajamar. Pero los pájaron chillan por cualquier cosa y sólo los ciegos reparan en eso. Don Ramiro se despertó con los golpes de los vasos del semental en el piso del pesebre. Un caballo tranqueaba en su vecindad. En seguida oyó los cascos de la zaina, cerca de la enramada. Debía de estar por romper el alba, pues le escaseaba el sueño. Dió algunas vueltas y no pudo continuar en la cama. Se abrigó, buscando el habitual calorcito del fogón. Allí estaba el mate, la yerba, la caldera... Y, lentamente, se las arregló para empezar a matear. La peonada dormía más de lo corriente. Sintió pasos, ruido de estribos y arreos. Era Juan Regules que ensillaba su caballo. Al ver al ciego, se le acercó:

—Don Ramiro... güenas... soy Juan Regules —su mano se adelantaba, fría y dura. Don Ramiro la sintió cerca de su poncho.

—¿El hijo de Prudencio?... Ya sabía que andabas por aquí...

—Voy a aprovechar la mañana y me vuelvo... —aclaró Regules.

Don Ramiro dijo, tanteando el mate:

—A la gente parece que se le han pegau las cubijas... Ta aclarando, ¿no?

—Déme el mate —le reclamó Juan, eludiendo la charla y manoteándolo—, déme que yo se lo preparo.

Tomaron unos mates en silencio. La madrugada traba la lengua de los paisanos. Sólo hay gritos destemplados y una que otra blasfemia en el corral, mientras se ordeña y se maldice al ternero mañero.

—Conversaron hasta tarde... —dijo el ciego.

—Unas pruebitas de baraja... —respondió Juan.

—Así me parecía...

Don Ramiro no se atrevió a preguntar, pero agregó, para no pasar por zonzo:

—Duvimeoso no hace mucho que se recostó... No sé qué habrá hecho con "Don Juan"... ¿Se le habrá escapau del pesebre?...

Juan quiso eludir la respuesta. Se puso de pie y caminó hasta su caballo, ensillado, que tascaba el freno. La zaina, al palenque, levantaba la cabeza mirando la salida del sol.

—Bueno, don Ramiro —dijo Regules—, hasta otra... Me tengo que dir...

El ciego le dió la mano.

—Recuerdos a tu padre.

Y se quedó como mirando la tierra, con la cabeza gacha y la mano en el asa de la caldera.

Regules montó de un salto y entre ladridos de perros que se quitaban el frío, rumbeó para la tranquera con su yegua de tiro. No bien había cubierto unos cincuenta metros, el capataz, desperezándose al lado de don Ramiro, le preguntó a éste:

—¿Pero no venía para hacer servir a la zaina?

—Debe de haber cambiau de idea... —contestó el ciego.

—Le ha tenido miedo al pedido... Y hace bien. Don Nico lo iba a sacar con cajas destempladas... Con esa yegua sotreta, cualquier día conseguía la monta...

Tenía sueño y hambre. Los perros desperezábanse a su lado y las gallinas picotearon en la yerba que acababa de arrojar junto a unas barricas vacías.

CAPÍTULO III

El invierno arreó a la gente para el interior de las casas. La señora Micaela, atacada por un reuma tenaz, envuelta en mantas, lamentaba que su sillón no tuviese ruedas para arrastrarse de la despensa a la cocina. Las estufas consumían excesivo kerosene, se gastaba demasiado carbón en calentar las planchas y duraban poco los paquetes de velas. Por ello sufría en su inmovilidad. Bica no paraba en las casas. Se la veía en largas confidencias con el ciego y rondando los galpones, como antaño, cuando no moraba allí la familia.

—La cabra tira al monte —dijo sentenciosamente doña Micaela a Adelita—. Ahí tenés cómo se cumplen las cosas. ¡Será siempre la misma gaucha, es inútil!

—A mí me extraña mucho...; desde que estoy así... —contestó Adelita, cerrando su saco de lana—; en lugar de ayudarme, no se ofrece para nada. Antes soñaba con tejer para el chico...

—¡Es una salvajota!... —agregó doña Micaela—. No hace más que comer como una desorejada... La raza le tira...

—La voy a mandar llamar... Ya debía estar aquí, poniendo la mesa.

Bica, abrigada con amplias ropas viejas, se les presentó en ese momento. Sin decir palabra se puso a preparar la mesa. Adelita observó sus ojos, enrojecidos por el llanto. Su suegra no reparó en ese detalle, porque no imaginaba que podía llorar la fornida muchacha. Incapaz de contenerse, repitió sus retos, de frases invariables, mordaces o directas:

—¡A buena hora!... ¡Ya era tiempo!... ¡No sé qué tenés que hacer por los galpones!... Siempre la misma cosa. Llega la hora de poner la mesa y la "señorita" por el jardín o por el tambo... No acabás de saber tus obligaciones...

Bica no la oía. Tampoco la escuchaba. Adelita seguía con los ojos sus movimientos, cada día más lentos y graves. Los ojos de párpados rojos e inflamados condujeron el instinto de Adelita hacia comprobaciones que no deseaba verificar. Pero, de pronto, sintió la imperiosa necesidad de enfrentar el oculto problema de Bica. Aguardó que terminase de poner la mesa. Desde un ángulo del comedor, la observaba curiosa. A la mucha-

cha terminó por resultarle difícil realizar su labor y disimular su estado. Al inclinarse en la mesa, sus pechos abultados se le presentaron a Adelita como las imágenes vivas de los suyos, ya disminuídos ante la curva del vientre pesado de siete meses. Cuando Bica acabó su diaria tarea, ella la siguió silenciosamente. Atravesó el patio, y al pasar por la puerta de la cocina, donde la muchacha se sentó, acurrucada, la llamó con la misma suavidad de siempre.

—¿Querés venir conmigo? —le dijo en tono bajo, mientras se encaminaba hacia el cuarto de Bica—. Tengo que preguntarte una cosa.

A Bica se le aflojaron las piernas. Ya sabía cuál era la pregunta. Sintió que se le hacía un vacío en el mismo lugar de su cuerpo donde palpitaba una vida que le llenaba totalmente la existencia.

Entraron en el cuartucho de tablas y techo de cinc.

—Encendé la lámpara —pidió Adelita.

Bica no hallaba fuerzas para cumplir aquella orden apenas perceptible. Dió con los fósforos, pero se le cayeron de las manos. Adelita fué la que encendió la lámpara. Bica ya lloraba, tirada de costado en el lecho.

—¿Por qué no me lo has dicho? —murmuró Adelita cerrando la puerta. Hizo subir la mecha. El cuarto se llenó de una luz que a Bica le pareció más clara y casi hiriente, al sentirse ruborizada y con lágrimas en los ojos.

—No te asustes... Bica —prosiguió Adelita—. No es para asustarse... ¿No te acuerdas que yo te anuncié el mío, primero a ti que a nadie?... ¿Eh?... ¿Por qué lo has estado ocultando? Si no me viese así... me habría dado cuenta mucho antes... de tu estado...

Bica sintió de pronto una incontenible cólera, como si la hubieran sorprendido en flagrante delito. Levantó la voz:

—¡Me voy esta misma noche!... ¡No quiero saber nada de todos ustedes!... ¡Salga de aquí!... ¡Váyase, váyase!

Adelita, con la doble gravedad de su aplomo y su estado, levantó las manos abiertas para contenerla y acariciarla a un tiempo.

—¡No me quedaré un minuto más aquí! Y salga de mi cuarto... ¡Salga!... ¡No quiero verla!... ¡No quiero a nadie!... ¡Déjeme sola!

Cayó en una crisis nerviosa, anegada en un llanto que humedecía la almohada.

—No quiero a nadie... ¡Salga!... Déjeme sola con mi vergüenza. Yo sé lo que tengo que hacer...

Adelita esperó que pasase la crisis. Con las manos tendidas como los ciegos, inmóvil, sin articular palabra. La lámpara le calentaba las espaldas. Una inmensa sombra se estampó en la pared. En el ambiente flotaba la apaciguadora fragancia de la malva. Bica lloraba, murmurando palabras incomprensibles. Cuando el llanto se hizo humano, simplemente de madre, Adelita se sentó a los pies de la cama para darle confianza y la silenciosa prueba de su serenidad. Después, al cabo de unos minutos de llantos, díjole en voz baja:

—No te aflijas, todo pasará muy bien... No te voy a preguntar de quién es...

Bica se incorporó. Iba a gritarle de quién era, porque le nacía de adentro un grito capaz de recorrer leguas y leguas. Pero se contuvo al enfrentar la serenidad de Adelita. Las dos se miraron. Y una se vió en la otra. A Bica le quemaba en los labios el nombre de Marcelo. Adelita volvió a repetirle:

—No te voy a preguntar de quién es... Eso poco importa... Los hombres son todos iguales. Los chicos, los niños, sí, son diferentes.

Bica no entendía, pero las manos de Adelita eran más expresivas que sus labios.

—No te pongas así, que puede hacerte mal... —la acariciaba—. Hay que ser valiente... Déjame que yo piense lo que se deba hacer... ¿Comprendes? Y verás que salimos bien de este paso.

Bica le tomó las manos. Adelita se inclinó con dificultad y la besó en la frente.

—Te devuelvo aquel beso que me diste bajo el parral —le dijo emocionada.

Los ojos de Bica se llenaron de lágrimas.

—Arréglate... Nadie se ha dado cuenta —la animó Adelita—. Mañana te voy a decir lo que tenemos que hacer...

—Don Ramiro está enterado... Es el único —agregó Bica tartamudeando.

—Mejor, mucho mejor —dijo Adelita, poniéndose de pie para salir—. Él nos va a ayudar... Creo que nos va a servir de mucho —terminó con gesto de inteligencia.

Bica quedó ante el espejo, arreglándose los cabellos, enjugándose las lágrimas. Había pasado el temporal. Ahora respiraba mejor y le pesaba menos el hijo.

Salió a tomar aire. La fría brisa nocturna acarició

sus mejillas enrojecidas. Anduvo por los senderos del jardín, sonámbula entre las ramas sin hojas y las estrellas en lo alto, temblorosas. Pensó en don Ramiro y fué a buscarlo.

El ciego, arrinconado en la cocina, parecía una mancha de humedad contra la pared ennegrecida. Estaba solo, como de costumbre, medio dormido con el marlo apagado en la diestra. La lumbre, perdida en las cenizas, apenas lo calentaba. Los perros miraban el fogón agonizante.

Bica se le acercó.

—¡Ah, sos vos, muchacha!... ¡Casi me había dormido!... —dijo el ciego buscándola con las manos—. ¿Qué tal andás?

—Y... bien... Ya no tengo tanto miedo... ¿Sabe? Ni pienso dirme.

—¡Ah, ah!

—No me importa...

—Güeno, a guapearle entonces...

—Necesitaba que otra mujer lo supiera... ¿Sabe?

—¡Ah, ah!...

—Ahura ya me animo a tenerlo...

—¡Así me gusta!... —don Ramiro quiso tocar a Bica. Quería cerciorarse de que la tenía muy cerca.

—Lo sabe la señora Adelita... Y me va a ayudar.

La cabeza del ciego se irguió como si de pronto hubiese recuperado la vista. Sus dos manos se adelantaron a Bica.

—Conque la señora Adelita, ¿eh? No has rumbeau mal... —explicó el ciego—. Ella era la que debía saberlo.

—Y lo sabe...

—Debía saberlo, porque es tu hermana, pues...

Un silencio profundo se interpuso. Para cerrarlo vino bien el perro, que sacudió su pata trasera contra las costillas, a fin de sacarse unas pulgas de encima.

—Son del mismo padre... Bica... La finada Malvina, tu madre, que Dios tenga a su lau, me contó la cosa. Aura que la señora Adelita te da la mano, es como para saberlo... ¡No por algo te priesta ayuda!... Dios la manda.

Bica hubiese preferido no saberlo. La noticia le produjo asombro y tristeza. Se quedó con la mirada fija en la punta del rojo tizón, que parecía la pupila ensangrentada de un muerto.

Cuando Bica fué a servir la mesa, Adelita se disponía a escribir. Nico le preguntó si tenía tanto apuro en enviar la carta y a quién escribía. La pregunta paralizó a Bica. Adelita respondió:

—Después te digo...

La discreción de Adelita la sobrecogió. Nico y su madre se miraron interrogantes. Y se sentaron a la mesa, mientras Adelita terminaba su correspondencia. Bica quería volver a hablar a su patrona, a su hermana. Sospechó que Adelita escribía a Marcelo. Debía impedírselo. "No tiene que saberlo. ¡No! ¡Ni él, ni nadie más!"

Cuando terminaron de comer, se volvieron a encontrar en el cuarto de la sirvienta.

—Señora —imploró Bica—, no quiero que él lo sepa... Pienso dirme de aquí... No mande esa carta.

—¿Cuál carta? —preguntó Adelita.

—La carta que escribió... Yo sé que es para el señor... Marcelo —dijo Bica con dificultad.

—No, no es para él... No te aflijas... Es para que un agrimensor haga los trámites y venga a medir un campo. Vas a irte a vivir a una chacra, en el potrero nueve..., el que da al río... Yo te lo regalo. Tendrás una casa para tu hijo...

Bica levantó los ojos hasta los apacibles y velados de Adelita. ¿Una chacra junto al río? ¿Eso había dicho?

—Sí —continuó con una lágrima que le mojaba la voz, apagándole las palabras—. Vas a vivir con don Ramiro y una mujer que te ayudará en los primeros tiempos.

Bica quiso besarle la mano porque no eran palabras de hermana, sino palabras de patrona, de mujer y dueña que podía disponer de vidas y haciendas.

—¡No, no!... —gritó Adelita como huyendo de una blasfemia—. ¡No tienes por qué besarme la mano! —Y ella la besó en la mejilla, suspirando levemente. Bica apretaba las manos de Adelita como si, aferrándose a ella, le transmitiese en mayor grado su bondad.

—La semana que viene mandaré alambrar tu chacra. Y antes de un par de meses vas a tener la casa. ¡Es cosa resuelta!

Adelita se alejó sonriendo. La muchacha no sabía si reír o llorar. Cuando fué en busca de don Ramiro,

iba arreglando sus ideas para darle la noticia. Pero no pudo dársela, no tuvo palabras para ordenar su alegría. Se juntó al viejo. Sentada a su lado, primero; echada a sus pies, después, adelantó con proyectos la vida prometida, el avizorado porvenir. Fué tan feliz aquella noche que el anticipo de dicha la conformó totalmente. Aunque resultase irrealizable, había vivido el sueño de Adelita y el suyo propio. Sueño de hermanas, al fin, como en la infancia lejana.

Y Adelita, en su cuarto, luchaba con Nico para imponer su inesperada voluntad de madre.

—¡No! No veo la necesidad de llegar a tanto. ¡Que se vaya al pueblo, que se meta en una casa y tenga el hijo! ¡Pero esa idea de la chacra es una locura! —gritaba Nico paseándose en la habitación.

Adelita no podía alterarse, no sabía levantar la voz. Más segura que de costumbre, desde su lecho agrandado por la cercana maternidad, sin alzar los ojos de las sábanas, continuaba exponiendo sus razones:

—Es la más decorosa solución... Y así se hará. Unas cien hectáreas de buena tierra. Para ella, para su hijo y don Ramiro. ¡De las tierras de papá!

—¿Cien hectáreas? Pero, ¿vos sabés lo que son cien hectáreas sobre el río? —protestó Nico deteniéndose.

—Ahora te hago notar que ya admites la idea y que tan sólo te resulta exagerada la cantidad y demasiado bueno el lugar —observó Adelita sin cambiar de tono.

—No, no... ¡No admito ni una cosa, ni la otra! Ni vamos a ceder esas tierras, ni hay que solucionar las cosas como si fuésemos nosotros los responsables.

—¿Y quiénes son los responsables?

—¡Marcelo!... ¡Que arregle él, si le parece!

—No hablemos de responsabilidades. Es un asunto de conciencia —dijo Adelita con calma, abrigándose con su manta de cueros de zorro—. Y, por arriba de todo, siento un gran placer en proceder así, y no vas a privarme de ello.

—¡Es que me parece un disparate!... —contestó Nico algo molesto, poniendo una mirada vaga e hipócrita en cada objeto de la habitación. Así sabía reaccionar cuando no hallaba argumento valedero y veía perdida la discusión—. ¡Van a terminar por creer que el padre soy yo!

Adelita hizo un silencio de esos que asustaban a Azara. Silencio hostil, de poderoso efecto. Nico prosiguió:

—Hay mil formas de solucionar el mal paso... Ese

de la chacra es descabellado, no conduce a nada práctico. En fin, yo pienso que se le podría comprar una casita en los alrededores del pueblo —se animó a proponer—. Una casita y darle una pensión hasta que el hijo crezca.

—Sí, y después que trabaje de sirvienta, ¿no? —preguntó Adelita alterada la voz—. ¿Y aparezca algún canalla que se aproveche de ella?

El tono de Adelita, alto, de timbre acentuado, produjo una fuerte reacción en su marido. La miró. Ella había cerrado sus puños y se afirmaba en el lecho, un tanto erguida. Los cabellos le caían en la almohada, sujetos en dos trenzas negras y pesadas. Prosiguió levantando más el tono:

—¿Será sirvienta? ¿Te parece bien? ¿Hasta que dé con un pobre diablo que cargue con ella y su hijo?... ¡Contéstame!

Adelita esperaba una respuesta. Nico no sabía qué decir. Pero se animó con una frase que había oído hacía tiempo y que creía que daba un aire de autoridad a su pensamiento endeble:

—Cumplirá su destino. ¡Qué le vamos a hacer!

—¿Cumplirá su destino? —preguntó Adelita—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿De qué destino hablas? Si viviese mi padre, para Bica sería muy distinta la vida. Sólo por mi falta de carácter y por respeto a tu autoridad yo no he hecho de ella lo que se merece... —marcó las últimas palabras.

Hubo una pausa llena de presagios. La voz de Adelita era otra. Desconocida, nueva, apoyada en su maternidad.

Nico la miró desconcertado. Cuando Adelita hablaba de su padre, mencionaba, sin quererlo, la mitad del largo latifundio que pisaban. Precisamente, ponía por delante las tierras que iban hacia el río, señaladas en la hijuela de Adelita. Su cuantioso aporte a la sociedad conyugal.

—¡Si mi padre viviese —recalcó ella, transfigurada—. Bica no habría caído en las garras de tu hermano, porque no habría sido "la gaucha"!...

Nico trató de serenarse. El estado de su mujer le impedía los habituales desplantes de dueño y señor, con los que cerraba toda discusión. Pero descubrió en su mujer algo más que esa supuesta impunidad. Traer a la conversación la presencia austera de su suegro no era frecuente en ella. La miró, interrogante.

—Si papá viviese... Bica ocuparía un lugar muy diferente... Porque es hija suya, tan hija suya como lo soy yo —y se quedó mirándole, inmóvil, seria.

Repentinamente, Nicolás Azara vió con claridad todo lo que pasaba, pero disimuló una sorpresa conveniente.

—Lo ignoraba por completo...

—Pues es así... —respondió Adelita suavizado el gesto, pero con aire de triunfo, metiéndose bajo las sábanas. Quería dar término a la discusión con ademanes, más que con palabras. Para darle a entender a su marido que habían agotado el tema, dijo con voz apagada por los cobertores:

—Y... ahora hay que ir pensando en mi ida... Debo ver al médico...

—Cuando quieras, Lita..., mañana mismo —exageró Nico.

—No hay apuro... Ya te diré cuándo. Ustedes no saben mucho de estas cosas...

Y se besaron en silencio.

En la Colonia pululaban más de cincuenta familias criollas de oscuro presente y destino inseguro. Miseria y abandono. La hija del esquilador y el hijo del tropero. La mujer del peón mensual y sus chicos, que acarreaban agua o hacían changas a los gringos. El mensual no podía tenerlos en la estancia donde trabajaba. Alambradores, paisanos viejos, inservibles, antiguos domadores. Gente de los ranchos, pedazos de barro, harapientos y remendados como los techos de las viviendas y las empalizadas de las letrinas. Instalados alrededor de la pulpería o en el extremo sur, cerca de las puntas del arroyo "Viboritas". Las mujeres lavan la ropa de los peones, planchan las prendas del comisario y ayudan a los "rusos" en minúsculos menesteres. El acarreo del agua es trabajo corriente para los chicos de seis a ocho años. A la salida de la escuela, corren al arroyo con latas de nafta y toneles arrastrados por petisos bichocos. Regresan en pintoresca caravana. A medida que aumenta el valor agresivo de las frases, se producen las deserciones. El piropo soez a la chica núbil, precoz en sus diez años, separa a su autor de la tarea infantil. Es un juego —el único— como una ronda de la que se elimina "al grandote", porque dice cosas inconvenientes o propone cambios

en su infantil desarrollo. Se hace un oficio-juego, exclusivo para los niños. Tanto, que se paraliza durante las horas en que las mujeres van a lavar la ropa. "Ir por agua" es una juerga para los gurises, reglamentada por la inocencia.

A Guillermo Hoffmann le preocupaba la vida de los niños, pero en mera forma de curiosidad, como si se tratase de las hormigas o de los hongos. No le interesaba el destino de aquella población infantil. Lo entretenían lo mismo que las bandadas de cotorras que ponían verde el cielo y el aire áspero de chirridos.

Miraba la chiquillada atravesar el camino, cargar baldes, apedrear a los pájaros, violar propiedades. Seguía sus correrías como un pasatiempo.

Un día salió de la chacra del viejo Regules, a la entrada del sol. En un rancho vió a una chinita llorando, metida bajo el hombro de un gringuito chacarero de gran estatura. No eran extrañas las relaciones entre la gente que trabajaba la tierra con alguna seguridad, y el pobrerío recostado a los adobes. La chinita —once años muy desarrollados— era la hija de Segundo Sánchez, ocasional esquilador, conocido castrador de vacas, casi siempre fuera de la Colonia. El muchacho levantó la vista y miró a Guillermo por encima de la cabeza de su compañera. Formaban una pareja desigual. Él tendría veinte años.

Hoffmann siguió su camino pensando en el padre de la precoz muchachita que a los once años exponía su pequeño drama sentimental.

Sánchez, en época de la esquila, permanecía ausente largas temporadas. La mujer lavaba ropa. La chica quedaba sola en el rancho, sin comer; a veces, por pereza, otras por escasez. Segundo Sánchez, hombre ensimismado, silencioso, no toleraba ninguna relación con la gringada. Los "rusos" no tenían vacas para castrar, ni ovejas para esquilar. Era más criollo despreciarlos. Por eso vivía al margen. Su rancho, perdido entre el yuyal, aparecía custodiado por tres paraísos raquíticos, única relación de Sánchez con el reino vegetal.

Hoffmann se alejó pensando en el oscuro destino del castrador de vacas. Nunca creyó que fuera necesario quitarles a esos animales el sexo para engordarlos y venderlos. Y prosiguió su camino, impresionado por el rostro dramático de la chinita. Hasta hacía bien poco tiempo iba por agua al arroyo. Ahora, pegada a un hijo de gringo, lloraba una pena de amor, sin duda.

El pocero volvió a pasar, cuatro horas después, y encontró a la pareja en idéntica posición. El llanto continuaba. La misma congoja, idéntica actitud, en aparente mudez animal. El muchacho a su lado, erguido, alto, apoyado en un poste. Ella, inconsolable, como bajo el ala de un pájaro.

Hoffmann no tuvo fuerza para tornar la cabeza. Se llevó esa imagen de dolor grabada en la retina. En primer plano los amantes, más atrás el rancho, haciendo fondo, y los tres paraísos y la ropa tendida y la barrica llena de desperdicios y la letrina, con una cortinita de lona agitándose hacia afuera. El viento mandaba ráfagas pestilentes.

Unos pasos más al norte, el rancho de un alambrador apartado de todos, miserable, solo. El hombre vivía retraído. Su mujer lo había abandonado con tres hijas, ya mozas, que sabían correrse por la invernada del Puesto 9, con los muchachos criollos y también con algún gringo —¿por qué no?—, aprovechando de las calientes noches de diciembre... Tres chinas con amplios vestidos chillones. A su paso, apenas les contestaban el saludo las muchachas polacas y las "rusitas" pocas veces alejadas de las sementeras...

Bordes de la Colonia, resaca humana, flecos que le cuelgan a las tierras mal administradas, jirones de los latifundios. Rancheríos agachados. El relincho del caballo que despierta atado al portón, salta por encima de las cumbreras, estremeciendo la paja y el barro. Cuando sobre la tierra el tractor del "ruso" lucha con el terrón y se enreda en la dura raíz, el rancho tiembla imperceptiblemente y las cañas tacuaras recogen el eco lejano que se acerca.

Ranchos de adobe y paja amarillenta que miran el camino con ojos legañosos. Puertas a medio cerrar, empujadas por el viento, castigadas por la lluvia. Ventanas tapiadas con hojas de lata oxidada. Viviendas comprometidas con la historia, que fueron alegres, y siempre pintorescas, cuando se amontonaban para agitar sueños, para gestar campañas. Mojones endebles del progreso. Ranchos cantados más tarde por los poetas y payadores, pero que ahora están como destripados, erizados de miseria, amargando el paisaje de América.

La pulpería se distingue, cascaruda, sin insolencia pero con la altanería de su recio palenque y rejas protectoras. Es rosada o blanca. Se le han trepado a la

fachada un nombre y la firma comercial. El pulpero no ha sido cruzado ni conquistador. Un hombre atrincherado en el mostrador, siempre despectivo y huraño. La pulpería, una avanzada de la estancia, su "casa de pago", su representación en el rancherío. La pulpería, para los sábados de fin de mes y las carreras domingueras, donde las apuestas se cruzan entre patrones y paisanos y se miden los pingos de todos los pagos.

Guillermo Hoffmann iba de tarde en tarde a buscar provisiones. Le impresionaba el silencio hostil del boliche. Sólo la caña encendía al paisanaje, sacándolo del mutismo habitual. Torva era la atmósfera. Rostros recelosos en la penumbra. Jugadores de billar, con los sombreros caídos sobre la frente. Hería sus pupilas la luz amarillenta de la lámpara. El pulpero, reservado, grave, recostado a las piezas de madrás y madapolán, apoyado al mostrador, seguía con aburrimiento las carambolas en el paño remendado y polvoriento.

La noche rodeaba a la pulpería, acorralándola con sus dilatadas sombras. Los paisanos se saludaban apenas. Nada tenían que comunicarse. Los días parejos, repetidos, monótonos, desembocaban en el boliche, se remansaban, con la resaca de la gente en la mala, "trabajando" el fiado.

Guillermo Hoffmann se sorprendió cuando, al entrar, dos desconocidos —tipos de linyeras— se dieron vuelta para mirarlo de arriba abajo. Mientras hacía su compra, no perdió una palabra de la desusada conversación:

—¡Buen miserable!... Si le carnean en su propio campo, nadie más que él tiene la culpa... —dijo uno de los desconocidos, el más joven, criollo de pinta pueblera—. Podía dar carne a un precio razonable y ayudar a estos desgraciados con una carnicería como la gente. ¿No le parece, amigo?

La agresiva conversación de los supuestos linyeras buscaba el asentimiento del pulpero. Repitieron los interrogantes, acompañados con tragos de caña y miradas pendencieras desde el borde de los vasos.

—Ahí tiene usted a la gente del gobierno... Metiéndoles el cuento de que va a hacerles un puerto... ¡Qué puerto ni qué ocho cuartos! ¡Mientras no se muera el Azara ese, no hay puerto, ni caminos, ni colonia que adelanten!

El pulpero pasaba con lentitud un trapo húmedo sobre el mostrador carcomido, de bordes gastados a fuerza de aguantar tantos rozamientos de cueros y cin-

tas erizados de monedas y facones con vainas plateadas. Él no iba a entrar, no, en complicidad con los extraños. Los observaba, en guardia.

—Cada vez que paso por aquí, me da un poco de rabia —prosiguió el provocador—. Siempre la misma miseria entre los criollos y las chacras, apretadas por los campos sin cultivar de ese señor... ¡Y después hablan de hacer patria!

Se tomó una copa de caña de un saque, golpeándose en el pecho, para animarse y acentuar el trago:

—Dicen que son haraganes y sucios... ¿Qué otra cosa pueden ser?

Se dirigía al pulpero, que se hacía el desentendido.

—¿Por qué no juntará unos pesos esta gente? —le preguntó encarándose con él—. ¡Si ganan mucho en la esquila!... —remató la pregunta.

El pulpero lo miró y no quiso contestarle. Pero el otro supuesto vagabundo, con ojos de sueño y ademán desacostumbrado, le respondió:

—¿Cómo querés que junten dinero, si no les representan nada sus ahorros? Ni con candil encuentran tierras para comprar. ¿Dónde se vende tierra, a ver, decíme, dónde?... ¡Como para comprarse una chacra!...

El extraño, después de una pausa, agregó:

—Hacen bien en jugarse los cientos de pesos que llegan a ganarse en las esquilas. Por lo menos, jugándoselos se sienten hombres libres. Por más que amontonen, de nada les sirve el dinero. Por aquí nadie les vende tierra. Hay que esperar a la muerte, que en ocasiones arregla muchas cosas... ¡O el pleito que los obliga a fraccionar los campos!...

El pulpero lo miró como a un intruso que intentara desordenar los días apacibles y mansos de la campaña. Unos que jugaban al billar levantaron la vista de la mesa. Los forasteros alzaron la voz:

—¡Ni pueden tener hijos! Ésa es la verdad... —terminó agresivo, con señas de asco, escupiendo a un lado—. Yo les iba a dar, si me hiciesen caso los esquiladores...

Miró uno a uno a los criollos del billar, como interrogándoles:

—Si se plantasen y no fuesen a esquilar... ¿Qué puede pasar?... —hizo una pausa—. ¿Eh? ¿Qué puede pasar? Miles de ovejas por el campo, cargadas de lana, dejando caer los vellones... ¡Eso pasaría! Miles, miles de ovejas arrastrando esa riqueza que poco a poco ro-

daría por la chirca hasta que algunas muriesen de calor en el verano... Sería lindo una huelga de esquiladores, para que aprendiesen...

El linyera le clavó los ojos a Hoffmann. Éste esquivaba su mirada.

—Los alambrados se llenarían de lana, ¿comprende? Una riqueza librada al viento. ¡Vería usted cómo se ablandarían y cederían un poco de tierra a toda esta gente apelotonada en este pueblo roñoso!

Guillermo cambió miradas con algunos paisanos y, por último, con el pulpero. Pensó que tenía razón el linyera. Las tierras se fraccionaban por orden de los jueces, a fin de simplificar pleitos prolongados y sucesiones enredadas. Todo esto en combinación con los abogados, prontos para cobrar sus honorarios.

Imposible crecer y hacer patria. Una cintura de hierro apretada ceñía a la rudimentaria colonia, al informe conglomerado de chacras que buscaba rumbos. Había que trabajar para el pingüe rendimiento de una tierra fecunda. Trabajar casi en vano y no reproducirse. Crecer, sin multiplicarse.

Guillermo Hoffman regresó preocupado. Había ido por yerba y galleta, y regresaba pesado de ideas contradictorias. Los ranchos le salieron al cruce, como fantasmas...

A los pocos días, supo que a los dos supuestos linyeras los llevaron esposados a Montevideo.

CAPÍTULO IV

El mal humor de Nicolás Azara —sólo el patrón puede dar signos de su estado de ánimo y centralizar toda la cólera de una estancia— se divisa a lo lejos, como las fogatas en el monte. Caballos ensillados bajo los árboles; peones que van y vienen en una falsa actividad. El galpón desierto, los fogones apagados, dos o tres hombres contando cueros en voz alta —cueros vacunos que hasta ese momento estiraban su seca muerte en pilas desordenadas—. El peón casero barriendo los gallineros; otro, arrancando los yuyos que la pereza, el desgano y la indiferencia dejan crecer a sus anchas. Duvimeoso regando con creolina el pesebre de "Don Juan". El correntino Eduardo, encaramado en el molino, engrasándolo y, abajo, el quintero, matando las

hormigas. El chofer que limpia las bujías y cambia el agua del radiador. Un mensual se aleja con un rollo de alambre y herramientas para reparar la cancela enclenque. Otro cura el abichamiento de una ternera guacha... Hasta don Ramiro trenzaba en silencio su lazo de ocho, enterado de la cólera del patrón. Actividad insólita, movimiento inusitado, porque don Nico alzó la voz e impartió órdenes como un capitán en el momento del zafarrancho.

El mate recostado a la caldera y el fogón con las cenizas frías, que el soplo invernal aventaba. En los lugares de reposo, la soledad. Y en los sitios de trabajo, el hombre galvanizado por el mal humor de quien manda. Actividad poco frecuente, vigilada por la cólera solitaria de Nico, espiada desde las ventanas como un negrero de la colonización.

Nicolás Azara se había quedado solo con las sirvientas. Adelita y doña Micaela, en Montevideo, tejiendo en la vieja casona, contando los puntos de las prendas de lana y los días que faltaban para la llegada del heredero. El solitario patrón era más autoridad en el ámbito de la estancia y en el espacio que limitaban los cerros, las cuchillas y el río lejano. Dueño y señor, eje del latifundio, punto céntrico de la circunferencia que trazaban sus miradas dominantes. El mando se agrandaba en la soledad. En juego su temple de terrateniente, al que no seducen las languideces de los atardeceres, ni debilitan los fríos cuartos deshabitados, los patios con gorriones confianzudos; la galería del frente, visitada por las gallinas.

La estancia vacía irritaba a Nico. Desatado su mal humor, hacía duplicar la actividad de los peones, obligándoles a forzar la marcha, a limpiar los galpones, a cambiar el agua de los bebederos y del baño del ganado; a podar los árboles, a sacudir los cueros. Y no era por sentirse menos solo que aceleraba el habitual ritmo del trabajo. Disponía y ordenaba para ejercer un castigo, para que todos en la rueda del fogón vespertino comentasen su enojo, considerasen su mando.

Bica evitaba cruzarse en su camino, y la cocinera hacía memoria para recordar los platos que conformaban el paladar del bilioso.

—¡También!... Se necesita ser mula —dijo la cocinera refiriéndose al capataz—. ¿Cómo no se dió cuenta de que a sus espaldas le hacían servir la yegua?...

En la estancia muchos habían olvidado el episodio.

El chisme vino de las chacras. Juan Regules lo habría propalado, seguramente, ufanándose de la treta. No se supo por qué conducto llegó a oídos del dueño de "Don Juan". Cuando se enteró, le dieron ganas de pagar para que matasen a la yegua. Pero se desquitaba informando a todos —a los árboles y al molino, a las hormigas y a los perros— de que no ignoraba la trapisonda.

—El boca abierta ese —prosiguió la cocinera—, ¡mire que haberle sacado a "Don Juan" del galpón y no darse cuenta!... ¡Si hasta parece mentira!

—A lo mejor, es un cuento... Cosas del loco Regules, para hacer rabiar a don Nico —argumentó la muchacha grávida, con aire distraído.

—Cuando la yegua dé la cría, vamos a ver si sale con la pinta de "Don Juan"... ¡Buen lío se va a armar si tiene los cuatro cabos blancos!

Bica ya no la oía. Las reflexiones de la cocinera la empujaron a un plano de ideas y pensamientos embarullados. "Cuando la yegua dé su cría, vamos a ver si sale con su pinta"... Caminó hasta su cuarto, parsimoniosa, lenta y más sola que nunca. Ya iba a entrar en él, mareada con sus reflexiones íntimas, cuando oyó la voz de Nico. Reclamaba el almuerzo a gritos. La cocinera le servía. Desde que Bica se hallaba encinta, Nico no quería verla por el interior de la casa. Pensaba en la chacra que en esos días terminaban de alambrar y para la que se amontonaban ladrillos y tirantes. Su rencor corría de Bica a Marcelo. Por respetar al hijo que aguardaban en Montevideo, no la hacía responsable a su mujer.

Almorzó de ceño fruncido. Insistía en demostrar su violencia, rechazando platos, haciendo sonar los cubiertos en un tintineo de impaciencia. De pronto, se detuvo, y dirigiéndose a la cocinera, a boca de jarro:

—¿No ha oído nada entre esa gente, sobre la cuestión del padrillo?... —le preguntó clavándole la mirada.

—Yo, nada, señor.

—Ustedes no oyen más que lo que les conviene...

—Oí decir, no más, que fué cosa de Juan Regules...

—Eso lo sé yo también...

La cocinera retiró los platos con movimientos medidos.

—¡Como para ponerlos a todos de patitas en el camino!

La cocinera no hizo ningún comentario. Nico la uti-

lizaba para que transmitiese ese mensaje al galpón. Se puso de pie violentamente y encendió la radio para escuchar los noticiosos.

A las dos de la tarde, se vió venir al sargento Demetrio en un caballo gateado. Los peones que estaban en la estancia se miraron un poco recelosos. No vendría a pasear, un representante de la policía.

—Me parece que empieza la farra —dijo el correntino Eduardo.

—Mal olor le siento al gato... ¡Por mí, que me registren!... —bromeó el compañero.

—El que debe andar con *aquello* a dos manos, es Duvimeoso...

Ambos escupieron a un lado como para quitarse el asco y apechugar con lo que viniese.

El sargento los tranquilizó. Mientras ataba su gateado a la rienda de un principal, les adelantó a los dos peones, amigos suyos:

—La cosa es con los de la Colonia... ¡Diez capones cuereados al ñudo!... Dejaron ensartados los bichos en los postes... ¡Es un abuso!...

—¿Y qué piensa hacer?... ¿Qué dice el comisario?

—Va a meter a una punta en el calabozo... Lo malo es que... ¡Cuidau! —advirtió el sargento—. Ahí viene don Nico.

Y le salió al cruce. El sargento conocía muy bien al estanciero. Venía a recibir órdenes y se cuadró como ante un superior. Caminaron hacia la casa. El patrón se llevó adentro la libreta de las denuncias.

—Esta vez hay que tener puños de hierro, dígaselo al comisario —terminó Nico mientras echaba mano a su billetera y entregaba la libreta de los partes debidamente firmada.

—Lo malo es que andamos de un lau pal otro con la cuestión del tifus... ¡Ya se han muerto dos! —comentó el sargento a tiempo que recibía un billete como propina, metido entre las hojas de la libretita.

—Ya se lo dije al inspector sanitario —aseguró Nicolás Azara—. Las chacras son focos infecciosos... ¡Sobre todo entre esos "rusos" mugrientos!

—Y véia qué cosa... Entre esa gente —aseguró el sargento— ¡ni un solo caso!... ¡Dicen que están vacunaus o algo así!... Más bien por los alrededores de la Colonia, ¿sabe?, por el lau del chinerío... Dicen que es del agua...

—No me importa... Que pongan presos a unos cuantos, hasta que alguno cante la verdad...

—Eso es lo que creo mejor... Ya verá cómo de esta vuelta van a escarmentar.

El sargento Demetrio quería tener un aparte con los peones. Como Azara no le ofrecía el cuarto de cordero de otras visitas, al retirarse, con una risita de atrevido, le dijo:

—Y... ¿no me puedo llevar un asadito?

Nico estuvo a punto de negárselo para robustecer su enojo. Pero le autorizó a poner un medio costillar bajo los cueros. Demetrio, además de la carne, quería averiguar en qué andaba el asunto de "la preñadita". Cuando enderezó para la carnicería bichó en la libreta. Cuatro nombres como sindicados de ladrones. El correntino Eduardo y el peón casero se le fueron al humo. Querían enterarse de las denuncias del patrón.

—Y, ¿qué me dicen de la nueva chacra? —preguntó Demetrio para incitarlos—. ¡Ya estaban poniéndole el techo a la casa! Qué lujo, ¿no? ¡Lindo regalo pa la muchacha!

—Así es —aseveró el correntino—. Van a tener a la gaucha por la Colonia.

—Y díganme —volvió a cargar el sargento, acosado por la perrada hambrienta que reclamaba su parte—. ¿Está conforme la moza? Por allá dicen que se casa...

—¿Casarse?... ¡No me parece! —exclamó el peón casero cortando la carne para el sargento—. Agatas que consiga techo.

—Flor de chacra, ¿no? —agregó el correntino Eduardo—. ¡Un campo machazo, con vistas al río! Se va a dar el gusto la desgraciada...

—¿Pero anda muy tristona?... —inquirió Demetrio.

—¡Barrigona querrá decir! —bromeó el peón—. Anda escondida... No viene a los galpones... Y el ciego, más solo que perro sin dueño.

Demetrio vió a Nico que lo observaba. Cargó con su medio costillar. Lo metió bajo los cueros. Los peones se le acercaron. Sabía él qué reclamaban con su proximidad. Les enteró, entre dientes, forzando la voz en el esfuerzo de calzar el pie en el estribo:

—Va a tener que prenderlos en el hospital... o en el cementerio —dijo cuando se enhorquetó en el recado.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Anda el tifus haciendo estragos por el rancherío... Uno de los que manda detener, un tal Sánchez, el cas-

trador de vacas.... Anoche andaba a las boquiadas... ¡Güeno! ¡Hasta la vista!

El gateado salió al trote.

Los peones se tornaron sombríos. Mandar prender a un hombre en desgracia era una picardía. Miraron hacia las casas. En la ventana grande que daba a los galpones, Nicolás Azara tomaba mate, tras de las rejas negras. Su figura recia resaltaba en el fondo penumbroso de la habitación.

Y la figura ecuestre del sargento, al trote del gateado, iba perdiendo su tamaño en la sabana verde oscuro de la invernada de novillos.

El comisario, Felipe Froncoso, hombre adicto al partido gubernista, caudillejo en lejanos tiempos y patriadas, respondía con desgano a las denuncias de los Azara, opositores al gobierno.

—¡Blanco jorobón! —solía decir—. ¡Si no fuera por él, ya tendríamos el puerto aquí cerca!

Hablaba así cuando lo oían sus enemigos políticos, en particular el pulpero, y aquellos otros que veían por los ojos del rico vecino latifundista.

—¡Blanco jorobón! —exclamó al leer la denuncia—. ¡Empiece por Segundo Sánchez, sargento! —le dijo sin mirarlo, tal como hacía cuando daba órdenes.

—Dicen que está enfermo... No sé si será verdad. Pero si usted lo manda...

—Cumpla no más. Esta noche lo prende. A las ocho lo va a encontrar por dormirse. Y mañana a los "rusos" que denuncia don Nico.

El rancho de Segundo Sánchez, el castrador de vacas, estaba ubicado en el extremo norte. Por los aledaños de su vivienda se hallaron tres capones, señal de los Azara, cuereados nada más que para aprovechar los costillares. Según la denuncia, no era por hambre que los habían sacrificado. Bien podía ser por otra especie de hambre, menos específica, menos cabal. Quizás las manos "criminales" estuvieron tentadas de llevarse más alimento para el rancho, pero se contuvieron a fin de marcar la protesta que en "El Palenque" calificaban de "daño intencional". Tal vez cargaban con la acusación los del rancherío y los pacíficos "rusos" chacareros, mientras el saboteador mateaba bajo los árboles de la misma estancia de donde provenía la denuncia. O fuese obra de un caminante, linyera o desertor de la ciudad, cansado de odiar, harto de

enumerar pequeñas injusticias... Esas de crecimiento lento que tardan en tomar cuerpo para imponer un mañana mejor...

El sargento se fué a jactar de su misión con el pulpero.

—Tengo que prender a Sánchez... ¿No le debe nada? —preguntó, burlón.

El pulpero no tenía cuentas con el castrador de vacas y esquilador.

—Debe de andar mal, porque ni yerba manda a comprar. Se le escapó la hija con un gringuito... Tengo entendido que se la llevó a otra colonia, no sé dónde... ¡Dicen que el hombre está enfermo y la mujer, loca de susto!

—¡Parece que es el tifus!...

—No facilite, ¿eh? ¡Es muy contagioso!... El médico no deja usar los vasos de los enfermos, ni los platos... ¡ni nada!... ¡Cuidado! —recalcó el pulpero misteriosamente—. Hay que huir de un enfermo de eso...

—¡No me diga!

—¡Como una peste!... ¡Aquí yo no dejo entrar a naides que venga de un rancho donde haya algún apestado! ¡Ah, no!... ¡Hay que cuidar el pellejo!

—Y, ¿qué dice la curandera vieja?...

—Se le han muerto todos... Está asustada... El médico la va a mandar prender... ¿No sabe?

Demetrio ignoraba tal medida.

—¡Será pa asustarlos que ha dicho que es tan contagioso! —dijo preocupado.

—¡La cuestión es que la gente no va ni a los entierros! —comenzó el pulpero—. Hay que tomar pricauciones, Demetrio. Una de las hijas de Moyano, el que está alambrando la chacra por orden de la señora Adelita, también cayó. ¡Se la llevaron al pueblo! ¡Y estiró la pata!

—¡Qué me dice! —comentó el sargento—. Y yo sin saberlo... ¡Se está agrandando la Colonia! ¡Ya ni sé lo que pasa!

—Fué cuestión de dos días... No se sabe si era esa enfermedad o cualquier otra.

Demetrio se tomó unas copas para animarse. Una leve garúa había mojado los cueros de su recado. De la puerta, el pulpero le dijo:

—Si está enfermo, cuidau con sacarlo... ¿eh?

El sargento trotó hasta el rancho de Segundo Sánchez. La gente lo vió pasar. Cortaba la garúa con su poncho a rayas, desplegado. Nadie creía que iba con órdenes de prender al enfermo.

Llegó frente al rancho y se detuvo. El agua ya le corría por el casco, rielaba por el poncho, deslizándose en la grasitud que la tela había recogido en cocinas y pulperías. No ladraron los perros.

—La perrada andará con frío —se dijo, sujetando el gateado.

Se apeó, al divisar la claridad que ribeteaba la puerta y las ventanas. Una indecisa luz amarillenta. Ató su caballo al alambrado y avanzó acariciando la culata del revólver. Tuvo que agacharse para sortear la enramada, donde tropezó con un banco de ceibo. Golpeó las manos. Nadie respondió. La lluvia y el viento castigaban en las chapas de cinc de un costado del rancho. Esperó, aguzando el oído. Debía de haber alguien. Las luces no estarían encendidas porque sí... Con el mango del rebenque dió tres golpes, tosiendo para hacerse presente. Y nadie se movió allí dentro. Volvió a dar otros tres golpes. Fué entonces cuando despertó su imaginación, dirigida hacia las sospechas propias de su investidura policial. Lo debían de estar esperando, revólver en mano, enterados de la orden de prisión.

"Si abro la puerta —pensó— me van a recibir con una descarga cerrada."

—¿No hay naides, canejo?... ¡Abran! ¡Soy Demetrio!

Le respondió un silencio de garúa, un silencio picado de menuditos tamborileos en la paja.

Recapacitó un instante. Luego, ya prevenido, amartillado el 45, dió un puntapié a la puerta. La luz bañó su rostro, de entrecejo fruncido y fiero mirar. Erguido en el umbral, paralizado, fué poco a poco haciéndose cargo del cuadro que se le presentaba. Le sobrecogió una mezcla de miedo y respeto. En una cama de hierro, yacía Segundo Sánchez, con las manos cruzadas sobre el pecho. En la cabecera, a uno y otro lado, sobre cajones de kerosene, dos velas encendidas. A los pies, otras dos, parpadeantes, derramando su esperma en la oscura y brillante faz de las botellas.

El sargento buscó a los deudos por los rincones. Reclamaba una mirada humana, alguna de las que tienen siempre los difuntos a su lado. El castrador de vacas aparecía solo, cara a cara con su muerte, vigilado por las cuatro velas miserables inclinadas hacia el lecho. Había sido abandonado, confiado a la noche que rodeaba el rancho.

Demetrio no sabía qué actitud asumir. Parado en el umbral, vió que las llamas indecisas se agitaban con las

ráfagas nocturnas. Volvió a mirar a los costados. Volvió a toser, para darse valor. Arrastró las espuelas y avanzó. El gruñido de un perro lo detuvo. Bajo la cama, con el hocico remangado, desnudos los colmillos, el can lo miraba amenazante. Reconoció a "Fierro", un perrazo bayo, compañero inseparable del muerto. Los ojos le fosforecían, cuando levantó la sábana que caía del lecho y le cubría la mitad del lomo.

El sargento recordó la alarma del chinerío, el terror a la peste, infundido por el médico. Se fué retirando, paso a paso, de frente al cadáver, de espaldas a la noche y al temporal. Un rectángulo de luz se proyectaba en la tiniebla. Desde el alambrado, manoteando las riendas de su caballo, no separó la mirada del muerto. La luz salía del rancho como un habitante desconocido, y lo despedía, le enviaba su adiós y su reproche.

Montó de un salto. Con un golpe de rienda, obligó a su gateado a levantar la cabeza. El perro avanzó hasta el umbral y se puso a ladrarle con rabia. Después estiró el hocico. Olfateaba la vida, la noche larga y olorosa del campo.

La garúa cesaba por momentos, se la llevaba el viento. Demetrio galopó, con las carnes erizadas como las pajas del rancho. Nunca había tenido miedo, pero la soledad del muerto era una dura prueba para su coraje.

El rancho ardió durante la noche, como una parva. A la mañana siguiente era un montón informe y humeante todavía. Escombros, ceniza, tizones de la cumbrera del techo y dos esqueléticas camas de hierro. El rostro carbonizado de Segundo Sánchez, a la luz lechosa de la madrugada, tenía tintes violetas y anaranjados. La tapera fué poco a poco entregándose a la luz matinal. Algunos vecinos se acercaron a contemplar los restos del incendio, el cadáver chamuscado. "Fierro" había encontrado entre los cardos una costilla de vaca, y la roía pacientemente.

Se reunieron en el largo galpón de cinc, donde acostumbraban despojar girasol, sentados entre trilladoras y tractores y carros de todos los estilos.

Afuera, viejos sulkies, caballos de sucia pelambre, enjaezados de muy diversa manera y estilo. Desde el que evocaba trabajos en la estepa, el recao criollo con su badana presumida. Cojinillos, cueros sin curtir; el poncho y la raída capa militar. Caballitos friolentos, con la cabeza gacha y la cola a merced de la llovizna. El in-

vierno los hacía más desgraciados, aflojándoles las patas, lo que les daba una apariencia de caballos rengos o enfermos. Las riendas caídas en el barro como babas de sus belfos tristes. Entre el montón, la yegua zaina de Zacarías, con su vientre redondo. Pasó uno a su lado y le palpó la barriga. Uno que sabía qué clase de potrillo se escondía en aquel bulto. Sorprendido en su rápido examen, sonrió a los que pasaban.

En el galpón estaban todos, casi todos los colonos del lugar.

Estaba Zacarías, "el dueño de la zaina", como ya solían llamarle. Presente, Juan Regules, en nombre de su padre, mordiendo nervioso un pedacito de pino seco cortado de una alfajía al pasar. Estaba Guillermo Hoffmann, reconcentrado, con su mandíbula inferior más prominente y altanera. La luz le daba un tajo en la cara y la quijada avanzaba voluntariosa. Nunca le vieron de tan enérgico ceño. Estaba Toribio Rossi, confundido de ver gente reunida, sin taba, sin vino, sin empanadas.

Nadie levantó la voz durante unos minutos. La reunión parecía en torno a un difunto, pero sin llantos y sin viudas. Hombres silenciosos pegados a las puertas, sin atreverse a terciar ni con la mirada. Los dos alambradores al margen y el esquilador que le arrendaba un solar al pulpero y diez o doce personas que alguna vez estuvieron bajo las órdenes de los Azara. Callados, mirábanse entre sí. La denuncia de don Nico habíalos agrupado en un vivo racimo humano. Los primeros fríos atravesaban el galpón de un extremo al otro, haciendo acurrucar a las palomas, arrepolladas en los tirantes. El viento silbaba en la cumbrera y movía la llama de un fogón, sobre herrumbrosa chapa de cinc, improvisado para matear. La tarde era gris, las nubes pardas.

En un grupo aislado, los sabatistas, núcleo numeroso de la Colonia, hablaban en su lengua, comentando el hecho. Su participación en el mitin nocturno era pasiva y recelosa. No querían comprometerse demasiado. Habían recibido "órdenes de abajo" para acudir a la cita y oír a los caudillos en gira. Protestar por las infundadas denuncias de Azara se les hacía un acto de cuya seriedad no dudaban, pero cuyo móvil político no era claro. Temían las consecuencias. Mas la apremiante opinión de un enviado del Ministerio dominaba el ánimo. Cualquier tardanza en encarar el problema sig-

nificaba una mala maniobra, cuando no una peligrosa cobardía. El puerto prometido por la gente del gobierno no quedaría como un mero proyecto, por culpa de los Azara. Y el terrateniente abría fuego contra los habitantes de la Colonia, acusándolos de cuatrerismo y abigeato.

Estaban casi todos. Cuatro o cinco adulones del pulpero no se hicieron presentes a la cita. Y los indiferentes, que eran muchos, ausentes con los sindicados como autores de los atentados a la propiedad.

Entre las torvas figuras de campesinos, colonos sucios, chacareros con pipas heterogéneas y simples trabajadores rurales que un tiempo están por el sur y otro por el norte, se paseaban cuatro personajes de pulcra vestimenta pueblera. Eran los caudillejos del pueblo más cercano, agentes del partido gubernista, que pregonaba en los ámbitos del país ideas nuevas y renovadoras. Sus automóviles, apostados frente al galpón, despertaban la admiración de chiquillos y de grandes. Guillermo Hoffmann los había examinado detenidamente. Entre los coches, el del médico "oficial", preocupado con la propagación de la fiebre tifoidea. Aquellas veloces máquinas daban más autoridad a los visitantes que cualquier cita de documento o postulado histórico. Solamente algún versículo de la Biblia podría superar a ese brillante presente que es un vehículo con motor poderoso. Los caudillejos valían más por lo que poseían que por sus ideas. Si ellos habían llegado a utilizar esas máquinas, y ser dueños de ellas, debían de tener razón en sus discursos. Imposible negarles la firma o la sencilla y al mismo tiempo dramática impresión digital al pie del documento que acababan de leer. Alegato en favor de los colonos y de los que araban la tierra buscando en su profundidad, o bajo la simple corteza terrena, la raíz de otra patria.

Desfilaron uno a uno, con la intervención de la policía, estampando el garabato torpe de la rúbrica o el jeroglífico del pulgar. Salían al camino, recorrido por las primeras ráfagas del invierno.

El documento encaraba los problemas del agua, causante de la fiebre tifoidea; el del puerto, agitado como bandera electoral y, por último, la protesta formal por las acusaciones de Nico Azara. No se podía culpar a los trabajadores extranjeros de cuerear haciendas de "El Palenque".

Los que respondían con más vehemencia a los caudillejos, soñaban con una vigilancia personal, para que Nico Azara no hiciese pagar a justos por pecadores. Si el estanciero insistía, lo irían a ver en masa, a su propia estancia, para demostrarle que sus enemigos quizás durmiesen bajo el mismo techo que el patrón.

A la mañana siguiente, cuando los emisarios del pueblo regresaban en sus automóviles, con las escopetas asomadas a las ventanillas, porque disparaban a las perdices desde el asiento, el capataz de "El Palenque", en su habitual "recorrida", contó quince capones muertos, ensartados en los postes de una divisa. Cada veinte metros, un cuero tajeado. Tarea nocturna, huella de otra protesta.

Nicolás Azara recibiría la noticia en Montevideo. Se hallaba en la capital. Había nacido su heredero.

Por la pulpería pasó el pardito Duvimeoso. Iba hacia el norte. Gastó unos pesos en pilchas y atrajo a los criollos, deseosos de tener noticias de "El Palenque".

—Largó el padrillo al campo, no bien llegó del pueblo. ¡Está como loco!... —dijo el cuidador de "Don Juan"—. No quiso recibir a don Saturnino, que quería darle las condolencias.

—¿Condolencias?... ¿Por qué largó a "Don Juan"? —preguntó el pulpero interesado cada vez más.

—¡Se le murió el gurí! ¿No lo sabía?

—¿Qué gurí?

—¡El de misia Adelita, hombre! A los tres días de nacer... ¡Anda en desgracia el patrón!

—Pero, ¡qué me dice! —se asombró el pulpero.

—¡La pobre volvió más muerta que viva! Una pena pa la señora... Y don Nico empezó a largar caballos al campo, despachar gente, protestar... ¡Qué sé yo! Y me despidió, como lo ve...

—Sólo sabía que mandó llamar al comisario —comentó el pulpero—. ¡Van a meter presa a media Colonia! ¡No sé quién será el maldito que le sigue cuereando ovejas! ¡La pucha que hay gente dañina!

—Pronto van a tener por aquí a la Bica —les contó Duvimeoso—. ¡Anda, que ni caminar puede! ¡No sé si va a largar la cría en "El Palenque" o aquí!

—¿Y vendrá, nomás?... —preguntó dudando el pulpero—. Me parece que no... ¡Si la casita está pronta hace tiempo!... ¿Por qué demora, entonces?

—¡Es cosa de misia Adelita, y ella manda! Un día de estos la verán por aquí con el ciego... —aseguró Duvimeoso.

Uno de la rueda preguntó:

—¿Y es hijo del cuñau o del marido?

—¡Vaya a saber!... Asigún Ramiro, es de don Marcelo...

—Ya le veremos la pinta... —concluyó el pulpero.

—Como al potrillo de la zaina... ¡Igualito! —dijo el preguntón—. ¡Lo vamos a conocer por el pelo!

Duvimeoso iba hacia el norte. A tropear para el Brasil.

Cuando Nico no se hallaba en la cama al sonar las once del viejo reloj era porque tenía algún punto que dilucidar con su mujer. Adelita conocía su inquieta actitud. Allanar dificultades, abreviar los minutos de indecisión y acortar las distancias, en aquellos momentos, resultaba prudente y atinado...

—Mañana voy a hablarle a Bica —dijo Adelita con su voz intranquila—. Es mejor que vaya a su chacra... ¿No te parece?

Nico se tornó sombrío. Pensaba que su mujer iba a intentar la adopción del hijo de Bica. No le agradó que le descubriese su pensamiento. Quería hablar de ella, pero sin soportar la inteligente intervención de su mujer.

—No es cosa resuelta... —se atrevió a argumentar.

—¿Cómo? —con voz sorprendida lo interrogó Adelita. Y prosiguió—: Ya está todo arreglado. La donación fué hecha a su nombre. Eso es lo que le dije al escribano... No tiene más que hacerse cargo de la chacra... Me dijeron que la casa está terminada. Sólo faltaba instalar el molino.

—No es el momento para que vaya... Se ha creado un conflicto con esa gente y debemos esperar que se solucione.

—No —contestó ella con voz alterada—; el hijo de Bica no puede esperar... ¿Me has entendido?

No decía el hijo de Marcelo... Nico sintió un alivio y prosiguió:

—Pues esperará... Lo tendrá aquí antes... Después veremos.

Una pausa punteada por el tic tac del reloj se interpuso entre ellos.

—¡Sí, hay que esperar!... No es posible que se entere

toda la Colonia de mi debilidad —terminó gravemente.

La voz de Nico sonó en el cuarto como un alerta.

Adelita sintió crecer una ola en su pecho. Ya no eran aquellos senos de una simple carne mortal. Eran unos pechos de madre, llenos, expuestos al vaivén de las palabras.

—Bica va a irse con don Ramiro y una mujer a la que contraté en Montevideo... ¿Necesito repetírtelo? ¡Es cosa resuelta!

Se le acercó, con un desafío en la mirada.

—Todo está preparado. Esa mujer llegará a la Colonia la semana que viene. Don Ramiro irá en seguida. Después Bica. Si es necesario, yo la llevaré.

—¡Adelita, Adelita!... ¡No te olvidés que aquí el que manda soy yo!...

La voz de Nico atrajo a su madre. Entró en la habitación reclamando silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Micaela. Como no la hicieran partícipe de la discusión, se alejó, moviendo la cabeza a uno y otro lado.

Adelita miró a su marido sin titubear, los ojos encendidos, los labios rígidos y estirados como él nunca se los había visto.

Nicolás Azara cayó en un sillón dando muestras de cansancio. Adelita se detuvo junto a la estufa.

—¿Por qué discutir, Nico?... —volvió con la dulzura de antes—. Me he propuesto salvar a Bica y lo haré, cueste lo que cueste... No me importa nada lo que digan ni lo que piensen en la Colonia o en Montevideo.

¿Defendía a la muchacha o al hijo de Marcelo? Nico la miró fijamente.

—No te entiendo... —le dijo—, no quiero entenderte.

—¿No quieres entenderme?... ¡Pues peor para ti!... Yo sí me entiendo. Bica es mi hermana... A ella le toca una parte de lo que mi padre dejó. Y esa parte, debes comprenderlo, es mucho mayor que la fracción de campo que le destinamos.

—¡Son fantasías tuyas!... —dijo Azara disminuyendo aparentemente su sorpresa. Los argumentos de Adelita la ponían a cubierto de toda sospecha. Pensaba en Bica, no en su hijo...

—¡Fantasías!... Cómo se ve que quieres ignorar las leyes... A ella le pudo ser fácil presentarse cuando la apertura de la sucesión de mi padre y reclamar su parte... Si hubiera vivido en la ciudad algún picapleitos habría abogado por ella... En cambio, aquí no pasó

de ser "la gaucha", para tranquilidad de toda la familia...

—Y ese picapleitos, ese avenegra, resulta que sos vos... ¡Está bueno! —dijo Nico encaminando la discusión en otro sentido.

—¡Sí, yo soy ese avenegra!... ¡Como te parezca! ¡Pero éste es asunto que lo resuelvo yo, por mi cuenta!

Azara quedó desconcertado. Durante toda su vida matrimonial era la primera vez que Adelita pronunciaba unas palabras de tan marcado despecho.

Adelita se miró las manos, las palmas de sus manos acribilladas por las uñas. Se las miró asombrada y echó a llorar como hacía tiempo no lo hacía. Un llanto fácil, blando, que le brotaba del pecho como la leche cuando se preparaba para amamantar a su hijo.

—Lita, Lita... ¡Por favor! —Nico se precipitó sobre ella.

—Perdóname... —pudo decir entre sollozos—. No sé... Estoy nerviosa... Tengo miedo por el destino de esa pobre muchacha que no tiene ninguna culpa y debe pagar las más amargas.

Nico la juntó a su pecho. Mientras se enternecía con aquel cuerpo blando y tibio, mientras el calor de las mejillas de Adelita bañaba su barba, pensó en su hermano y pudo odiarlo todo lo que era capaz. Pero ya estaba lejos, fuera de la familia. No lo verían tal vez nunca más. Marcelo se había visto obligado a salir del país, porque las investigaciones sobre la introducción ilícita de extranjeros lo sindicaban como a uno de los autores más aprovechados del prevaricato.

La madre, ensimismada, repasaba uno por uno los días de Marcelo en la estancia. Desde la llegada del padrillo, que maldijo, hasta el mal paso de "la gaucha". En vano Adelita intentaba demostrarles que su desgracia iba hacia el olvido. Una tarde, la señora Micaela se sintió tan humana que desconcertó a Adelita.

—¿Por qué no adoptamos al hijo de Bica? —preguntó con la voz velada, temerosa de la respuesta.

Adelita lo había pensado, por eso respondió en seguida:

—No, Micaela... El hijo de Bica tiene que ser de ella... ¡y de nadie más!...

—Sí, pero es de Marcelo —argumentó la madre, abuela que acababa de ser defraudada.

—Le pido por lo que más quiera... que no se lo proponga a Nico... ¿Me lo promete? —preguntó Adelita.

—Pero... ¿por qué? No veo la razón. Antes que darle esa chacra...

—No quiero que Nico pierda la esperanza de que yo le dé un hijo...

La señora Micaela levantó la mirada y vió los ojos empañados de Adelita.

—Si es así...

Y se tuvieron las manos juntas unos instantes. Hacía mucho tiempo que no tenían una recíproca muestra de cariño.

Cuando se supo que la policía quiso detener a Segundo Sánchez, alguien, interesado en exaltar los ánimos, aseguró que el esquilador, para no entregarse, había prendido fuego a su vivienda, eliminándose. La indignación cundió en la Colonia. Desde el rancherío a las casuchas de los colonos sabatistas iba y venía un sordo clamor de protesta. Toribio Rossi, entre los acusados por Azara como posibles cuatreros, fué dejado en libertad de inmediato. El hombre pudo demostrar que hacía días que no se alejaba un momento del rancho. Su hijo, el "bambino", se hallaba enfermo, con fiebre muy alta, y requería todo su cuidado. Cuando le ordenaron concurrir a la comisaría, Guillermo Hoffmann tuvo que contenerse para no ir con el amigo a protestar. Pero el comisario tuvo consideraciones con Rossi. Votaba a favor del gobierno. El piamontés regresó transfigurado. Le resultó largo el medio día alejado del pequeño enfermo. Pero, ni una muestra de indignación en sus palabras, ni un gesto de rebeldía. Entró buscando la mirada de su mujer, para hallar en sus ojos la respuesta. Ella movió la cabeza en forma negativa. Y Rossi quiso ser más leve, pisar apenas en las desparejas tablas del cuartucho. Con los brazos abiertos, aún más separados del cuerpo, "el desplumau", tembloroso, indefenso, no comentó el incidente.

—Recién se fué Juancito Regules... Le dijo a don Guillermo que lo mejor era llevarlo al pueblo. Y don Guillermo salió con él... Dicen que van a conseguir el Ford de Salomón... ¿Querés que lo llevemos?

La mujer hablaba con pausas penosas, fija la mirada en su marido, para descubrir un gesto de aprobación o la negativa.

Toribio Rossi levantaba los hombros y no respondía. Apenas podía humedecer los labios para empezar una

frase, se le secaban. La palabra se mostraba rebelde. Pensaba en italiano e iba a hablar en español, y no atinaba a quebrar su mutismo.

—Dijo el médico que... con una inyección... ¿No ves cómo respira?... Con una inyección se mejorará...

El hijo lloraba. Parecía masticar algo y no poder tragar.

—Y... ¿por qué no se la da?... —preguntó el padre.

—No le quedan... Ha tenido que dar muchas en estos días...

—Podemos mandarlas buscar... No hay que fijarse en lo que nos costaría traerlas del pueblo.

—No sé... no sé... —agregó ella angustiada—. Dijo que lo más prudente es llevarlo... Me da miedo...

Una lámpara de kerosene alumbraba los torpes movimientos de los padres, de brazos caídos y mirada interrogante.

—Esta lluvia que no para... —dijo Rossi, apoyando la nariz en el cristal de la ventana.

Se oía la menuda insistencia de la garúa. Agua sobre los techos bajos de los ranchos que cae como en las espaldas de sus moradores. Lejanos ladridos. Galopes por el camino. Un ternero famélico que repite su lamento. Y una respiración infantil, entrecortada.

Volvieron Regules y Hoffmann, con las ropas empapadas. Se anunció el regreso con las explosiones de un Ford, viejo motor, jadeante, y elásticos barullentos. El piamontés buscó su poncho, decidido a partir. La madre juntó a su pecho un montón de mantas, frazadas viejas, acribilladas de remiendos.

—No hay que perder tiempo —advirtió Regules—; el doctor es el que manda ahora...

Todo se arregló en silencio. Sólo se oía el ruido del motor funcionando. No lo paraban porque temían no poder hacerlo arrancar.

El viejo cachivache recibió el peso de las cuatro personas. Y el leve cuerpo enfermo del "bambino"...

El automóvil daba bandazos en las huellas del callejón como una chalana azotada por el viento. Oleadas barrosas oscurecían los faros, nublando el parabrisas. Marchaban a tientas. Ya guiados por la sucesión de los postes o por el borde de las zanjas. Arreciaba la lluvia. Violentas ráfagas sacudían la capota, por donde corría el agua, derramada a veces como si

la barriesen con una escoba. Al cruzar los charcos, abríanse cortinas de agua turbia. A la luz de los relámpagos, una lámina plateada se iba extendiendo a lo largo del camino. Los novillos recostados al alambrado. Los faros herían el fondo de sus pupilas azoradas.

—No va a haber más remedio que cortar y meterse en el campo.

Esto dijo Juan, mientras buscaba un "principal" para desprender los hilos sin dañar la divisa.

Toribio Rossi sólo sabía de surcos, no entendía de cosas camperas. Miraba a su "bambino", metido en la falda de su madre, tan arrebujado, tan empequeñecido y cubierto de ropas que aparecía como vuelto a la entraña que lo engendrara. Apenas podía divisar su frente y los rulos rubios. Palpaba sus manos, tímidamente.

—Va dormido —aseguró la madre. Ella no había hablado, no podía hablar desde que arrancaron de la chacra.

La lluvia se filtraba por las rendijas. La humedad de la capota ponía una venda fría en las cabezas de los tres. La madre, con las sienes palpitantes. Rossi, prendido a los hierros de la capota, "gringo" poco baquiano en zangoloteos y pantanos. Regules, observando los postes del alambrado. Hoffmann al volante, con el oído atento a las explosiones del motor, temiendo que se le humedeciese alguna de las bujías. La marcha podría hacerse más lenta, dificultosa. Creyó oír un leve rateo del motor, pero lo aceleró desconfiado. El mecanismo volvió a responderle. Diálogo del hombre con la máquina, dilatado a lo largo de las leguas. Marcha conversada, a saltos. El pie consulta, nervioso. El acelerador cede a la presión y el ronco fragor de las explosiones responde a las preguntas. Se muda de velocidad, y el cambio, categórico, vuelve a responder con un arranque violento, con un rezongo rabioso. Las ruedas traseras giran en vano, y las de adelante, como a merced del viento, forcejean en los puños del conductor. Una rápida ojeada a los niveles del aceite y la nafta. El motor no altera su ritmo. Pica, padece, ruge, se estira inútilmente.

—Si pudieses parar, Guillermo... En un momento yo...

—¡Qué parar! Si paramos —cortó el austríaco— nos enterramos hasta el eje!... ¡Es muy honda la huella!

No podían detenerse hasta hallar un terreno más firme.

Al hablar de los accidentes del camino, de las irregularidades del motor, de un posible corte de alambrado para evitar las trajinadas huellas que amenazaban con detener el auto, parándolo en el cárter, Toribio y Clara sentíanse como abandonados, ajenos al viaje. Y ellos olvidaban al matrimonio y al niño enfermo. Eran los pilotos, nada más, identificados con la vida del motor.

—Empezó a chicotear una de las cadenas... —observó Guillermo.

—No es nada —aseguró Juan Regules—; es un eslabón que se saltó... Lo había atado con alambre...

Contra uno de los guardabarros de atrás, martillaba la cadena pantanera.

De pronto, Juan puso una mano sobre el volante.

—¡Aquí, aquí!... ¡Frená, frená! —insistió decidido—. Aquí podemos cortar y buscar el desvío... ¡El pantano no nos va a dar paso!

El auto se detuvo. Chirriaron los frenos. Del radiador se alzó una nube de vapor. El motor entró en un compás de cansancio, en un jadeo semejante al de los atletas después de una carrera. El abanico del limpiaparabrisas, su rítmico tictac, fué el único ruido que se oyó. Aclaraba los cristales y los ojos ansiosos de los tres hombres.

—No, aquí no, un poco más adelante —dijo Regules.

Guillermo aceleró el motor con prudencia, lo fué largando despacio, para no empantanar las ruedas.

Avanzaron dando barquinazos por afuera de la huella, sobre montículos de pasto fuerte. De vez en cuando, una piedra, unas raíces duras, una mata de mío-mío...

Los postes del alambrado desfilaban uno a uno, todos de un mismo tamaño. Y las trabas de alambre y los hilos plateados, por donde se escurrían gotas de agua.

Unas vacas se espantaron luego de evitar los focos, encandiladas, con las pupilas fosforescentes. Regules buscaba un "principal" con sus riendas rematadas. Grueso mojón en el comienzo del pantano. Desde ese punto, el alambrado seguía, para no ser arrastrado por las aguas.

—¡Aquí, pará... pará!

Y volvieron a detener la marcha.

—¿Qué van a hacer?... —preguntó Rossi.

—Cortar el alambrado... Nos meteremos por adentro del campo... Es la única manera de seguir adelante...

Pidió la llave inglesa, se levantó las solapas del saco y lanzóse al barro como quien se arroja a nadar. Los faros iluminaron su borrosa silueta. Daba elásticos saltos en los charcos.

Guillermo bajó sin apuros, provisto de un trozo de arpillera, y se puso a limpiar los cristales, haciendo caso omiso de la lluvia. La luz de los faros abrió un campo visual más amplio. La figura de Regules y el alambrado aparecieron menos confusos. Los hilos de la recia garúa eran como alfileres que se introducían en el pasto abundante. Las explosiones del motor no mataban el coro pedigüeño de las ranas, el croar de los sapos y las gárgaras de los barrancos.

En pocos minutos desataron los hilos. El auto avanzó. Debía cruzar despacio. El último hilo quedaba tendido, para no provocar la caída total del alambrado.

Toribio Rossi, maturrango y asustadizo, desconocía semejantes recursos. Nunca había necesitado salir de viaje en tan desventajosas condiciones. Poco sabía de cortar divisas, de atravesar campos, de evitar pantanos y despuntar arroyos. Para él, la contemplación de los surcos y las sementeras, o el consultar el cielo, buscando las nubes de agua necesarias; o el divisar la manga de langosta que cruza veloz, impulsada por el viento salvador. Bien pocas cosas, tan sólo las cosas atañederas a la tierra cultivada. Y allá lejos, muy de tarde en tarde, ocupaba el fondo de su memoria el recuerdo de la guerra, cuando en 1915 arrojaba granadas, o empuñaba el fusil, entre el tableteo de las ametralladoras.

El alambrado que acababan de voltear le hizo pensar en los cercos de las trincheras, en aquellas crespas trampas de acero, ya casi olvidadas. Las había vivido en una noche lluviosa, también de presagios siniestros. Estuvo enterrado en una profunda zanja, después de una batalla. Y, como en el trance guerrero, esa noche cortaban un cerco para poder seguir adelante. Tenían que salvar al "bambino". La voz del médico aún se oía: "Es difteria. No tenemos suero... Mejor que lo lleven al pueblo... Porque entre ir a buscar recursos y volver con ellos..."

Toribio Rossi se sorprendió de recordar las alambradas de la guerra. La noche y las penurias lo precipitaron sobre el lejano pasado.

Cuando el automóvil traspasó el cerco, vió los seis hilos arrollados junto al primer poste, como ateridos de frío. Eran más lisas las alambradas de América, con un solo hilo de púas. Pero se parecían, en aquel momento, a las trágicas de las trincheras.

Avanzaron más seguros y veloces por la invernada de "El Palenque". Campo sin huellas, firme, de pasto compacto, de rica gramilla. Renombrada invernada, de pastura conocida por cuanto tropero recorría el norte de la República. "Novillada del puesto cinco —decían los troperos—, res de gran rendimiento". Pero Rossi de tales mentas no sabía nada. Regules sí, y por eso comentaba.

—Vamos como sobre un colchón de pasto... ¡Qué campo flor!

—¿Va bien, doña Clara? —preguntó el austríaco.

No esperó la respuesta. Su intención era la de hacerse presente, alentar a la madre. Guillermo prosiguió:

—Ahora estamos más seguros de llegar... Con menos barquinazos... Y sin barro...

El auto avanzaba apenas sacudido de tanto en tanto por las altas matas o el blando hormiguero que apenas levantaba su lomo de las hierbas viciosas.

Seguía lloviendo. Iban bajando por una ladera que Juan Regules conocía muy bien.

—¡A la izquierda, a la izquierda!... —guiaba Juan.

Hoffmann obedecía. A campo traviesa, no es fácil orientarse. Pero Regules tenía aguzado ese instinto criollo que los hace a todos medio baquianos.

No se equivocaba. Bajaron la cuesta, lentamente. Buscaban las puntas de la cañada para salvarse de otros pantanos, tan intransitables como el del callejón que acababan de evitar.

Bordearon los cañadones. Dieron por fin con las nacientes del pequeño arroyo, allí donde se juntaban las aguas de las laderas, para lanzarse como un alud en las temporadas de violenta precipitación pluvial.

—¡Aquí es!... ¡Estoy seguro!... ¡Torcé a la izquierda!

Guillermo obedeció. Traspasaron un agua barrosa, encajonada, y treparon por un barranco. Los faros iluminaron los accidentes del terreno. Y cuando ya se creían libres para rodar por la llanura en dirección al camino toparon con una amplia zona de terreno partido por la reja del arado.

—¡Canejo! —gritó Juan—. ¡Conque era cierto lo de la arada!

Guillermo frenó el coche y dejó sus manos inmóviles sobre el volante.

—¡Qué porquería! —volvió a blasfemar Regules—. ¡Ha mandado arar este pedazo para que la gente caiga en la trampa! ¡Si será cochino!

La tierra partida, en encrespados surcos estériles, hacía materialmente impracticable el terreno. A la luz de los relámpagos, ondulaba la falsa chacra de los Azara, amenazante para los viajeros. Surcos inútiles, entraña negra de la tierra tendida como una celada. Tierra movediza, cruel.

—¿Qué pasa? —interrogó Rossi.

—¡Casi nada! —contestó con rabia Juan Regules—. ¡Por aquí es imposible seguir! ¡No era cuento lo de arar la tierra!

Una sepultura, a fin de cuentas; una larga fosa empapada. Se perdía en la oscuridad de la noche la boca de lobo que mandaran abrir los de "El Palenque". Negro sudario para escarmiento de los que cortaran el alambrado del camino.

Guillermo quería avanzar. Y avanzó. Hundió las ruedas en los surcos con el motor en primera. Y corrieron un trecho. La tierra se mostró dócil, practicable. Pero no bien se adelantaron cincuenta metros, las ruedas se enterraron y el coche, de pronto, se hundió. Rabioso rechinar de las cadenas, vertiginosa marcha del motor, de trepidante fuerza. Aceleraban sin parar. El esfuerzo resultaba inútil. Guillermo miró a Regules en demanda de una solución.

—Da marcha atrás... —ordenó el muchacho.

Encajó la palanca y fué acelerando con prudencia.

Pero de allí ya no podían avanzar ni un metro. Estaban atrapados por la tierra, agarrados por los surcos tentaculares.

—¿Y ahora? —preguntó Guillermo.

—¡Esperá!... ¡Yo bajo a empujar!

Rossi lo miró sin atinar a moverse.

Marcha hacia adelante. Marcha hacia atrás. Cavaban una zanja. Se iban enterrando en aquel imprevisto tembladeral.

Regules se acercó, todo cubierto de lodo. Rossi bajó a empujar. Nada. El automóvil se hundía como un bote que hace agua. Inútil torcer las ruedas delanteras. Inútil el ir y venir. Siniestro movimiento de cuna. Vaivén rabioso que empeoraba el trance. Por fin, desistieron.

Apagaron el motor. La lluvia disminuía. Se oyeron las

ranas en la cuenca del arroyo próximo. Y el inmenso silencio de la noche vino a visitarles. Una noche sin nadie, emboscada en el horizonte. Una noche que ya no cabía en el cielo. El coro de las ranas, el murmullo de las aguas...

—¿Cómo va el "bambino"? —preguntó Guillermo.

—Duerme —respondió la madre—. Duerme... No respira con tanta dificultad...

El austríaco se acercó.

—Vamos a tener que esperar a que aclare —dijo—. Y caminar hasta el callejón para parar al primero que pase y pedirle ayuda. ¡No hay más remedio!...

Toribio Rossi miró estúpidamente la noche. Era la primera vez que odiaba la tierra de América. Ese barro se asemejaba mucho al de las trincheras. Un pantano igual al que obstaculizaba el avance de los primeros tanques cuando morían sus conductores o se les acababa la nafta en plena batalla. En tierra de paz, por vez primera veía el rostro torturante de la guerra salir del lodo empapado de sangre.

—No hay más remedio que esperar —dijo Juan—. Ya no llueve.

Encendió su charuto apagado. El humo se alzaba, pequeño, insignificante. Y la brasita, una movediza presencia entre los cuatro. Las sombras poco a poco lo absorbían. El diminuto fantasma del humo cruzaba por la luz de los reflectores, que permanecían inmóviles, como pupilas penetrando en las fauces de los surcos.

Juan Regules se acercó a Clara.

—Hay que tener paciencia... ¡Abríguelo bien!

Y metió sus manos entre las mantas que cubrían al enfermito. Le saltó una repentina idea que le hizo aflojar las piernas. Con sus manos trémulas, dejándose llevar por el pensamiento siniestro, buscó las manos del "bambino". Las encontró unidas como si aprisionasen un juguete. Manos heladas, últimas manos del niño muerto, muerto contra el vientre tibio de la madre.

—¡Duerme! —dijo Clara—. Lo siento dormir...

—No dice la verdad... no se anima a decir que ha muerto —pensó Regules.

La madre abría los ojos, unos ojos pavorosos. No podía creer en la muerte.

Juan no se animó a hablarle. Se separó del coche, sin atreverse a articular palabra. Y después, como una solución:

—Che, Guillermo, vamos a ver a qué distancia esta-

mos de la zanja —dijo, invitándolo a alejarse del vehículo.

Caminaron chapoteando barro. Se perdieron en las sombras. Los relámpagos los iluminaban, a trechos. Iban callados, hasta que Regules habló como en secreto:

—El "bambino" está muerto.

Hoffmann se paró de golpe.

—¿Muerto?

—¡Sí, muerto! Está frío... Tiene las manos frías. ¡Muerto, muerto!... No sé si Clara lo quiere ocultar. —Y sintió las manos velludas del pocero que crispábanse en su antebrazo.

—Yo pensé lo mismo —agregó Guillermo— cuando paré el motor y no oí su respiración.

—¿Qué hacemos? —preguntó Juan Regules.

—Esperemos, esperemos que se den cuenta.

Encendieron sendos cigarrillos. Unas gotas de agua les anticipaban el nuevo chaparrón.

—¡Qué malvado! —gritó Regules, mirando en dirección a la estancia de los Azara.

Allá en el este, por donde debía salir el sol dentro de unas horas, iba a erguirse el penacho de árboles de "El Palenque", las copas redondas de las acacias, las puntiagudas de los eucaliptus. A media legua nomás, en la cima de la cuchilla.

No se atrevían a regresar al coche. Los faros encendidos seguían perforando las tinieblas, fijos sobre los surcos de la muerte.

De pronto se oyó un grito desgarrador, el alarido de Tiribio Rossi. El piamontés chacarero aullaba sus nombres: ¡Juan! ¡Guillermo!

Los dos hombres, hundidos en el barro, giraron sus pies y volvieron sobre sus huellas, resbalando, tambaleantes. Ya sabían qué raíz de muerte crecía en el llamado.

—¡Juan! ¡Guillermo!

Chapotearon sus botas en el lodo. Pasos confusos, irregulares, como los de dos soldados que avanzan en un reconocimiento nocturno. Así los oía el piamontés, en su desolación. Patrulla guerrera que vuelve...

Tirada sobre el cuerpo inerte de su hijo, sollozaba la madre. El padre, clavado en el suelo, con las botas hundidas en el barro y los temblorosos brazos abiertos, como los alones de un pájaro recién alcanzado por las municiones.

Juan y Guillermo se acercaron. Los pasos sonaron

netos. Caía una lenta llovizna helada. Los empujaba una ráfaga de viento.

—¡Se murió, se murió! —dijo Rossi, tartamudeando, con los cabellos sobre la cara, mordiéndose los labios. Un relámpago iluminó sus facciones. Miraba hacia el horizonte, escrutaba las tinieblas.

—¡Se murió... está muerto!... ¿Y ahora? —tomaba al austríaco por los hombros, sacudíalo, sin atreverse a posar su cabeza vencida sobre aquel pecho fraterno. Y se dejó caer como un fardo en el estribo del automóvil.

Guillermo y Regules dijeron algunas palabras. Las de siempre. Pero Hoffmann pudo más. Estiró sus manos y apagó los faros. Con aquel pequeño ademán, con aquella insignificante determinación de unirlos a todos en la espesa oscuridad, empezó el velorio del "bambino". Menudeaban los relámpagos. Un llanto desgarrador en medio del campo, sobre surcos donde no caería nunca la simiente que lleva el pan a la mesa de todos. Allí, en un pantano, una madre —surco fecundo— y tres hombres sin palabras, atrapados por la tierra, cercados por el lodo.

Toribio Rossi se puso de pie. Se movía tambaleante. Sus brazos en alones volvían a recordarles el cariñoso apodo criollo de "Desplumado".

Se alejó unos pasos. El barro marcó sus movimientos. Caminó, paso a paso, titubeante. Sus amigos lo dejaron alejarse. Así, solo, conseguiría la paz necesaria para hacerse cargo de la muerte. Juan le dijo a Clara unas pocas palabras. Él iba a correrse hasta el camino, a detener, en demanda de auxilio, al primer jinete que pasara. A Toribio era mejor dejarlo estar. El eco de sus pasos se fué perdiendo a la distancia. Clara llamó a su marido. Hoffmann le dijo que andaba por ahí... caminando, que era mejor dejarlo solo con su pena, hasta que se calmase.

—¿Qué va a hacer, desesperado, por el campo? —preguntó ella con pausas y sollozos.

—Le hará bien... Se tranquilizará.. No podemos hacer otra cosa —dijo Guillermo.

El rumbo de Toribio Rossi nadie lo sabía. Sus pasos ya sonaban en el barro. Primero, caminó como en sus propias sementeras, cuando inspeccionaba los estragos del agua, canalizando con una azada el turbión pluvial. Movimientos de labrador cauteloso y seguro. Tomó la línea de un surco y se dejó llevar por la curva practicable.

Oía sus pasos en el terreno anegado. Cada pisada le sonaba en los oídos con un timbre distinto. Primero, al choque familiar de la bota en el barro. Luego, fueron adquiriendo solemnidad. Cada vez que hundía la bota, un eco inolvidable le repercutía en los tímpanos. De pronto, oyó en sus propios pasos los de un soldado que marcha. Su andar dejó de parecerse al de los paisanos, al de los chacareros. Por aquel potrero jamás había cruzado un hombre con ese paso rítmico, acompasado, como de tropa guerrera. Paso militar. ¡Un, dos! ¡Un, dos! Nunca aquella tierra virgen había sido hollada por un compás tan enérgico. Marchaba a pasos militares, exactos. Sobre tierras que sólo sabían del tranco caballar, del trote del jinete, del lento transitar de las reses gordas. Y, en ese momento, las hierbas eran quebradas por las botas sin espuelas de un hombre que reavivaba las jornadas con fusil al hombro, mochila y duro uniforme bélico. Machacar de talones. ¡Un, dos! ¡Un, dos! Toribio Rossi se volvía soldado. Otra vez soldado. Una vez más. Sobre el eco de sus pasos se superponían centenares de pasos. No avanzaba solo. Iba en patrulla. Cientos de pasos... Era la tropa, sí, la división guerrera, la patrulla que se adelantaba en la noche hacia un punto determinado. En sus oídos aumentaba el tropel de botas guerreras. Por la tierra empapada y sin huellas, hacia el naciente, con los brazos separados del cuerpo como si las correas del uniforme le molestaran. En la diestra, el imaginario fusil, con la bayoneta calada, perforando la tiniebla. Un regimiento que avanzaba por el campo. Cientos de pasos, rítmicos, militares.

La claridad indecisa del amanecer marca perfiles en el horizonte. La cuchilla, los árboles lejanos, la línea perfecta de los alambrados. Y más destacado, a medida que avanza, "El Palenque", con sus techos, blanqueando en el lechoso paisaje. La estancia y sus galpones venían con la aurora mojada, en sentido opuesto, adelantándose a su encuentro.

No necesita recordar la noche del pantano. Su mujer, su hijo muerto, sus amigos, el rancho y la chacra apacible, que más de una vez juzgó un sueño, algo irreal, después de tanta lucha y tanta guerra en el Viejo Continente.

Trepó la cuchilla. Cuando enfrentó la estancia, el sol aparecía tras los galpones y alejábanse de las casas los primeros jinetes de la madrugada.

Uno, uno de ellos, montaba en un brioso flete. Brillan-

te apero con lujo de plata. Los cabezazos del animal rayaban la cerrazón mañanera. Caballo de jefe, trote del que se adelanta en el pelotón, haciendo sonar sus metales.

Toribio Rossi corrió al encuentro del jinete. Y el jinete —que todo lo divisa en la llanura— torció su pingo para acortar distancias. Resultaba sospechoso un hombre de a pie y al amanecer. Los primeros albores lo ponían de manifiesto.

Se enfrentaron en el tajamar. Junto a un montón de tierra que formaba un semicírculo, disminuíase la figura del forastero. En cambio el jinete se erguía, espectacular, afirmadas las patas delanteras de su caballo en un montón de tierra. Desde aquella altura, el jefe —patrón o caudillo, hombre de a caballo— levantó la voz por entre las orejas alertas del animal.

—¿Qué anda haciendo por aquí a estas horas? —preguntó golpeando con las riendas en el freno de su pingo.

—Busco a Nicolás Azara —respondió Toribio Rossi, con el acento más marcado que habitualmente.

—Soy yo... ¿Qué se le ofrece?

El piamontés extrajo de sus ropas un revólver y, como respuesta a la apremiante pregunta, apuntó y descargó su arma sobre Nicolás Azara.

—¡Ah, cobarde! —gritó éste, tratando de sujetar a "Don Juan", a tiempo que manoteaba su revólver. Sonaron dos disparos. El padrillo se encabritó parándose de manos. Azara no pudo contenerlo. Aprovechó para desmontar a veinte metros del montículo de tierra, sin soltar las riendas, como el más diestro de los domadores. No quería perder su caballo, quedar de a pie. El desconocido lo esperaba parapetado en la barranca, cuerpo a tierra. Toribio Rossi, otra vez soldado en la trinchera, como antaño.

El alazán cabos blancos mostrábase dócil a la rienda que tanteaba el patrón. Con las orejas alertas, buscaba en el aire diáfano las voces extrañas, el eco de las detonaciones. En ese instante "Don Juan" tenía apariencias de perro, fidelidad canina. Las riendas se deslizaban por el antebrazo del criollo y bastaba esta débil unión, ese tramo indeciso, para guiar al equino tan compenetrado del trance como él. Alazán de ojos tan vivos, duros de espanto y negros de alarma. Olfateaba los últimos residuos de la pólvora y seguía los movimientos del jinete, su paso incierto y titubeante.

Estaba en el escenario de sus fechorías juveniles. "En

el bajo", en el tradicional bajo de la estancia... Cuando Azara empuñó el revólver e hizo su primer disparo, el piamontés comprendió que no debía demorar su acción. Dos detonaciones más silbaron en la calma mañanera del tajamar.

Al primer disparo, "Don Juan" avanzó buscando el cuerpo de su jinete. El pecho del animal se adelantaba como cubriéndole. Azara acortó las riendas hasta sentir en la epidermis de su mano izquierda el cálido aliento del caballo. Alzó la vista y, en un segundo, pudo mirar aquella cabeza erguida, espectacular. Buscó sus ojos, buscó el morro surcado de alarmantes nervios. Necesitaba el impulso animal, la noble vitalidad del caballo. Y halló en "Don Juan" lo que necesitaba para ser valiente.

Al segundo disparo, cuando el eco de la primera detonación daba saltos en la cuchilla, el alazán se interpuso entre los duelistas, sirviendo a su dueño de parapeto. Y la bala abrió una roja flor en el pescuezo del padrillo. Un relincho, un salto y, libre de las riendas, pisándoselas y cortándolas con un brinco, "Don Juan" emprendió veloz carrera hacia la estancia. Sus cascos sonaron en el duro terreno de la cerrillada. Empenachado de relinchos, galopó derramando sangre hacia la querencia.

Azara, cuerpo a tierra, adelantó el arma a la altura de los cardos.

Rossi martilló su revólver una vez más. Esperaba la descarga para responder con su última bala. Nico disparó afinando la puntería. El tiro hizo un seco impacto en el montículo, a pocos palmos del agresor.

En las casas se oyeron las detonaciones, pero no fueron motivo de alarma. Frecuentemente el patrón disparaba contra alguna alimaña. Mas la llegada de "Don Juan", herido en el pescuezo, llenó de pavor los grandes galpones. Alarmados, salieron tres jinetes a galope tendido para el lado del tajamar. Algo serio pasaba "en el bajo".

Al despuntar la cuchilla, divisaron al patrón. De bruces, disparaba su penúltima bala al desconocido. Porque Nicolás Azara reservaba la última, segura en el tambor del revólver. Esperó que estuviesen próximos, para gritarles:

—¡No se acerquen!... Déjenme arreglar esta cuenta mano a mano. ¡Alto ahí!

Los peones respetaron la orden.

—¿Qué pasa, patrón? —preguntó el capataz.

—Es asunto mío... Ustedes se quedan quietos allí...

Se hizo un silencio de expectativa. Nico ignoraba que el agresor ya no tenía balas. Los separaba un brazo del tajamar. Los peones miraban al extraño, embarrado, trágico, como se mira a una alimaña acosada por los perros.

El extranjero, desafiante, arrojó el revólver a un lado y sacó de su cintura un puñal. Ya de nada le servía el arma de fuego. O lo mataba en el acto o le daban la oportunidad de defenderse hasta el final.

Nicolás Azara se hizo cargo del desafío. Del fondo de sus días criollos, ásperos y valientes, una voz le precipitó la sangre. Recoger el reto era gesto de hombría. No llevaba cuchillo. En "El Palenque" usaba revólver. El arma blanca era para el paisanaje. Dió unos pasos atrás, acercándose a los jinetes.

—¡Fructuoso! —llamó al capataz—. Tirame tu cuchillo. ¡Vamos!...

Lo tuteaba, para estar a su altura, para aproximarle en aquella mañana que se iba agrandando como su coraje. Valor a campo abierto, que apetecían los de su estirpe, allí en el bajo donde aprendió a ser hombre.

—Patrón... ¡No vale la pena! —le contestó Fructuoso, irresoluto, echando mano a su facón de cabo de plata. Acero de capataz, de palmo y medio, que bien conocía Nicolás Azara.

—¡Dame tu cuchillo! —gritó Nico, revólver en mano—. ¡El plomo que me sobra es para guardarme de ustedes! ¡Ni un paso adelante! ¡Al que cruce, lo baleo! ¡A ver esa arma!

El piamontés, con el frío puñal aferrado en la diestra, vió relucir por el aire el mango de plata, con su vaina de puntera plateada. Y esperó al enemigo que acababa de dejar el revólver sobre una piedra. Lo esperó midiendo las dimensiones de la hoja, calculando la medida de la muerte.

Se le apretaron los cinco dedos contra la recia empuñadura. El estanciero avanzó en su busca. Rossi dió tres pasos adelante.

—¡Te voy a enseñar quién soy!... —dijo Nico precipitándose—. Ahora sí que vas a saber quién es Nicolás Azara.

Su coraje venía en oleadas de sangre a golpearle en el pecho. Temple de criollo que le calentaba la boca y le templaba el corazón. Y a pocos metros, a una distan-

cia que se acortaba con pasos silenciosos por el pasto crecido, Toribio Rossi, ex soldado de la guerra, hijo de las trincheras, renacido para la lucha cuerpo a cuerpo. Borraba en un instante el ancho espacio americano, con chacras, con surcos y con hijos. Volvía atrás. No había vivido ninguna vida, después de las últimas batallas del año 18. Sentíase otra vez sobre la ensangrentada tierra europea. En sus oídos, el tableteo de las ametralladoras, el silbar de la fusilería, el estruendo de los obuses.

Lenta venía la alborada, luchando con las nubes.

Encuentro sin blasfemias, con los golpes rápidos de las hojas metálicas. Fintas veloces. Tajos en la ropa, puñaladas en el aire. Las arremetidas de uno y otro iban ganando precisión.

Nico lo sacó estratégicamente hacia el terreno llano. Peleaban separados de su gente por un brazo del tajamar que los peones no debían traspasar. Chocaban los aceros. Se tanteaban en cálculos personales.

Un audaz cuerpo a cuerpo juntó a los dos hombres. La rápida mirada de Nico descubrió un tajo que sangraba en el hombro del desconocido. Antes de darle un empellón para volver a guardar la distancia adecuada, vió que sus peones intentaban vadear la zanja. Y les gritó:

—¡Quietos ahí! ¡Si se adelantan los baleo!

La voz del patrón detenía la tentativa de auxilio. Rossi respiró hondo.

Las patas de los caballos se sacudieron en la orilla del vado. Y volvieron los tres paisanos a ser pasivos espectadores del duelo criollo.

El italiano consiguió tajear la mano derecha de Azara. Sangraba al agitarla. Le salpicó el rostro. Y aquel toque tibio sobre su cara encendida, el contacto con la sangre, lo enceguecíó. ¡La guerra! Ya había sido tocado, muchas veces, con la tibieza de otras manchas rojas. Arremetió violentamente, obligando a su contrincante a retroceder, desconcertado con el repentino ataque.

Un golpe rápido de Rossi, en dirección al pecho de Nico, fué parado por éste con el canto de la hoja. Silbó en el aire, hacia abajo. Y, no bien levantó el arma, Nico lo alcanzó con un puntazo en el costado izquierdo. Al percatarse de su éxito, ya seguro de vencer, Azara empezó a contar las heridas que infería a su enemigo. Lo tenía cerca, tanteándolo con la punta, buscando el blanco certero.

—¡Cinco! —gritó como para que lo oyeran sus peones—. ¡Cinco!

El choque de las armas hacía vibrar las avispadas orejas de los caballos. El capataz se afirmó en los estribos, irguiendo con gallardía su figura gaucha. Las puñaladas del patrón tocaban su orgullo.

—¡Seis! —contó, otra vez, con una sonrisa macabra en los rígidos labios. Volvía a herirlo y a desconcertarlo con su atrevimiento.

La cuenta le animaba. La compadrada criolla agrandaba su valor.

—¡Oigalé, oigalé! —exclamó Fructuoso para animarlo.

—¡Siete! ¡Ocho!

Las heridas no aminoraban el espíritu combativo de Rossi. ¡Heridas!... Apenas rasguños, comparadas con la extensa cicatriz que, como un cordel blancuzco, parecía sostenerle el omoplato izquierdo. Bien poco significaban los golpes de Azara, tan minuciosamente contados, ante tamaña huella guerrera.

—¡Nueve!... ¡Te voy a dar, gringo miserable! ¡Diez!... ¡Once!... —Lo dominaba con su jactanciosa cuenta, haciéndolo recular, en derrota.

Los tajos desgarraban las ropas del piamontés, teñían de sangre su ropa empapada por la lluvia nocturna. Y el extranjero fué estudiando, a la propicia luz del sol, que ya acentuaba la mañana, los movimientos del enemigo. Golpes repetidos, iguales para él, fáciles de dominar. Hasta que en una de esas, cuando los envalentonados labios iban a decir ¡doce!, se abrieron en un tremendo grito de dolor.

Nico cayó al suelo, más que tocado por la puñalada, tumbado por su propia voz de derrota.

Los peones atravesaron la zanja a todo galope. El heridor se vió rodeado por los peones. Arrojó el arma a sus pies y se echó a llorar, con las manos tajeadas, sanguinolentas.

El capataz acudió a socorrer a Nico, todavía con vida. Él lo miraba como a través de una cortina de sangre. Un vómito le bañó el pecho velludo, con la camisa abierta por la certera puñalada.

—¡Si a ustedes se les hubiese muerto un hijo por culpa de ése... habrían hecho lo mismo! —dijo Toribio, con voz transida—. Ahora, hagan de mí lo que quieran... ¡Me entrego! —concluyo resuelto a no resistir.

—¡Cuando se pelea en su ley —se oyó decir a uno

de los tres paisanos—, es de criollo respetar al que gana... y al que pierde!

Era una voz criolla, eran palabras de hombre, tendidas al sol de la mañana. Las había pronunciado uno de ellos, pero el pensamiento sonaba parejo en las tres cabezas gauchas.

—¡No le hagan nada! ¡No le hagan nada!... —pudo decir Nicolás Azara. La sangre que brotaba de su boca le impedía hablar. Pero sus peones, los paisanos de "El Palenque", conocen muy bien las leyes del campo abierto, las del bajo... Y las saben cumplir.

EPÍLOGO

Desde las viejas chacras, siguiendo el curso de las amelgas que corren de este a oeste, allá donde los surcos se juntan y confunden, se divisa la casita de Bica, "la gaucha". Más atrás, el río, con su lomo al sol, largo y tranquilo. Se le ha visto correr, se le ha oído bramar como un animal más, en el vasto horizonte. Si crece, las copas de los árboles parecen camalotes y malezas. Ahora ya está incorporado a la vida de las chacras.

El rancho de Bica, blanco y agachado. Ladrillo y cal y tres arbustos enhiestos —paraísos temblorosos aún— que adornan el frente. Y los alambrados rígidos, y el límite natural de su predio que subraya el arroyo "Viboritas". El molino, alto, gris y flamante, rechina de tan nuevo, fácil a los vientos del norte. Bombea agua para la huerta recién carpida por Zacarías y un rubio polaco, casi siempre sin sombrero. La yegua zaina verdea a pocos metros de la enramada. Zacarías no deja de pastorearla, contando los días. Ya está cercana —tal vez una de estas noches— la hora del alumbramiento. Van a ver caer la húmeda cría, desprenderse de aquellos cuartos dilatados.

La zaina no cesa de comer. Bica la observa desde la ventana, aspirando las ráfagas que vienen del río y acarician la frente despejada de su hijo. El olor de su cría, el olor de los húmedos matorrales.

Asomada a la ventana, sigue los movimientos de la yegua, que permanece echada un rato, con la cabeza en alto, como atenta a una voz de mando. Luego se para, con dificultad, y vuelve a comer con las crines caídas entre las orejas. Anda arrastrando las patas, en busca del yuyo fresco, de la raíz tierna, con el vientre por estallar. .

Don Ramiro oye llorar al niño y acércase a su cuna. No sabe nada de lo que le rodea. Ignora los puntos cardinales. No ha palpado aún las esquinas de la casa, la corteza de los arbustos. Ignora la ubicación de los objetos. Tropieza, totalmente ciego, sobre la tierra nueva.

—¡Cómo me gustaría poder ver todo esto!... —se lamenta melancólicamente.

—Ya se lo he contau muchas veces, don Ramiro... ¡No hay nada para ningún lau! Sólo se ve clarito el río...

—El río —repite don Ramiro, con los ojos vacíos en dirección al poniente—. ¡Cómo me gustaría ver el río!...

—Está ahí no más... Vamos a poder dir todas las tardes con Bartolito...

—Sigue mamando, ¿no? —pregunta el ciego.

—Como un ternerito... —Y ella presiona en su pecho. El alféizar de la ventana le sirve de apoyo.

—¿Zacarías recogió la zaina? —pregunta otra vez, interesado.

—La está embozalando...

Zacarías ajusta el bozal de la yegua.

—Yo calculo que no pasa de esta noche —opina don Ramiro—. Va a ser noche de luna...

Zacarías tironea del "cabresto". La yegua, remolona, responde de mala gana. Su vientre venoso, palpitante, se balancea entre las cuatro patas. Zacarías piensa que si tiene que tirar tanto del "cabresto", es porque arrastra dos animales a un tiempo. Ata la yegua a un poste de la enramada. Allí, bajo el ramaje apenas marchito, duermen con el polaco.

—No pasa de esta madrugada... Me recuerdo bien la noche de la pillería de Juancito Regules... —dice don Ramiro con una sonrisa que le levanta los pelos hirsutos de la barba—. ¡Se dieron maña pa sacarle una cría de "Don Juan"!

Se hace un silencio riguroso, sin pájaros. La casita nueva los aguarda. Todavía no ha llegado el hornero amistoso y se demoran la calandria y el chingolo. Es un rancho recién llegado que olfatean los perros y tantean los vientos.

La joven madre recuerda su querencia. Allá en la lejanía suele entreverse la copa más alta de los árboles de "El Palenque" como un punto señuelo en el horizonte. Cualquier mención del pasado la torna pensativa.

—Tiene que dar cría entre hoy y mañana —habla el viejo—. Dicen que la yegua es buena pal arado. Zacarías anda esperando que se desocupe...

Don Ramiro, desde su ceguera, cuenta mejor el tiempo. Sus cálculos no fallan. Nueve meses contó para Bica. Once meses para la zaina. Y el crío ya mama a boca llena.

Se vino la noche, pesada, calurosa, y salió la luna para alivianarla.

Bica tararea una canción mientras prepara la mesa. Bartolito duerme. Cuando la cena está servida, comen en silencio, extrañando los balidos de las ovejas, el relincho lejano de los caballos. Un grillo, penosamente, cerroja a la noche. Don Ramiro y Bica se sienten forasteros, en vecindad con la tierra recién partida. Surcos silenciosos, silencio total de una chacra nueva, despoblada. Bica cree sentir en sus oídos el ruido del agua, del río que pasa entre los camalotes y sarandíes. Aspira el aire fuerte de la noche y no encuentra la fragancia del toronjil, ni de la hierbabuena, o de la santonina, desmenuzadas por los cachorros de "El Palenque". Ella prepara un té de menta y saca un banco afuera para mirar la noche. Desde allí, contempla a la yegua zaina que, atada a un poste, agita su cola, de vez en cuando, o se inquieta y alza la cabeza, como para descubrir un galope a la distancia. Sobre su opulenta grupa, se alza la luna, roja, recién parida.

—Salió la luna —dice Bica.

Don Ramiro todavía no la siente. Sopla su marlo, aviva la brasa y enciende su pucho de chala.

El polaco y Antonio Zacarías toman sus últimos mates, de espaldas a la luna, que proyecta sus sombras sobre la tierra arada. Y se duermen de cara al cielo.

Y viene la medianoche y la luna altísima. La casita chata, agachada. La zaina, insomne, sacude impaciente su cola. Da golpes en el suelo duro de la enramada, con sus vasos abiertos por el peso que lleva en sus entrañas. Escarba febril, alterada.

Zacarías oye el urgente llamado de la zaina y despierta al polaco.

—Habrá que largarla... Quiere cortar la soga.. —opina el muchacho.

—Sí, hay que soltarla —contesta Zacarías, desatando el "cabresto".

La zaina se aleja unos metros. Los dos hombres vigilan sus movimientos, desde sus camas a ras del suelo. Se acompañan con sendos cigarrillos. El polaco nunca ha visto nacer un potrillo. No quiere perder detalle.

—Va a parir... —dice Zacarías por lo bajo, estirando su cuerpo en las bajeras.

El llanto de Bartolito rompe el silencio de la casa. Bica enciende su lámpara, y por la ventana rectangu-

lar un lampo de luz amarillenta atraviesa la remota claridad lunar. La madre amamanta al niño, apoyada en el marco de la ventana. Ve desde allí las dos brasitas de los cigarrillos que se mueven bajo la enramada. Ella sabe lo que están presenciando los dos hombres. Aprieta suavemente su seno, del que brota la leche tibia que satisface al hijo. Un relente de yuyos macerados invade sus narices dilatadas, ensancha su pecho. Y sus ansiosos ojos entrevén la silueta difusa de la yegua... Contra el horizonte nocturno, en una mancha indecisa.

Dos sombras, Zacarías y el polaco, andan a su alrededor. De pronto se detienen, prudentemente. La yegua agacha la cabeza, rígidas las patas, el lomo arqueado, y el potrillo viene al mundo. Un ruido de vejiga que se rompe y luego la caída lenta de un pedazo de carne sobre la tierra sonora.

El cielo, impávido; la luna, inocente, fija en el cenit. El largo silencio del campo y los ojos sin luz de don Ramiro, con un parpadeo de estrellas en el estío.

El niño se ha dormido. Sobre su cara ruedan tibias gotas de leche. La madre no repara en ello. Observa cómo se desprende lentamente de la sombra compacta de la yegua la temblorosa sombra de la cría. Un relincho la hace estremecer. Vuelve los ojos sobre el hijo, que reposa con la frente hundida en sus pechos y los cachetes perlados de su savia.

Apaga la luz de la lámpara. Ya viene el día por las puntas de la cuchilla. Una titubeante claridad marca el infinito horizonte. Cerca de la enramada, el fogón recién encendido levanta una azulada columna de humo.

Bica quiere ver de qué pelo es el potrillo. Fija su mirada en los confusos bultos de la yegua y su cría, pegados el uno al otro.

Cuando el animalito, entumecido, se para y da sus primeros pasos, lucen entre la hierba sus cuatro patitas blancas... "*Como las de Don Juan*", piensa Bica y sonríe. "*Igualito al padre*", comenta para sí, dejando caer sus ojos melancólicos sobre el rostro del hijo. El orgullo ensancha su pecho de madre. ¡Si el alba le trajese a Marcelo montado en "Don Juan", al trotecito por la nueva senda que separa la tierra recién arada!... Pero es tan sólo una ilusión, el gusto secreto de pensar en cosas lindas. Sonríe y mira hacia el río, que estira su lámina brillante, dorada por los primeros albores.

La tierra se levanta con el sol. Está amaneciendo.

F I N

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

VOLÚMENES PUBLICADOS

AGUILAR, PACO .... *A orillas de la música* (núm. 137)
ALARCÓN, PEDRO A. DE ... *El escándalo* (núm. 24; 3ª ed.)
ALBERTI, RAFAEL .... *Cal y canto. Sobre los ángeles* (núm. 75)
ALBERTI, RAFAEL .... *Antología poética* (núm. 92; 2ª ed.)
ALBERTI, RAFAEL .... *El adefesio* (núm. 126)
ALBERTI, RAFAEL .... *Marinero en tierra* (núm. 158)
ALBERTI, RAFAEL .... *Imagen primera de...* (núm. 168)
ALBERTI, RAFAEL .... *La amante* (núm. 186)
ALBERTI, RAFAEL .... *El alba del alhelí* (núm. 196)
ALBERTI, RAFAEL .... *A la pintura* (núm. 247)
ALEIXANDRE, VICENTE ... *La destrucción o el amor* (núm. 260)
ALONSO, AMADO .... *Castellano, español, idioma nacional* (núm. 101; 2ª ed.)
ALVAREZ QUINTERO, S. y J. *Amores y amoríos. Los galeotes* (núm. 25; 4ª ed.)
AMORIM, ENRIQUE .... *El caballo y su sombra* (núm. 120)
AMORIM, ENRIQUE .... *La carreta* (núm. 237)
ANÓNIMO .... *El Kalévala* (núm. 127)
ANÓNIMO .... *Versos del capitán* (núm. 250)
ARCINIEGAS, GERMÁN ..... *El caballero de El Dorado* (núm. 90; 2ª ed.)
ARCINIEGAS, GERMÁN ..... *América tierra firme* (núm. 140)
ARCINIEGAS, GERMÁN ..... *El estudiante de la mesa redonda* (núm. 230)
ARGUEDAS, ALCIDES ...... *Raza de bronce* (núm. 156)
AZORÍN .... *La ruta de Don Quijote* (núm. 13; 4ª ed.)
AZORÍN .... *Clásicos y modernos* (núm. 37; 4ª ed.)
AZORÍN .... *Castilla* (núm. 43; 4ª ed.)
AZORÍN .... *Doña Inés* (núm. 52; 4ª ed.)
AZORÍN .... *Los pueblos* (núm. 65; 4ª ed.)
AZORÍN .... *Al margen de los clásicos* (núm. 93; 2ª ed.)
AZORÍN .... *Los valores literarios* (núm. 145)
AZORÍN .... *Valencia* (núm. 223)
AZORÍN .... *El libro de Levante* (núm. 236)
AZORÍN .... *Madrid* (núm. 241)
BAROJA, PÍO .... *Zalacaín el aventurero* (núm. 41; 3ª ed.)
BAROJA, PÍO .... *El mundo es ansí* (núm. 63; 2ª ed.)
BAROJA, PÍO .... *Juventud, egolatría* (núm. 225)
BARRIOS, EDUARDO .... *El hermano asno* (núm. 187; 2ª ed.)
BARRIOS, EDUARDO .... *El niño que enloqueció de amor* (núm. 207; 2ª ed.)
BAUDELAIRE, CHARLES ..... *Las flores del mal* (núm. 214; 2ª ed.)
BERGSON, HENRI .... *La risa* (núm. 85; 3ª ed.)
BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS *La ciudad sin Laura. El buque* (núm. 202; 2ª ed.)
BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS *Florilegio del Cancionero Vaticano* (núm. 243)
BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS *Himnos del Breviario Romano* (núm. 243)
BRUNET, MARTA .... *Montaña adentro* (núm. 253)
BUCK, PEARL .... *El patriota* (núm. 22; 3ª ed.)
CABALLERO CALDERÓN, E. .. *Ancha es Castilla* (núm. 254)
CAMPANELLA .... *La ciudad del sol* (núm. 100)
CAPDEVILA, ARTURO .... *Melpómene* (núm. 11; 4ª ed.)
CAPDEVILA, ARTURO .... *La Sulamita* (núm. 54; 3ª ed.)
CAPDEVILA, ARTURO .... *Babel y el castellano* (núm. 68; 3ª ed.)
CAPDEVILA, ARTURO .... *El libro de la noche* (núm. 182)
CAPDEVILA, ARTURO .... *Despeñaderos del habla* (núm. 239)
CASONA, ALEJANDRO ...... *La molinera de Arcos. Sinfonía inacabada* (núm. 71)
CASONA, ALEJANDRO ...... *La sirena varada. Prohibido suicidarse en primavera* (núm. 73; 2ª ed.)
CASONA, ALEJANDRO ...... *Nuestra Natacha* (núm. 114; 2ª ed.)
CERVANTES, MIGUEL DE ... *Numancia* (núm. 109)
CLAUDEL, PAUL .... *El libro de Cristóbal Colón* (núm. 259)

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Crommelinck, Fernand ..	*Tripas de oro* (núm. 178)
Chesterton, G. B.	*El hombre que fué jueves* (núm. 14; 4ª ed.)
Chesterton, G. B.	*El candor del padre Brown* (núm. 38; 4ª ed.)
Delgado, Honorio	*Paracelso* (núm. 192)
Duhamel, Georges	*Diario de un aspirante a santo* (núm. 152)
Duncan, Isadora	*Mi vida* (núm. 23; 4ª ed.)
Ferrater Mora, José	*Unamuno: Bosquejo de una filosofía* (núm. 122)
Flaubert, Gustave	*Madame Bovary* (núm. 2)
Flores, Angel	*Vida de Lope de Vega* (núm. 227)
Frank, Waldo	*España virgen* (núm. 188)
Frank, Waldo	*Redescubrimiento de América* (núm. 201)
Freud, Sigmund	*Moisés y la religión monoteísta* (núm. 150)
Gálvez, Manuel	*Nacha Regules* (núm. 76)
Gálvez, Manuel	*Hombres en soledad* (núm. 88; 2ª ed.)
Gálvez, Manuel	*Los caminos de la muerte* (núm. 159)
Gálvez, Manuel	*Humaitá* (núm. 193)
Gálvez, Manuel	*Jornadas de agonía* (núm. 213)
Ganivet, Angel	*Cartas finlandesas* (núm. 61; 2ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Doña Rosita la soltera o El lenguaje de las flores* (núm. 113; 3ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Mariana Pineda* (núm. 115; 2ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Romancero gitano* (núm. 116; 6ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Poema del cante jondo. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* (núm. 116; 6ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Yerma* (núm. 131; 4ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*La zapatera prodigiosa* (núm. 133; 2ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Bodas de sangre* (núm. 141; 2ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Libro de poemas* (núm. 149; 2ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Canciones* (núm. 151; 2ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*La casa de Bernarda Alba* (núm. 153; 3ª ed.)
García Lorca, Federico ..	*Cinco farsas breves* (núm. 251)
Gerchunoff, Alberto ...	*La jofaina maravillosa* (*Agenda cervantina*) (núm. 32; 3ª ed.)
Gómez de la Serna, Ramón	*El Greco* (núm. 69)
Gómez de la Serna, Ramón	*El doctor inverosímil* (núm. 83; 2ª ed.)
Gómez de la Serna, Ramón	*Azorín* (núm. 95; 2ª ed.)
Gómez de la Serna, Ramón	*La quinta de Palmyra* (núm. 128)
Gómez de la Serna, Ramón	*Seis falsas novelas* (núm. 154)
Gómez de la Serna, Ramón	*El dueño del átomo* (núm. 161)
Gómez de la Serna, Ramón	*Gollerías* (núm. 180)
Gómez de la Serna, Ramón	*El incongruente* (núm. 198)
Gómez de la Serna, Ramón	*Edgar Poe* (núm. 248)
Grau, Jacinto	*Los tres locos del mundo. La señora guapa.* (núm. 26; 2ª ed.)
Grau, Jacinto	*El conde Alarcos. El caballero Varona* (núm. 58; 2ª ed.)
Grau, Jacinto	*El hijo pródigo. El señor de Pigmalión* (núm. 70; 3ª ed.)
Grau, Jacinto	*El burlador que no se burla. Don Juan de Carillana* (núm. 84; 2ª ed.)
Grau, Jacinto	*La casa del diablo. En Ildaria* (núm. 157)
Grau, Jacinto	*Entre llamas. Conseja galante* (núm. 206)
Guillén, Nicolás	*Sóngoro cosongo* (núm. 235)
Guillén, Nicolás	*El son entero* (núm. 240)
Güiraldes, Ricardo	*Don Segundo Sombra* (núm. 40; 14ª ed.)
Güiraldes, Ricardo	*Raucho* (núm. 72; 2ª ed.)
Güiraldes, Ricardo	*Xaimaca* (núm. 120; 2ª ed.)
Güiraldes, Ricardo	*Cuentos de muerte y de sangre* (núm. 238)
Güiraldes, Ricardo	*Rosaura* (novela corta) *y siete cuentos* (núm. 238)

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Gurvitch, George	*Las tendencias actuales de la filosofía alemana* (núm. 53; 2ª ed.)
Hémont, Louis	*María Chapdelaine* (núm. 59; 2ª ed.)
Henríquez Ureña, Max ..	*Cuentos insulares* (núm. 190)
Henríquez Ureña, Pedro.	*Plenitud de España* (núm. 66; 2ª ed.)
Hernández Catá, A.	*Los frutos ácidos* (núm. 16).
Hessen, J.	*Teoría del conocimiento* (núm. 3; 2ª ed.)
Huxley, Aldous	*Viejo muere el cisne* (núm. 108; 2ª ed.)
Iberico, Mariano	*El sentimiento de la vida cósmica* (núm. 176)
Icaza, Jorge	*Huasipungo* (núm. 221)
Ingenieros, José	*Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (núm. 189;; 2ª ed.)
Ingenieros, José	*Hacia una moral sin dogmas* (núm. 201; 2ª ed.)
Jesualdo	*Vida de un maestro* (núm. 203)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Estío* (núm. 130; 2ª ed.)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Eternidades* (núm. 142)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Antología poética* (núm. 144)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Belleza* (núm. 147)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Poesía* (núm. 174)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Piedra y cielo* (núm. 209)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Diario de poeta y mar* (núm. 212)
Jiménez, Juan Ramón ...	*Sonetos espirituales* (núm. 222)
Jung, C. G.	*Lo inconsciente* (núm. 15; 2ª ed.)
Kafka, Franz	*La metamorfosis* (núm. 118; 2ª ed.)
Lenormand, H. R.	*Los fracasados. La loca del cielo. La inocente* (núm. 33; 2ª ed.)
Lenormand, H. R.	*El hombre y sus fantasmas. El devorador de sueños. El tiempo es un sueño* (núm. 77; 2ª ed.)
León, Fray Luis de	*Poesías* (núm. 245)
León, Ricardo	*Casta de hidalgos* (núm. 46; 3ª ed.)
León, Ricardo	*El amor de los amores* (núm. 50; 4ª ed.)
León, Ricardo	*Alcalá de los Zegríes* (núm. 121; 2ª ed.)
León, Ricardo	*Comedia sentimental* (núm. 146)
León, Ricardo	*Los centauros* (núm. 165)
Machado, Antonio	*Juan de Mairena I* (núm. 17; 2ª ed.)
Machado, Antonio	*Juan de Mairena II* (núm. 18; 2ª ed.)
Machado, Antonio	*Poesías completas* (núm. 19; 3ª ed.)
Machado, Antonio	*Abel Martín y prosas varias* (núm. 20; 2ª ed.)
Maeterlinck, Maurice ...	*La vida de las abejas* (núm. 4; 4ª ed.)
Maeterlinck, Maurice ...	*El pájaro azul, Interior* (núm. 20; 3ª ed.)
Mallea, Eduardo	*Fiesta en noviembre* (núm. 89; 2ª ed.)
Mallea, Eduardo	*El sayal y la púrpura* (núm. 198)
Mansfield, Katherine ...	*En la bahía* (núm. 111; 2ª ed.)
Martínez Estrada, E. ...	*Radiografía de la Pampa I* (núm. 86; 2ª ed.)
Martínez Estrada, E. ...	*Radiografía de la Pampa II* (núm. 87; 2ª ed.)
Martínez Sierra, Gregorio	*La humilde verdad* (núm. 191)
Mauriac, François	*Los caminos del mar* (núm. 6; 2ª ed.)
Miró, Gabriel	*Del vivir. Corpus y otros cuentos* (núm. 78)
Miró, Gabriel	*La novela de mi amigo* (núm. 91)
Miró, Gabriel	*Dentro del cercado. La palma rota* (núm. 106)
Miró, Gabriel	*Las cerezas del cementerio* (núm. 242)
Miró, Gabriel	*El abuelo del rey* (núm. 244)
Miró, Gabriel	*Libro de Sigüenza* (núm. 246)
Miró, Gabriel	*Niño y grande* (núm. 249)
Miró, Gabriel	*El humor dormido* (núm. 256)
Mistral, Gabriela	*Tala* (núm. 184; 2ª ed.)
Mondolfo, Rodolfo	*Breve historia del pensamiento antiguo* (núm. 143)
Monner Sans, José María	*Panorama del nuevo teatro* (núm. 57)

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Monner Sans, José María	*Pirandello. Su vida y su teatro* (núm. 194)
Nalé Roxlo, C.	*El pacto de Cristina. El cuervo del arca* (núm. 171)
Neruda, Pablo	*Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (núm. 28; 5ª ed.)
Neruda, Pablo	*Canto general* I (núm. 86)
Neruda, Pablo	*Canto general* II (núm. 87)
Ossorio, Ángel	*Mujeres (Libro que no deben leer las mujeres)* (núm. 123; 2ª ed.)
Ossorio, Ángel	*La palabra y otros tanteos literarios* (núm. 162)
Palacio Valdés, Armando.	*La novela de un novelista* (núm. 45; 7ª ed.)
Pareja Díez-Canseco, A. .	*Las tres ratas* (núm. 181)
Payró, Roberto J.	*El mar dulce* (núm. 27; 5ª ed.)
Payró, Roberto J.	*Pago Chico y Nuevos cuentos de Pago Chico* (núm. 36; 6ª ed.)
Payró, Roberto J.	*Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (núm. 60; 3ª ed.)
Payró, Roberto J.	*El casamiento de Laucha. Chamijo. El falso inca* (núm. 74; 6ª ed.)
Pereda, José María de ..	*Peñas arriba* I (núm. 34; 3ª ed.)
Pereda, José María de ..	*Peñas arriba* II (núm. 35; 3ª ed.)
Pereda, José María de ..	*El sabor de la tierruca* (núm. 47; 2ª ed.)
Pérez de Ayala, Ramón .	*Prometeo. Luz de domingo. La caída de los Limones* (núm. 40; 3ª ed.)
Pérez de Ayala, Ramón .	*Belarmino y Apolonio* (núm. 88; 2ª ed.)
Pérez de Ayala, Ramón .	*Luna de miel, luna de hiel* (núm. 79; 2ª ed.)
Pérez de Ayala, Ramón .	*Los trabajos de Urbano y Simona* (núm. 80; 2ª ed.)
Pérez de Ayala, Ramón .	*El ombligo del mundo* (núm. 83; 2ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*El abuelo* (núm. 1)
Pérez Galdós, Benito ...	*Misericordia* (núm. 9; 3ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*Trafalgar* (núm. 39; 4ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*El amigo Manso* (núm. 42; 3ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*Gerona* (núm. 44; 3ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*El audaz* (núm. 82)
Pérez Galdós, Benito ...	*Fortunata y Jacinta* I (núm. 96; 2ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*Fortunata y Jacinta* II (núm. 97; 2ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*Fortunata y Jacinta* III (núm. 98; 2ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*Fortunata y Jacinta* IV (núm. 99; 2ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*Doña Perfecta* (núm. 102; 2ª ed.)
Pérez Galdós, Benito ...	*La fontana de oro* (núm. 103)
Pérez Galdós, Benito ...	*Nazarín* (núm. 104)
Pérez Galdós, Benito ...	*Halma* (núm. 105)
Pérez Galdós, Benito ...	*Tristana* (núm. 107)
Pérez Galdós, Benito ...	*La loca de la casa* (núm. 112)
Pérez Galdós, Benito ...	*La incógnita* (núm. 132)
Pérez Galdós, Benito ...	*Realidad* (núm. 135)
Pérez Galdós, Benito ...	*La desheredada* I (núm. 138)
Pérez Galdós, Benito ...	*La desheredada* II (núm. 139)
Pérez Galdós, Benito ...	*Tormento* (núm. 166)
Pérez Galdós, Benito ...	*La de Bringas* (núm. 167)
Pérez Galdós, Benito ...	*Gloria* I (núm. 169)
Pérez Galdós, Benito ...	*Gloria* II (núm. 170)
Pérez Galdós, Benito ...	*Torquemada en la hoguera* (núm. 173)
Pérez Galdós, Benito ...	*Torquemada en la cruz* (núm. 175)
Pérez Galdós, Benito ...	*Torquemada en el purgatorio* (núm. 177)
Pérez Galdós, Benito ...	*Torquemada y San Pedro* (núm. 179)
Pérez Galdós, Benito ...	*Miau* (núm. 133)
Pérez Galdós, Benito ...	*El caballero encantado* (núm. 185)

BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

VOLÚMENES PUBLICADOS

PÉREZ GALDÓS, BENITO ...	*Lo prohibido* I (núm. 199)
PÉREZ GALDÓS, BENITO ...	*Lo prohibido* II (núm. 200
PRADOS, EMILIO	*Antología poética* (núm. 257)
QUIROGA, HORACIO	*Cuentos de amor, de locura y de muerte* (núm. 252)
QUIROGA, HORACIO	*Cuentos de la selva* (núm. 255)
QUIROGA, HORACIO	*El más allá* (núm. 258)
QUIROGA, HORACIO	*El desierto* (núm. 261)
QUIROGA, HORACIO	*Los desterrados* (núm. 263)
RIVERA, JOSÉ EUSTASIO ...	*La vorágine* (núm. 94; 5ª ed.)
ROJAS, RICARDO	*Ollantay* (núm. 56; 4ª ed.)
ROJAS, RICARDO	*Blasón de plata* (núm. 81; 3ª ed.)
ROLLAND, ROMAIN	*Vida de Beethoven* (núm. 155; 2ª ed.)
ROMERO, FRANCISCO	*Filosofía de la persona* (núm. 124; 2ª ed.)
ROMERO, FRANCISCO	*Filósofos y problemas* (núm. 197)
ROMERO, FRANCISCO	*Ideas y figuras* (núm. 224)
SALINAS, PEDRO	*La voz a ti debida* (núm. 226)
SALINAS, PEDRO	*Razón de amor* (núm. 232)
SANCTIS, FRANCESCO DE	*Ensayos críticos* (núm. 160)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*El cartero del rey. La luna nueva* (núm. 5; 4ª ed.)
SILVA VALDÉS, FERNÁN ...	*Antología poética* (núm. 119)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*El rey del salón oscuro* (núm. 7)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*El jardinero* (núm. 110; 2ª ed.)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*El rey y la reina. Malini. El asceta* (núm. 117; 2ª ed.)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*Mashi* (núm. 134)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*La cosecha* (núm. 148)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*Ciclo de primavera* (núm. 205)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*Chitra. Pájaros perdidos* (núm. 211)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*Morada de paz* (núm. 215)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*La hermana mayor y otros cuentos* (núm. 218)
TAGORE, RABINDRANATH ...	*Ofrenda lírica* (núm. 234)
TWAIN, MARK	*Las aventuras de Tom Sawyer* (núm. 10; 4ª ed.)
TWAIN, MARK	*Las aventuras de Huck* (núm. 51; 3ª ed.)
TORRE, GUILLERMO DE ...	*La aventura y el orden* (núm. 208)
TORRE, GUILLERMO DE ...	*Tríptico del sacrificio* (núm. 210)
USLAR-PIETRI, ARTURO	*Las lanzas coloradas* (núm. 64; 2ª ed.)
VALERA, JUAN	*Pepita Jiménez* (núm. 3; 5ª ed.)
VALLE INCLÁN, R. DEL ...	*Sonata de primavera. Sonata de estío* (núm. 30; 4ª ed.)
VALLE INCLÁN, R. DEL ...	*Sonata de otoño. Sonata de invierno* (núm. 31; 4ª ed.)
VALLE INCLÁN, R. DEL ...	*Águila de blasón* (núm. 62; 2ª ed.)
VALLE INCLÁN, R. DEL ...	*Martes de carnaval* (núm. 67; 2ª ed.)
VASALLO, ÁNGEL	*¿Qué es filosofía? o De una sabiduría heroica* (núm. 164; 2ª ed.)
VERA, FRANCISCO	*Breve historia de la matemática* (núm. 172)
VERA, FRANCISCO	*Breve historia de la geometría* (núm. 217)
WASSERMANN, J.	*Cristóbal Colón, el Quijote del Océano* (núm. 21; 3ª ed.)
WILDE, OSCAR	*El retrato de Dorian Gray* (núm. 12; 4ª ed.)
WHITMAN, WALT	*Canto a mí mismo* (núm. 228; 2ª ed.)